
J. A. CAMPBELL
El escándalo del baile
DAMAS REGENTES Nº2

Derechos de autor ©2024 J. A. Campbell
Primera edición: octubre 2024
ISBN: 9798339929482
Sello: Independently Published
©Del texto: J. A. Campbell
©Maquetación y diseño: J. A. Campbell
©Imagen de cubierta: J. A. Campbell

Todos los derechos reservados. Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).

Copyright ©2024 por J. A. Campbell

Par*a* toda*s* la*s* amant*es* de la Regenc*ia*.

Índice

CAPÍTULO 1

El Baile de Máscaras

CAPÍTULO 2

Un Encuentro Inesperado

CAPÍTULO 3

Los primeros efectos del Escándalo

CAPÍTULO 4

La Carga del Escándalo

CAPÍTULO 5

Una Confrontación Ineludible

CAPÍTULO 6

Un Encuentro Oportuno

CAPÍTULO 7

La Intriga de Lady Charlotte

CAPÍTULO 8

Un Encuentro en la Biblioteca

CAPÍTULO 9

Dudas y Sospechas

CAPÍTULO 10

Revelaciones Inquietantes

CAPÍTULO 11

Descubrimientos Dolorosos

CAPÍTULO 12

Revelaciones Inquietantes de Lord Ravenswood

CAPÍTULO 13

Un Enfrentamiento Inevitable

CAPÍTULO 14

El Juego de Lady Charlotte

CAPÍTULO 15

La Amenaza del Escándalo

CAPÍTULO 16

El Engaño de Edwin

CAPÍTULO 17

El Dilema del Corazón

CAPÍTULO 18

Las Sombras del Pasado de Henry

CAPÍTULO 19

La Decisión Irrevocable

CAPÍTULO 20

La Fuerza de una Decisión

CAPÍTULO 21

La Caída de Lady Charlotte

CAPÍTULO 22

La Revelación en el Salón de los Lytton

CAPÍTULO 23

La Caída de Edwin y Charlotte

CAPÍTULO 24

Reflexiones de una Dama Libre

CAPÍTULO 25

Una Propuesta Sincera

CAPÍTULO 26

Preparativos para el Nuevo Comienzo

CAPÍTULO 27

El Día de la Boda

CAPÍTULO 28

Noche de bodas

CAPÍTULO 29

Reflexiones y Nuevos Comienzos

AGRADECIMIENTOS

OTROS LIBROS DE LA SERIE DAMAS REGENTES

Capítulo 1
El Baile de Máscaras

El gran salón de la mansión de los Lytton brillaba con el fulgor de cientos de candelabros, cuyas luces doradas se reflejaban en los espléndidos espejos que adornaban las paredes. La alta sociedad londinense había acudido en pleno a lo que prometía ser uno de los eventos más memorables de la temporada. Un bullicio de risas, conversaciones y suaves murmullos llenaba el ambiente, mientras los invitados, ocultos tras máscaras de encaje y terciopelo, bailaban y se mezclaban con la elegancia característica de su rango.

Amelia SinClaire, vestida con un delicado traje de seda marfil y dorado, caminaba con calma por el salón, aunque su corazón latía con rapidez. Había llegado acompañada de su madre, Lady Clarise SinClaire, pero en ese momento se encontraba sola, observando el despliegue de lujo a su alrededor. Sentía el peso de cada mirada detrás de las máscaras que la rodeaban, consciente de que no era simplemente una de las jóvenes debutantes presentes. No, Amelia SinClaire era una mujer comprometida.

El compromiso con Sir Edwin Hartley había sido anunciado hacía apenas unas semanas. Aunque las circunstancias dictaban que era una unión ventajosa para ambas familias, en su interior, Amelia sentía una creciente inquietud. Edwin era un hombre apuesto, de cabellos dorados y ojos azules, que cumplía con todos los requisitos de un buen esposo a los ojos de la sociedad; pero había algo en él, una frialdad oculta, que la inquietaba profundamente. Aún no lo comprendía del todo, pero la sensación de que este compromiso estaba más fundamentado en conveniencia que en afecto la acompañaba siempre.

—¡Ah, Amelia! —La voz gélida y penetrante de Lady Charlotte la sacó de sus pensamientos.

Amelia se giró y encontró a la figura esbelta de Lady Charlotte, cuyo cabello rubio rizado estaba recogido en un elaborado peinado adornado con perlas. Su máscara, hecha de finos encajes plateados, apenas ocultaba sus ojos grises, que, incluso detrás de la delicada red de encaje, mantenían ese brillo calculador que tanto la caracterizaba.

—Lady Charlotte —respondió Amelia con una ligera inclinación de cabeza—. Qué agradable sorpresa encontrarte aquí esta noche.

—¡Sorpresa! —repitió Lady Charlotte con una leve risa—. Mi querida, no puedes pensar que me perdería el evento social más esperado de la temporada. Además, quería felicitarte personalmente por tu reciente compromiso.

La forma en que lo dijo, como si fuera una simple formalidad, hizo que Amelia sintiera un

ligero nudo en el estómago. Sabía que detrás de esas palabras corteses, Lady Charlotte estaba evaluando cada aspecto de su situación.

—Gracias —respondió Amelia, esforzándose por mantener una sonrisa—. Edwin es un hombre de... muchas virtudes.

Lady Charlotte arqueó una ceja, su sonrisa afilada sugiriendo que esperaba más.

—Oh, sin duda —respondió la dama—. Los Hartley siempre han sido... muy prósperos. Aunque, claro, en estos tiempos inciertos, las fortunas pueden cambiar tan rápidamente como la marea.

Amelia sintió un escalofrío recorrer su espalda. Sabía que Lady Charlotte no hablaba al azar. Era bien sabido que las palabras de esta mujer tenían el poder de elevar o destruir a cualquiera que se cruzara en su camino. Pero antes de que pudiera pensar en una respuesta adecuada, la conversación tomó un giro inesperado.

—He oído ciertos rumores —continuó Lady Charlotte, inclinándose un poco más hacia Amelia—, sobre las últimas inversiones de Sir Edwin. Algo sobre negocios en el Caribe, si no me equivoco.

Amelia sintió cómo su garganta se secaba. Las dudas y preocupaciones que llevaba tiempo albergando, que había mantenido cuidadosamente ocultas, parecían ahora a punto de ser descubiertas. Edwin había hablado poco de sus asuntos financieros, pero había mencionado, en una conversación rápida y evasiva, que algunas inversiones recientes no habían dado los frutos esperados. No debía decir nada, lo sabía, pero las palabras parecían escaparse de sus labios sin que ella pudiera controlarlas.

—Las... las cosas no han salido exactamente como él planeaba —dijo, vacilante—. Pero, estoy segura de que pronto todo se arreglará.

Lady Charlotte se detuvo un instante, su mirada fija en Amelia, como una serpiente que acecha a su presa. Esa leve vacilación en la voz de Amelia no pasó desapercibida para ella.

—¿De verdad? —preguntó en un tono de afectada sorpresa—. ¡Qué curioso! Estaba segura de que los Hartley tenían una fortuna... intocable.

Amelia, consciente de que había dicho demasiado, intentó retroceder en sus palabras.

—No, no es nada serio —se apresuró a decir—. Solo... pequeños contratiempos, nada más.

Pero el daño ya estaba hecho. Lady Charlotte sonrió con una calma calculada y, tras unos segundos de silencio, murmuró:

—Me alegra oír eso. Después de todo, sería una verdadera lástima que una familia tan distinguida enfrentara... dificultades inesperadas.

Con una última inclinación de cabeza, Lady Charlotte se despidió de Amelia, dejando tras de sí una sensación de incomodidad que pesaba como una losa. Amelia, todavía paralizada

por lo que acababa de suceder, se quedó inmóvil por unos momentos, observando cómo Lady Charlotte desaparecía entre la multitud. Sabía que sus palabras, que en su momento le habían parecido inofensivas, estaban a punto de desencadenar algo mucho más grande de lo que podía imaginar.

Mientras la música continuaba y los invitados seguían disfrutando del baile, Amelia notó que las miradas comenzaban a girarse hacia ella. Primero una mirada rápida, luego un murmullo entre dos damas que pasaban junto a ella, y finalmente, un comentario apenas susurrado que llegaba hasta sus oídos. Los rumores ya habían comenzado a circular.

Sintió cómo el calor subía a su rostro mientras intentaba apartarse discretamente del centro del salón. Los murmullos se hacían cada vez más fuertes, como una ola imparable que amenazaba con arrastrarla.

El baile de máscaras, que debería haber sido una noche de celebración para ella, se estaba convirtiendo rápidamente en una pesadilla.

Capítulo 2
Un Encuentro Inesperado

El bullicio del salón de baile parecía transformarse en un murmullo insoportable a los oídos de Amelia. Los ecos de las risas y conversaciones apenas llegaban a su mente, absorbida por el torbellino de pensamientos que Lady Charlotte había desatado. A cada paso que daba, podía sentir cómo las miradas furtivas se posaban sobre ella, cómo los abanicos se alzaban rápidamente entre las damas mientras se susurraban palabras que claramente hablaban de ella y de Sir Edwin.

El salón, que apenas unos minutos antes había sido un refugio de belleza y elegancia, ahora se sentía como un escenario de juicios secretos, donde las opiniones y las conclusiones precipitadas circulaban con la rapidez del fuego. Cada rincón al que Amelia intentaba escapar parecía estar lleno de las mismas expresiones: sorpresa, desaprobación, y para su desesperación, curiosidad malintencionada.

Amelia se movía con más rapidez, como si pudiera eludir las miradas críticas, pero la verdad era que no podía huir de ellas. Era como si la traición de sus propias palabras la hubiera condenado a ser el centro de un escándalo aún antes de que comprendiera las consecuencias de lo que había revelado.

Buscó a su madre, Lady Clarise, entre la multitud, pero la familiar figura de su madre estaba ocupada en una animada conversación con otras damas. No quería acercarse a ella en ese momento, temiendo que las miradas críticas se extendieran también a su familia. No quería que su madre supiera lo que había hecho. No todavía.

Desesperada, Amelia se dirigió hacia una esquina más apartada del salón, cerca de los ventanales que daban al jardín, esperando encontrar algún refugio en la sombra que proyectaban las grandes cortinas de terciopelo. Cerró los ojos un momento, tratando de calmar su respiración, sintiendo el calor subiendo por su cuello y el nudo en su estómago apretarse cada vez más.

—Parece que la señorita está abrumada por la compañía esta noche —una voz baja y tranquila interrumpió sus pensamientos.

Amelia abrió los ojos de golpe, sorprendida por la repentina aparición de un desconocido. Frente a ella, de pie con una presencia imponente pero a la vez calmada, se encontraba un hombre alto, de complexión esbelta pero evidentemente fuerte. Su cabello castaño oscuro caía ligeramente sobre su frente, y a pesar de llevar una máscara, sus ojos verdes, brillantes y observadores, eran inconfundibles.

—Perdón, no quise asustarla —continuó el hombre con una ligera inclinación de cabeza —. Me temo que noté cierta incomodidad en usted y pensé que quizás apreciaría un respiro de las miradas que tan indiscretamente le han dirigido.

Amelia se quedó callada por un momento, desconcertada tanto por las palabras como por el hecho de que un desconocido se hubiera acercado de una forma tan directa. Sin embargo, había algo en su tono de voz y en la serenidad de su expresión que no parecía amenazante, sino más bien comprensivo.

—Gracias —respondió finalmente, su voz más suave de lo que pretendía—. Lo cierto es que... sí, estoy algo abrumada.

El hombre sonrió, pero no de la manera que tantos otros hombres en las fiestas londinenses lo hacían, con una mezcla de arrogancia y condescendencia. Su sonrisa era apenas un gesto ligero, sincero.

—He tenido la oportunidad de observar los salones de Londres con cierta distancia —dijo el hombre—. Y sé cómo una palabra mal entendida puede hacer que un simple comentario se transforme en algo mucho más dañino. Mi nombre es Henry Ravenswood, por cierto —añadió, haciendo una leve reverencia.

Amelia parpadeó, reconociendo de inmediato el apellido. Los Ravenswood eran una familia de renombre, aunque ella había oído que habían estado exiliados en Francia por un largo tiempo, envueltos en cierto misterio y escándalos que nunca habían sido del todo esclarecidos.

—Amelia SinClaire —respondió, inclinando ligeramente la cabeza en señal de cortesía—. Aunque parece que ya conoce a los SinClaire... y, me atrevería a decir, que también está al tanto de la situación que comienza a formarse aquí esta noche.

Henry asintió suavemente, sin apartar su mirada de los ojos de Amelia. Había algo en su manera de mirarla que hacía que ella no se sintiera juzgada, sino comprendida.

—Los salones de Londres son una trampa para los desprevenidos —comentó con tono relajado, como si hablara de algo trivial—. Una palabra puede destruir lo que un hombre o una mujer han construido durante años. Sin embargo, hay formas de navegar este tipo de... circunstancias.

Amelia lo observó con atención, tratando de descifrar sus intenciones. Henry Ravenswood tenía una reputación de ser enigmático, de mantener distancia con la mayoría de la sociedad londinense, y aun así, parecía saber exactamente lo que estaba ocurriendo, no solo en el salón, sino también en su interior.

—Parece que sabe mucho de este tipo de situaciones, Lord Ravenswood —dijo, intrigada.

—Solo lo suficiente para saber que lo que le ocurrió esta noche puede ser remediado con cierta inteligencia y… prudencia —respondió él, con una leve sonrisa—. A menudo, el secreto

para sobrevivir a los rumores es saber cómo manejarlos antes de que se conviertan en un fuego incontrolable. Y creo que puedo ofrecerle mi ayuda en ese sentido.

Amelia se sorprendió ante su franqueza. Lord Ravenswood no parecía uno de esos hombres que buscaban protagonismo o querían interferir en la vida de los demás por simple diversión. Había una seriedad en su tono que la hizo confiar, aunque solo fuera por un momento, en la oferta que estaba haciendo.

—¿Ayudarme? —preguntó, intentando sonar más escéptica de lo que realmente se sentía —. ¿Y cómo podría hacer eso, exactamente?

Henry cruzó los brazos, apoyándose ligeramente contra el marco de una de las grandes ventanas que daban al jardín.

—Primero, debe saber que la verdad, en los salones de Londres, rara vez es tan importante como la percepción. El error que ha cometido esta noche no es imperdonable, pero los rumores pueden deformar cualquier cosa. Mi consejo es simple: no los alimente. Lo que se ha dicho no debe recibir ni confirmación ni negación. Si mantiene la calma y continúa con su vida como si nada hubiera ocurrido, la sociedad eventualmente perderá interés.

Amelia reflexionó sobre sus palabras. Su sugerencia tenía sentido, pero sabía lo voluble que podía ser la alta sociedad, y no estaba segura de tener la fortaleza para soportar semanas de susurros y miradas indiscretas.

—Y si las miradas no se detienen —dijo en voz baja—, ¿qué debo hacer entonces?

Henry se inclinó hacia ella, acercándose un poco más.

—En ese caso, permítame estar a su lado durante esos momentos. Un hombre de buena reputación a su alrededor podría desviar la atención lo suficiente como para que los rumores pierdan fuerza. Los observadores siempre buscan algo nuevo que comentar. Si los distraemos, su situación pasará a ser una mera anécdota en unas pocas semanas.

Amelia sintió un pequeño alivio al escuchar esto, pero también una creciente curiosidad por la figura que tenía delante. No era común que un hombre de la alta sociedad se ofreciera a ayudar a una dama en apuros sin un motivo ulterior. Y aun así, Henry Ravenswood parecía genuino, aunque su oferta estaba envuelta en cierto misterio.

—Lord Ravenswood —dijo, finalmente con un tono más firme—. Aprecio su oferta, más de lo que podría expresar en este momento. Pero debo saber: ¿por qué está dispuesto a ayudarme de esta manera?

Henry la miró con una intensidad que la dejó inmóvil por un instante.

—Porque, Miss SinClaire, conozco demasiado bien lo que es ser víctima de rumores injustos. Y no permitiré que alguien más sufra lo mismo sin ofrecer mi ayuda.

Antes de que Amelia pudiera responder, un grupo de invitados pasó cerca de ellos, haciendo que Henry diera un paso atrás, como si quisiera proteger su privacidad. Mientras los

murmullos continuaban en el salón, Amelia supo que acababa de encontrar un inesperado aliado en Lord Henry Ravenswood, aunque aún no comprendía por completo las razones detrás de su intervención.

Capítulo 3
Los primeros efectos del Escándalo

El resplandor del baile de máscaras en la mansión de los Lytton se había desvanecido, pero su eco continuaba resonando en los círculos sociales de Londres. Apenas había pasado un día desde el fatídico evento, y ya el rumor se había extendido como fuego en un campo seco. Los nombres de Sir Edwin Hartley y Amelia SinClaire estaban en boca de todos, pero no como la prometedora pareja que la sociedad esperaba. No, el comentario general era mucho más mordaz: se hablaba del posible colapso financiero de Sir Edwin, de inversiones fallidas, y de cómo Amelia podría haber cometido el error más grave al comprometerse con un hombre cuya fortuna estaba al borde del abismo.

Amelia, sentada en la sala de estar de su casa, contemplaba la ventana, observando el cielo gris de Londres. No había dormido bien desde la noche anterior, y su cabeza seguía llena de las palabras de Lady Charlotte, los murmullos en el baile, y la conversación enigmática con Lord Henry Ravenswood. ¿Cómo había sucedido todo tan rápido? En cuestión de horas, lo que había sido una pequeña y descuidada confesión se había convertido en un escándalo que amenazaba con arruinar su reputación y la de su familia.

—¿Estás bien, querida? —preguntó su madre, Lady Clarise, quien había notado la inquietud de Amelia desde que regresaron del baile.

Amelia desvió la mirada de la ventana hacia su madre. A pesar de su preocupación, Clarise mantenía su compostura impecable, como siempre. Era evidente que aún no comprendía la magnitud de lo ocurrido.

—Sí, madre —respondió Amelia con un suspiro—. Solo tengo mucho en qué pensar.

—Ya lo creo. Los bailes siempre tienen una forma de dejar una impresión, para bien o para mal —dijo su madre con una sonrisa suave, como si intentara aliviar cualquier tensión—. Sir Edwin vendrá a verte hoy, ¿verdad?

Amelia asintió, pero en su interior, el nudo de preocupación se apretaba aún más. No había sabido nada de Edwin desde el baile. No había habido cartas, ni una visita inesperada, nada que indicara su habitual interés. Solo silencio. ¿Acaso ya había comenzado a evitarla? A medida que los rumores sobre sus finanzas comenzaban a circular, Edwin, quien normalmente habría sido el primero en desmentir cualquier habladuría, parecía estar desapareciendo.

No obstante, antes de que Amelia pudiera continuar sumida en sus pensamientos, el sonido de la puerta resonó en la casa. La figura de Sir Edwin Hartley apareció en el umbral de

la sala, su porte tan impecable como siempre, pero algo había cambiado en su rostro. Sus ojos, normalmente azules y brillantes, ahora parecían más sombríos, y su habitual sonrisa estaba ausente.

—Amelia, Lady Clarise —saludó con una inclinación de cabeza—. Me disculpo por mi tardanza. Las obligaciones me han mantenido ocupado esta mañana.

Amelia se levantó con cierta incomodidad, tratando de leer su expresión, pero Edwin parecía inexpresivo, casi distante. Clarise, sin percibir la tensión entre los dos, ofreció una despedida cortés, dejándolos solos en la sala para que pudieran hablar en privado.

—Amelia —dijo Edwin después de un largo silencio—. Espero que no estés tomando en serio lo que se ha dicho desde anoche.

Amelia sintió que su corazón se detenía por un instante. Sabía perfectamente a qué se refería. Había oído a algunos sirvientes hablando sobre los comentarios que circulaban en los salones, y estaba segura de que Edwin también había escuchado.

—He oído algunas cosas —admitió Amelia, esforzándose por mantener la compostura—. No son más que rumores, ¿verdad?

Edwin apartó la mirada, sus ojos clavándose en la chimenea, donde el fuego ardía débilmente. Sus dedos jugaron con el borde de su chaqueta, y cuando finalmente habló, su tono era inusualmente frío.

—Rumores. Historias de comadres —dijo, pero sin la convicción que Amelia esperaba—. La alta sociedad se alimenta de eso. No tiene sentido prestarles atención.

Pero había algo en su forma de hablar, una rigidez, una falta de calidez que inquietaba a Amelia. Edwin siempre había sido un hombre reservado, pero nunca la había tratado con tal frialdad. En los meses anteriores, cuando aún no se hablaba de sus finanzas, había sido atento, cortés, incluso encantador en ciertos momentos. Pero ahora, esa máscara parecía estar desmoronándose.

—Edwin —comenzó Amelia, sintiendo el peso de la tensión entre ambos—. Si hay algo que me estás ocultando, por favor, dime la verdad. No puedes esperar que este compromiso funcione si no somos honestos el uno con el otro.

Por un instante, Edwin pareció vacilar. Sus ojos se encontraron con los de Amelia, pero en lugar de la transparencia que ella esperaba, lo que vio fue una mezcla de cansancio y calculadora frialdad.

—No hay nada de lo que debas preocuparte —dijo finalmente, con un tono más brusco de lo que pretendía—. Los negocios son... complicados en ocasiones, pero no tienes por qué involucrarte en eso. Nuestro matrimonio no se verá afectado.

Amelia sintió una punzada de frustración. Aunque sus palabras parecían tranquilizadoras en la superficie, sabía que algo no encajaba. Edwin estaba evitando darle respuestas directas,

como si subestimara su inteligencia o la capacidad de entender lo que estaba ocurriendo. Era como si de repente ella ya no fuera más que un mero accesorio en su vida, algo que debía manejar, pero no involucrar.

—No quiero ser una carga para ti, Edwin —dijo con firmeza—. Si la situación es difícil, deberíamos enfrentarlo juntos, no esconderlo.

Él soltó una leve risa, aunque sin alegría.

—No eres una carga, Amelia —replicó—. Pero hay cosas que un hombre debe manejar solo.

Amelia se quedó en silencio, comprendiendo, con una mezcla de tristeza y decepción, que Edwin no la consideraba su igual. Para él, el matrimonio no sería una unión de almas ni una colaboración. Era simplemente un arreglo, y en ese arreglo, ella no tenía voz.

—Lo mejor que puedes hacer —dijo Edwin, levantándose lentamente—, es no prestar atención a los chismes. Sigue con tus actividades habituales, asiste a las reuniones sociales, y pronto todo esto quedará en el olvido. La sociedad londinense tiene una memoria corta.

Amelia no respondió de inmediato. Lo miró mientras se acercaba a la puerta, con el porte altivo que siempre había admirado, pero que ahora parecía vacío de contenido. Edwin la estaba dejando sola con las consecuencias de un rumor que, sin duda, afectaría su vida de una manera que él no parecía dispuesto a reconocer.

Cuando la puerta se cerró tras él, Amelia sintió que una sombra se cernía sobre su futuro. Sabía que los rumores no desaparecerían tan fácilmente. Las miradas y los comentarios que había enfrentado desde la noche anterior eran solo el principio, y ahora, además de lidiar con ellos, tenía que aceptar que estaba comprometida con un hombre que, en el fondo, no la veía como una compañera, sino como una simple pieza más en su juego.

Un juego que, al parecer, estaba perdiendo rápidamente.

Capítulo 4
La Carga del Escándalo

El sol de la mañana apenas se asomaba entre las nubes grises que cubrían el cielo londinense cuando Lady Clarise SinClaire entró apresuradamente en el salón familiar, su elegante porte apenas disimulando la preocupación que la consumía. En su mano llevaba una carta que había llegado esa misma mañana, pero su expresión dejaba claro que no eran solo las palabras escritas las que la inquietaban.

Amelia, que había pasado la noche en vela con pensamientos oscuros y confusos, se encontraba sentada junto a la ventana, tratando en vano de distraerse con un libro. Al ver la mirada tensa de su madre, dejó el libro a un lado, su corazón acelerándose ante lo que sabía que sería una conversación incómoda y dolorosa.

—Amelia —comenzó Lady Clarise con voz contenida, tomando asiento frente a ella—, me temo que no podemos ignorar más los rumores que han comenzado a circular.

Amelia sintió cómo un escalofrío recorría su espalda. Había temido este momento desde la noche del baile de máscaras, y aunque se había preparado mentalmente para enfrentarlo, la angustia que reflejaban los ojos de su madre la llenaba de culpa. Clarise desplegó la carta que había recibido y, sin necesidad de leerla en voz alta, resumió su contenido.

—Lady Montague... y también Lady Wellesley —dijo Clarise en un tono bajo—. Ambas han expresado su preocupación por los rumores que circulan sobre Sir Edwin y su situación financiera. Y... parece que han mencionado que fuiste tú quien habló de ello en el baile.

Amelia se estremeció al escuchar la confirmación de lo que tanto había temido. Los rumores no solo eran reales, sino que ya estaban comenzando a afectar su círculo social más cercano. Y peor aún, todo parecía haber comenzado por su imprudente revelación a Lady Charlotte.

—Madre, lo siento —susurró Amelia, bajando la mirada—. No quise que esto sucediera. Fue un comentario descuidado, una conversación que se me escapó de las manos. No imaginé que...

—No imaginaste que Lady Charlotte lo usaría contra ti —interrumpió Clarise con suavidad, pero sus palabras estaban llenas de amargura—. Amelia, sabes bien que esa mujer es conocida por su lengua afilada y su habilidad para transformar cualquier comentario en un escándalo. Has sido imprudente.

Amelia apretó las manos sobre su regazo, sintiendo el peso de la culpa caer sobre ella. Sabía que su madre tenía razón. Había sido ingenua al confiar en que sus palabras no serían

malinterpretadas ni esparcidas por todo Londres. Y ahora, no solo su reputación estaba en juego, sino también la de su familia.

Lady Clarise se levantó y comenzó a caminar por la habitación con pasos tensos, tratando de encontrar una solución a la creciente crisis.

—Lo que más me preocupa —continuó Clarise— es cómo afectará esto a tu futuro. Un compromiso con Sir Edwin Hartley ya era lo suficientemente frágil antes de todo esto. Su situación financiera, que ahora todo Londres parece conocer, podría ser más grave de lo que imaginamos. Y si los rumores no cesan, temo que este matrimonio, que ya tiene sus problemas, podría arruinar no solo tu reputación, sino también el buen nombre de nuestra familia.

Amelia tragó saliva, sintiendo que la presión sobre sus hombros aumentaba. El compromiso con Edwin, una vez visto como una unión beneficiosa, ahora parecía un yugo pesado que la arrastraba cada vez más al abismo del escándalo. Sus pensamientos volvían una y otra vez a la noche del baile, cuando había sentido por primera vez esa incomodidad creciente en su pecho, la sensación de que Edwin no era el hombre que ella había imaginado. ¿Había cometido un error al aceptar su propuesta? ¿Debería haber sido más cauta?

—Madre, no puedo dejar de preguntarme si fue un error aceptar este compromiso —confesó Amelia, su voz quebrándose ligeramente—. Edwin ha cambiado. Está distante, frío... Como si lo único que le importara fuera salvar las apariencias. Y ahora, con todo lo que está sucediendo, no sé si puedo seguir adelante con esto.

Clarise detuvo su andar, volviendo su mirada hacia su hija, cuyos ojos brillaban con lágrimas contenidas. La expresión de Clarise se suavizó, y en lugar de las palabras de reproche que Amelia esperaba, su madre se acercó y tomó sus manos.

—Amelia, querida, no es fácil navegar por los caminos que la sociedad nos impone —dijo Clarise en tono más suave—. Siempre he querido que tengas un futuro seguro, un matrimonio que te proporcione estabilidad. Pero nunca quise que te vieras atrapada en una situación que te haga infeliz. Si de verdad sientes que Edwin no es el hombre adecuado para ti, deberías escuchar a tu corazón.

Amelia levantó la mirada, sorprendida por el consejo de su madre. Había temido que Clarise la presionara para mantener el compromiso a toda costa, por el bien de la familia y su reputación. Pero en sus palabras, encontró el apoyo y la comprensión que tanto necesitaba en ese momento.

—No quiero tomar una decisión apresurada —dijo Amelia, sacudiendo la cabeza—. Pero cada vez que veo a Edwin, me doy cuenta de que no somos lo que la sociedad espera. Él es distante, y parece más preocupado por salvar su fortuna que por lo que realmente importa en un matrimonio. Y ahora, con estos rumores...

—Los rumores son solo una parte de la ecuación —respondió Clarise—. Lo que más importa es lo que tú sientes, Amelia. Si Edwin no te trata como su igual, si no te valora como mereces, entonces debes considerar si este es el tipo de vida que deseas.

Amelia asintió, sintiendo el peso de la decisión que se avecinaba. Sabía que no podía continuar en un compromiso que la hacía sentir tan vacía, tan desconectada. Pero romper un compromiso en la alta sociedad no era algo que se hiciera a la ligera. Las repercusiones serían devastadoras, no solo para ella, sino para toda su familia.

—¿Y qué haremos si decido que no puedo seguir adelante? —preguntó finalmente, con un tono cargado de ansiedad.

Clarise suspiró profundamente, tomando un momento para considerar su respuesta.

—Será difícil —admitió—. La sociedad no es amable con las mujeres que rompen compromisos, pero hay formas de manejar las circunstancias. Podríamos encontrar la manera de atenuar los rumores, de controlar la narrativa. Tienes juventud y belleza de tu lado, Amelia, y no dudo que muchos otros hombres verían en ti una oportunidad, incluso después de todo esto.

Amelia no pudo evitar sentir un nudo en el estómago al escuchar esas palabras. La idea de ser simplemente una "oportunidad" para otro hombre no la tranquilizaba en lo más mínimo. Lo que deseaba era algo mucho más profundo, algo que iba más allá de las expectativas de la sociedad y las conveniencias matrimoniales.

—Lo que más deseo, madre, es no ser una herramienta en los juegos de poder de los hombres —dijo, su voz cargada de emoción—. Quiero encontrar un matrimonio que me ofrezca más que eso, alguien que me vea como su igual, no como un medio para salvarse de la ruina.

Clarise la miró con ojos llenos de orgullo y preocupación.

—Lo sé, hija —respondió con ternura—. Lo sé. Y te prometo que, pase lo que pase, estaré a tu lado.

Amelia, profundamente conmovida por el apoyo de su madre, se sintió por primera vez en días algo más tranquila. Sabía que el camino que tenía por delante sería arduo, lleno de obstáculos y juicios, pero al menos no lo enfrentaría sola. Y con esa certeza, comenzó a trazar en su mente los primeros pasos hacia una posible ruptura con Sir Edwin Hartley, sabiendo que, aunque la sociedad la juzgara, su conciencia y su corazón debían ser sus únicos guías.

Capítulo 5
Una Confrontación Ineludible

El día transcurría con la habitual tranquilidad en la residencia de los SinClaire. Los sirvientes se movían de un lado a otro, ocupados con sus tareas cotidianas, mientras el sonido del viento acariciaba suavemente las ventanas de la casa. Amelia, por su parte, no podía encontrar paz. Desde la conversación que había mantenido con su madre, un malestar creciente la acompañaba, como si el peso de su decisión inminente le fuera demasiado abrumador.

Sentada en el salón, rodeada de las elegantes cortinas de terciopelo y las reliquias familiares, Amelia se obligaba a leer, aunque las palabras del libro que sostenía se desvanecían ante la maraña de pensamientos que invadían su mente. El compromiso con Sir Edwin Hartley, que una vez parecía una elección razonable, se había convertido en una prisión invisible, y los rumores que corrían por los salones de Londres eran solo una manifestación externa de un problema más profundo que no podía ignorar.

De repente, el sonido de la puerta abriéndose con un golpeteo seco la sobresaltó. Sir Edwin Hartley apareció en el umbral, su expresión tensa y su porte altivo, pero algo en su semblante era diferente. No llevaba la sonrisa cortés con la que solía presentarse. No, había en sus ojos una dureza que Amelia no había visto antes, una frialdad que parecía teñir el aire entre ambos.

—Amelia —saludó Edwin, con una inclinación mínima de la cabeza.

Amelia se levantó lentamente, sintiendo que algo serio estaba por suceder. Sabía que Edwin no estaba allí para una visita social cualquiera. Su silencio lo decía todo, y el ambiente cargado de tensión confirmaba sus sospechas.

—Edwin, me sorprende verte tan pronto —dijo ella, intentando mantener su tono neutral, aunque el nudo en su estómago le impedía estar completamente tranquila.

—No debería sorprenderte, Amelia —respondió él, cruzando los brazos frente a su pecho —. Creo que hay muchas cosas que debemos discutir.

Edwin avanzó un par de pasos hacia ella, y aunque no alzó la voz, había en su tono una acusación apenas contenida.

—Por ejemplo, lo que sucedió en el baile de los Lytton.

Amelia sintió que el calor subía a su rostro, pero intentó mantenerse serena. Había temido este momento desde que Lady Charlotte había manipulado sus palabras, y ahora sabía que no podría eludir más la confrontación.

—Sé que cometí un error al hablar con Lady Charlotte —comenzó Amelia, manteniendo la

mirada firme—. Fue un comentario imprudente, pero nunca fue mi intención que algo así sucediera.

—¿Un error? —repitió Edwin, con una sonrisa amarga—. Un error que ha hecho que todo Londres hable de nuestras finanzas. ¿Sabes lo que eso significa para mí? ¿Para nosotros?

Amelia, sorprendida por el tono acerado de sus palabras, retrocedió ligeramente. Nunca había visto a Edwin perder el control de esa manera. Siempre había sido cortés, aunque distante, pero esta versión de Edwin era diferente, más afilada y cruel.

—Edwin, no fue mi intención poner en peligro nada. Fui ingenua al confiar en que una conversación privada no sería malinterpretada. Pero no puedo cargar con toda la culpa de lo que está sucediendo. Lady Charlotte sabía perfectamente lo que estaba haciendo cuando me preguntó por tus negocios.

Edwin negó con la cabeza, exhalando con frustración.

—Tú no entiendes, Amelia —dijo, con un tono que casi rayaba en la desesperación—. Estos rumores podrían arruinarlo todo. Cada inversión que he hecho, cada contacto que he cultivado, todo depende de mi reputación. Y tú, con una simple palabra, has puesto en riesgo años de trabajo.

Amelia sintió una punzada en el corazón al escuchar esas palabras. ¿De verdad Edwin pensaba que todo lo que estaba sucediendo era su culpa? ¿No podía ver que las dificultades en su relación no se reducían a un solo rumor?

—¿Y qué hay de nosotros, Edwin? —preguntó ella, con una firmeza nueva en su voz—. Esto no es solo sobre negocios. Esto debería ser un compromiso, una unión entre dos personas que se apoyan mutuamente. Pero desde que comenzó todo esto, siento que te has distanciado. Ni siquiera hablas conmigo de lo que realmente está ocurriendo. Solo me culpas.

Edwin la miró con una mezcla de incredulidad y frustración.

—¿Y qué esperabas? —dijo con un tono cada vez más frío—. ¿Que me quedara callado mientras observaba cómo las palabras que pronunciaste casi destruyen todo lo que he construido?

Amelia sintió que las lágrimas comenzaban a formarse en sus ojos, pero se negó a dejar que cayeran. Había sido educada para ser fuerte, para no mostrar debilidad, y no iba a permitir que Edwin la viera quebrarse. Pero las palabras que Edwin decía eran más hirientes de lo que jamás había imaginado.

—Lo que no esperé —dijo ella, con la voz temblorosa pero firme— es que fueras tan frío, tan indiferente. Esto no es solo sobre tu fortuna, Edwin. ¿No entiendes que lo que más me duele es ver cómo, cuando más necesito tu apoyo, te distancias de mí?

Edwin bajó la mirada por un momento, como si meditara sus siguientes palabras. Sin embargo, cuando volvió a alzar la vista, la frialdad seguía presente en sus ojos.

—No esperes de mí algo que no puedo darte, Amelia. Este compromiso siempre fue sobre lo que era mejor para nuestras familias, para asegurar un futuro próspero. Si eso cambia, si pierdo mi posición por culpa de estos rumores, entonces todo este matrimonio deja de tener sentido.

Esas palabras, tan directas y brutales, dejaron a Amelia sin aliento. ¿Eso era lo que realmente pensaba Edwin? ¿Que su relación solo tenía valor si él conservaba su fortuna y su prestigio? La decepción y la tristeza que sentía se convirtieron en una mezcla de indignación y dolor.

—Entonces, ¿eso es lo único que importa para ti? —preguntó, casi con incredulidad—. ¿El dinero? ¿La posición? ¿Nunca fui más que una garantía para tu futuro?

Edwin no respondió de inmediato. Su silencio fue más revelador que cualquier palabra que pudiera haber pronunciado. En ese momento, Amelia comprendió que lo que ella siempre había sospechado era cierto: para Edwin, su compromiso no era más que un contrato, una transacción conveniente para asegurar su posición en la sociedad.

Finalmente, Edwin habló, aunque su tono seguía siendo distante.

—No es tan simple como lo quieres ver, Amelia. Esta es la realidad en la que vivimos. La sociedad no nos permite lujos como el amor o el sentimentalismo. Si no podemos asegurar nuestro lugar, lo perdemos todo.

Amelia lo miró, sintiendo cómo cada palabra que él pronunciaba la alejaba más y más de lo que alguna vez pensó que sería su futuro. El peso de sus palabras era insoportable, pero al mismo tiempo, liberador. Porque en ese momento, Amelia supo con certeza que no podía seguir adelante con este compromiso. No podía casarse con un hombre que valoraba más su fortuna que el respeto y el amor hacia su prometida.

Con una serenidad que no sabía que poseía, Amelia enderezó los hombros y lo miró a los ojos.

—Si ese es el caso, Edwin —dijo ella, con voz firme—, entonces quizás debamos reconsiderar este compromiso. Porque no puedo, y no quiero, ser parte de algo que carece de todo lo que realmente importa.

Edwin la miró, sorprendido por su repentina determinación, pero no dijo nada. El silencio entre ellos era pesado, lleno de palabras no dichas y de una distancia emocional que ya no podía ignorarse.

Finalmente, Edwin se inclinó ligeramente en señal de despedida, su rostro sin expresión.

—Como desees —fue todo lo que dijo antes de girarse y salir de la habitación, dejando a Amelia sola, pero con una claridad nueva sobre el camino que debía seguir.

Mientras la puerta se cerraba tras él, Amelia sintió una extraña mezcla de tristeza y alivio. Sabía que el camino que tenía por delante no sería fácil, pero al menos ahora era consciente

de que **habí**a **toma**do **la decisi**ón **correc**ta: **no podí**a **sacrifi**car **su felicid**ad **y dignid**ad **por un compromi**so **qu**e **no le ofrec**ía **nad**a **de valo**r.

Capítulo 6
Un Encuentro Oportuno

La mañana del siguiente evento social en casa de los Featherstone prometía ser como cualquier otra de la temporada, con damas y caballeros reunidos para disfrutar de la compañía y los inevitables chismes que fluyen en los círculos de la alta sociedad londinense. Amelia, sin embargo, se sentía inquieta. Desde su último enfrentamiento con Sir Edwin, las cosas no habían vuelto a ser las mismas. Había un abismo entre ambos que solo se había ensanchado con el paso de los días, y cada vez era más consciente de que no había vuelta atrás.

Amelia se encontraba en el salón de los Featherstone, acompañada por su madre, Lady Clarise, quien, aunque visiblemente preocupada, mantenía la compostura que la sociedad exigía. El rumor sobre la situación financiera de Sir Edwin Hartley no solo seguía vivo, sino que ahora parecía acompañar a Amelia dondequiera que iba. Las miradas furtivas y los susurros a sus espaldas eran imposibles de ignorar, y aunque intentaba mantener una expresión serena, la incomodidad de estar en el centro de un escándalo creciente la envolvía como una sombra.

—Amelia, querida —dijo una voz familiar, cortante y afilada, que solo podía pertenecer a Lady Charlotte—. ¡Qué encantador verte esta mañana!

Amelia se giró con una sonrisa tensa, dispuesta a enfrentar otra conversación incómoda, cuando, para su sorpresa, una figura alta y elegante se interpuso entre ellas. Lord Henry Ravenswood, con su porte sereno y ojos verdes observadores, hizo una inclinación de cabeza a Lady Charlotte antes de volverse hacia Amelia.

—Lady Amelia, qué placer encontrarte aquí —dijo Henry, con una suavidad que contrastaba con el ambiente cargado del salón—. Espero que me permitas robarte un momento de tu tiempo.

Antes de que Amelia pudiera responder, Lady Charlotte, con una sonrisa apenas disimulada de interés malicioso, se despidió con una inclinación de cabeza. Amelia sintió un alivio inmediato cuando Henry se colocó a su lado, alejándola con sutileza del círculo de miradas inquisitivas.

—¿Estás bien? —preguntó Henry en un susurro, una vez que se encontraron en una esquina más apartada del salón, lejos del escrutinio general.

Amelia asintió, aunque la verdad era que su interior estaba en una tormenta de emociones. Henry parecía percibir su inquietud y, con una leve sonrisa, intentó tranquilizarla.

—No te preocupes demasiado por ellos —dijo, señalando con un leve gesto hacia los invitados—. La sociedad londinense tiene una memoria corta, y pronto encontrarán otra cosa sobre la que murmurar.

—Eso espero —respondió Amelia con un suspiro, agradecida por su presencia—. Pero temo que los rumores sobre Sir Edwin no se disiparán tan fácilmente. Y temo que mis propias acciones no han hecho más que avivar esos fuegos.

Henry la observó con cuidado, sus ojos verdes buscando los suyos.

—Nadie puede controlar lo que la gente dice, Amelia —dijo con calma—. Pero sí podemos controlar cómo respondemos a esos rumores. Y creo que tú has mostrado una dignidad que muchos en esta sala carecen.

Amelia se sintió aliviada por sus palabras, pero no pudo evitar notar la creciente atención que su conversación con Lord Ravenswood estaba generando entre los presentes. Las miradas furtivas, antes dirigidas a ella por los rumores sobre Sir Edwin, ahora se volvían hacia la inesperada cercanía entre ella y Henry. A pesar de ello, la tranquilidad que él irradiaba le daba una sensación de protección, como si por primera vez en días pudiera respirar sin el constante peso de las miradas sobre ella.

—¿Te importa si damos un paseo por el jardín? —propuso Henry, al percibir su incomodidad.

Amelia asintió con agradecimiento, y ambos se dirigieron hacia las puertas de cristal que daban al jardín trasero de la mansión Featherstone. El aire fresco y el suave murmullo de las hojas mecidas por la brisa le proporcionaron un respiro necesario.

—Es un alivio estar lejos de ese salón —dijo Amelia, mientras caminaban por los senderos del jardín, bordeados por setos meticulosamente recortados—. A veces siento que no puedo escapar de las miradas, de los juicios.

—La alta sociedad es una red intrincada de susurros y secretos —comentó Henry, con una sonrisa irónica—. Pero tú has mostrado una fortaleza admirable al enfrentarte a todo esto.

Amelia lo miró con curiosidad. Desde su primer encuentro en el baile de los Lytton, había notado en Henry una calma y un control que no encontraba en otros hombres de su círculo. Había algo en su mirada que lo hacía parecer más consciente de las realidades del mundo, como si hubiera visto más allá de las frivolidades de la alta sociedad y hubiera decidido no dejarse afectar por ellas.

—Es curioso —dijo ella, con una ligera sonrisa—. Apenas nos conocemos, pero siento que puedo confiar en ti.

Henry la miró de reojo, con una expresión seria, pero cálida.

—La confianza no siempre requiere tiempo, Amelia —respondió—. A veces se encuentra en un solo gesto, una sola palabra. Y en este caso, me alegra saber que me ves como alguien

digno de esa confianza.

Amelia se sonrojó ligeramente, consciente de la creciente cercanía que sentía hacia Henry. Era un alivio poder hablar con alguien que no solo la escuchaba, sino que también entendía las complejidades de su situación sin juzgarla.

Mientras paseaban por el jardín, Amelia no pudo evitar notar cómo algunas de las otras damas presentes se asomaban desde las ventanas del salón para observarlos. Las cabezas inclinadas, las sonrisas cómplices y los murmullos entre los invitados no pasaron desapercibidos.

—Parece que hemos llamado la atención —dijo Amelia, con una mezcla de diversión y preocupación.

Henry miró hacia el salón, captando las mismas miradas curiosas.

—Que hablen —dijo con una sonrisa tranquila—. Lo que piensen o digan no cambia lo que es importante aquí.

Amelia lo observó con atención. A pesar de las miradas y los rumores que seguramente se intensificarían tras ese paseo, no podía negar lo cómoda que se sentía en su presencia. Henry parecía comprender su situación de una manera que nadie más lo hacía. No era solo el hecho de que la defendiera de los comentarios hirientes, sino la manera en que la trataba, como si realmente importara lo que ella pensaba y sentía, algo que no había experimentado con Edwin.

—Me temo que pronto empezarán a circular rumores sobre nuestra... repentina amistad —dijo Amelia con un tono más serio, deteniéndose por un momento en el camino.

Henry se volvió hacia ella, sus ojos verdes brillando con una chispa de humor.

—¿Y qué importa eso? —preguntó—. Si la gente va a hablar, al menos que hablen de algo interesante. Además, no creo que sea un crimen ofrecerle apoyo a alguien que lo necesita.

Amelia sonrió, agradecida por su ligereza. Era refrescante ver cómo Henry no se preocupaba por las opiniones de los demás de la misma manera que muchos lo hacían. Para él, la realidad de su conexión parecía importar más que cualquier comentario superficial que pudieran hacer los demás.

—Te agradezco por estar a mi lado, Henry —dijo ella, sintiendo la sinceridad en sus palabras—. Has sido un gran apoyo en un momento en que... no sabía en quién confiar.

—Siempre estaré aquí para ti, Amelia —dijo Henry, su voz baja y firme—. Y si alguna vez necesitas ayuda para navegar por este complicado mundo, no dudes en pedírmela.

El silencio entre ellos se llenó de una nueva comprensión, y mientras continuaban su paseo por el jardín, Amelia sintió que algo había cambiado en su interior. La distancia emocional que sentía con Edwin ahora parecía aún más marcada al compararla con la cercanía y el entendimiento que comenzaba a desarrollar con Henry.

El regreso al salón, inevitable, fue recibido con las mismas miradas curiosas y sonrisas cómplices de antes. Pero esta vez, Amelia no se sintió abrumada por ellas. Al contrario, la compañía de Henry a su lado le dio una confianza que no había sentido en mucho tiempo.

A medida que avanzaban por el salón, algunos de los asistentes intercambiaban miradas y susurros. Los rumores, como siempre, comenzarían a fluir. Pero ahora, con Henry a su lado, Amelia se sintió preparada para enfrentarlos.

Al fin y al cabo, había algo en la amistad que comenzaba a forjarse entre ellos que le daba una nueva fuerza. Y si la sociedad londinense iba a hablar, que lo hicieran. Amelia ya no estaba sola en esta batalla.

Capítulo 7
La Intriga de Lady Charlotte

El salón de los Featherstone, iluminado por el suave resplandor de las lámparas de aceite, aún rebosaba de actividad cuando Lady Charlotte se deslizó entre los grupos de invitados con una gracia felina. Su mirada aguda, oculta tras una máscara de cortesía, observaba cada detalle, cada expresión, cada murmullo. Había algo que la inquietaba, y como siempre, Lady Charlotte no estaba dispuesta a quedarse al margen cuando había un escándalo que manipular.

Desde el baile en la mansión de los Lytton, Amelia SinClaire había estado en el ojo del huracán. Lady Charlotte se aseguraba de que los rumores sobre la situación financiera de Sir Edwin Hartley y su relación con Amelia no perdieran fuerza. Sin embargo, lo que realmente había captado su atención en las últimas semanas era la presencia constante y enigmática de Lord Henry Ravenswood, ese hombre que había regresado recientemente a Londres después de años en Francia. Henry y Amelia parecían acercarse más con cada evento social, y aquello despertaba en Lady Charlotte un profundo interés, mezclado con una dosis de malicia.

Desde la distancia, observó cómo Amelia, acompañada por Lord Ravenswood, paseaba por el jardín del salón. La cercanía entre ambos no pasó desapercibida para Lady Charlotte, ni para el resto de los asistentes. Las sonrisas compartidas y la atención que Henry mostraba hacia Amelia eran claros indicios de que algo más que una simple amistad estaba en desarrollo.

"¿Qué puede ver un hombre como Ravenswood en Amelia?", pensó Lady Charlotte, con una mezcla de curiosidad y celos. La presencia de Henry amenazaba con desestabilizar el control que ella ejercía sobre el círculo social, especialmente ahora que había sembrado dudas sobre el compromiso entre Amelia y Sir Edwin.

Lady Charlotte decidió que era momento de actuar. Si bien Edwin Hartley ya no poseía la posición de poder que una vez tuvo, aún era una figura relevante en la sociedad, y un hombre vulnerable a la influencia de las palabras bien colocadas. Ella sabía cómo utilizar esos rumores en su propio beneficio.

Avanzando con paso decidido, Lady Charlotte se dirigió hacia Sir Edwin, que se encontraba conversando con un par de caballeros junto a la chimenea. Al notar su aproximación, Edwin se inclinó cortésmente.

—Lady Charlotte —saludó, esbozando una sonrisa que apenas llegaba a sus ojos—. Un placer verte esta noche.

—El placer es todo mío, Sir Edwin —respondió ella, con una sonrisa calculada—. Me temo que esta velada ha sido todo un espectáculo. Parece que la sociedad nunca se cansa de encontrar algo de lo que hablar.

Edwin, cansado de escuchar sobre su situación y el interminable escrutinio que lo seguía, asintió sin entusiasmo.

—Sí, parece que siempre hay algo en boca de todos.

—Oh, pero esta noche, lo que más está en boca de todos no son las finanzas de ningún caballero —dijo Lady Charlotte con un tono inocente, aunque cargado de intención—. He oído susurros sobre la creciente amistad entre tu prometida y Lord Ravenswood. Muy peculiar, ¿no te parece?

El comentario fue hecho con tal sutileza que Edwin no pudo evitar fruncir el ceño. Aunque sabía que los rumores siempre circulaban sin fundamento, no podía evitar sentirse ligeramente incómodo al escuchar el nombre de Amelia y Ravenswood mencionados juntos.

—Amelia y Lord Ravenswood simplemente han compartido algunos momentos en sociedad —respondió Edwin, tratando de minimizar la situación, aunque sus palabras carecían de convicción.

Lady Charlotte, al notar la vacilación en su voz, inclinó la cabeza con una expresión de falsa simpatía.

—Oh, por supuesto, querido —dijo con un tono que rozaba lo condescendiente—. Estoy segura de que no es más que una amistad... inocente. Sin embargo, ya sabes cómo es nuestra querida alta sociedad. La gente no puede evitar notar ciertas cosas, sobre todo cuando uno de los dos es una joven prometida y el otro, un hombre envuelto en misterio.

Edwin no respondió de inmediato, y Lady Charlotte sabía que había sembrado la duda. Se acercó un poco más, como si estuviera compartiendo una confidencia.

—Debo decir que me sorprendió ver a Amelia tan... ¿cómo decirlo? —Charlotte hizo una pausa, fingiendo buscar las palabras correctas—. Tan relajada en la compañía de Lord Ravenswood. Pero claro, quizá estoy viendo cosas donde no las hay. Solo me preocupa que las apariencias, ya sabes, pueden ser engañosas, y a veces no somos conscientes del impacto que tienen en los demás.

Edwin apretó la mandíbula. Los rumores sobre sus finanzas ya lo tenían al borde de la desesperación, y ahora Lady Charlotte insinuaba que Amelia, la mujer que debía ser su apoyo en medio de este escándalo, podría estar involucrada en otro tipo de complicación. El comentario sobre las "apariencias engañosas" quedó flotando en su mente, provocando una mezcla de irritación y preocupación que no había sentido antes.

—Lady Charlotte —dijo con voz más fría de lo habitual—, estoy seguro de que Amelia no tiene ninguna intención de dañar su reputación ni la mía. Lord Ravenswood puede ser un

hombre misterioso, pero no veo razón para dudar de la lealtad de mi prometida.

—¡Oh, no estoy sugiriendo eso! —exclamó Lady Charlotte, levantando ligeramente las manos en un gesto de inocencia—. Solo me preocupa que, dadas las circunstancias, cualquier malentendido pueda afectaros. Ya sabes cómo es esta sociedad. Las habladurías son como una marea, difíciles de controlar una vez que comienzan. Solo quería advertirte, como amiga, para que estés alerta.

Edwin asintió, pero la semilla de la duda ya estaba plantada. Lady Charlotte, siempre experta en manipular las emociones de los demás, sonrió con satisfacción al notar el cambio en su expresión. Sabía que había alcanzado su objetivo.

—De todos modos, Edwin —dijo con un tono más suave—, estoy segura de que cualquier preocupación será temporal. Solo recuerda ser vigilante. A veces, las personas a nuestro alrededor pueden sorprendernos, para bien o para mal.

Con esas palabras cargadas de insinuaciones, Lady Charlotte se despidió con una ligera inclinación y desapareció entre la multitud, dejándolo solo con sus pensamientos. Edwin permaneció inmóvil, contemplando las llamas de la chimenea mientras sus pensamientos se arremolinaban. No quería creer que Amelia pudiera estar comprometida en algo impropio, pero Lady Charlotte había sido lo suficientemente astuta como para dejarle la duda.

¿Acaso Amelia había perdido el interés en él? ¿Había algo más detrás de su creciente amistad con Lord Ravenswood?

Mientras Edwin reflexionaba sobre estas preguntas, la velada continuaba a su alrededor. Pero para él, todo se sentía distante, como si una nube oscura estuviera envolviendo su futuro. Lady Charlotte había logrado su propósito: las dudas sobre Amelia y la tensión sobre su relación estaban ahora más presentes que nunca.

Al otro lado del salón, Amelia aún disfrutaba de la compañía tranquila y reconfortante de Henry Ravenswood. A medida que conversaban, ajenos a las insinuaciones maliciosas que Lady Charlotte había lanzado, Amelia no podía evitar sentir que había encontrado en Henry una amistad genuina, algo que hacía tiempo no experimentaba. Sin embargo, el creciente murmullo a su alrededor, las miradas que percibía aunque no las buscara, empezaban a hacerle entender que su amistad con Henry ya estaba siendo objeto de comentarios.

A pesar de ello, mientras Henry la miraba con esa calma que tanto la tranquilizaba, Amelia no podía ignorar el hecho de que él le ofrecía algo que Edwin nunca había sido capaz de darle: comprensión y, sobre todo, una conexión emocional que crecía con cada encuentro.

CAPÍTULO 8

Un Encuentro en la Biblioteca

La biblioteca de los Montague, con sus altos estantes de caoba repletos de libros encuadernados en cuero y sus elegantes cortinas que velaban el suave resplandor del sol de la tarde, ofrecía un refugio acogedor en medio del bullicio del evento social que tenía lugar en las salas contiguas. El sonido lejano de risas y murmullos apenas se filtraba entre las paredes, permitiendo que quienes encontraban su camino hacia esa habitación disfrutaran de un breve respiro de la intriga y las habladurías de la alta sociedad londinense.

Amelia había buscado ese respiro deliberadamente. Tras días de miradas inquisitivas y conversaciones que parecían girar siempre en torno a los mismos rumores, anhelaba un momento de calma, un lugar donde pudiera sentirse a salvo de los juicios que la rodeaban. Había escuchado hablar de la impresionante biblioteca de los Montague y, al descubrirla, no pudo evitar dirigirse hacia allí, confiando en que el ambiente de serenidad que proporcionaban los libros le ofreciera la paz que necesitaba.

Cuando abrió la pesada puerta y se adentró en la habitación, fue recibida por el aroma cálido del papel envejecido y el suave crujido de la madera bajo sus pies. Aquel rincón del mundo parecía ajeno a las preocupaciones que la atormentaban, y por un breve instante, Amelia se permitió olvidar las presiones de la sociedad. Sin embargo, no estaba sola.

En una de las butacas cercanas al ventanal, Henry Ravenswood se encontraba leyendo un libro. Al escuchar el leve chirrido de la puerta, levantó la vista y, al verla, sonrió con esa serenidad tan característica en él.

—Lady Amelia —dijo, cerrando el libro con calma y poniéndose de pie—. Qué agradable sorpresa verte aquí.

Amelia, un tanto sorprendida de encontrarlo, esbozó una ligera sonrisa y dio unos pasos hacia él, sintiéndose curiosamente aliviada por su presencia.

—Lord Ravenswood, no esperaba encontrar a nadie aquí —respondió, mirando brevemente alrededor—. Parece que ambos hemos buscado refugio en el mismo lugar.

Henry sonrió con suavidad, inclinando ligeramente la cabeza en señal de acuerdo.

—A veces, el bullicio de la sociedad puede ser abrumador —comentó—. Y este lugar tiene algo de mágico, ¿no te parece? Un rincón donde uno puede olvidarse por un momento de las tensiones del exterior.

Amelia asintió, observando con detenimiento los estantes repletos de volúmenes. No podía negar que la atmósfera de la biblioteca ofrecía precisamente lo que había estado buscando: un

escape temporal de las miradas y comentarios que la habían seguido desde el baile de los Lytton.

—Es un alivio —dijo ella, permitiéndose relajarse un poco más—. Me temo que últimamente ha sido difícil encontrar un momento de tranquilidad.

Henry, percibiendo la fatiga en su voz, la invitó a sentarse en una de las cómodas sillas cercanas al ventanal. Amelia, agradecida, aceptó la invitación.

—Debo confesar —dijo Henry después de un breve silencio—, que he pensado mucho en ti desde nuestro último encuentro.

Amelia lo miró con curiosidad. Aunque ambos habían desarrollado una conexión en las últimas semanas, siempre había habido una barrera, una especie de reserva por parte de Henry, algo que lo hacía parecer inalcanzable. Sin embargo, ahora, en el silencio íntimo de la biblioteca, él parecía dispuesto a romper ese muro.

—¿En mí? —preguntó ella, tratando de ocultar el rubor que subía a sus mejillas—. ¿Por qué, Lord Ravenswood?

Henry la miró con intensidad, pero no con la mirada penetrante que solía desarmarla en los eventos sociales, sino con una sinceridad que la hizo sentir aún más cerca de él.

—Porque veo en ti a alguien que también lleva el peso de las expectativas de la sociedad —respondió él, suavemente—. Y aunque cada uno de nosotros tiene sus propios secretos y cargas, hay algo en ti que me recuerda a mi propia lucha por encontrar mi lugar en este mundo.

Amelia, sorprendida por su franqueza, lo observó detenidamente. Siempre había sentido que Henry, a pesar de su calma exterior, era un hombre que ocultaba mucho más de lo que dejaba ver.

—Lord Ravenswood —comenzó ella, con un tono vacilante—, debo confesar que siempre he sentido curiosidad por tu historia. Sabes tanto de mí, y, sin embargo, yo apenas sé nada de ti.

Henry sonrió, bajando la mirada momentáneamente, como si las palabras que estaba a punto de pronunciar fueran difíciles.

—Es cierto que no he sido del todo sincero contigo sobre mi pasado —admitió, volviendo a mirarla—. No por falta de confianza, sino porque mi historia está envuelta en circunstancias que aún hoy me persiguen.

Amelia sintió que el ambiente se volvía más íntimo, casi solemne. Sabía que Henry estaba a punto de compartir algo importante, algo que lo había mantenido en ese estado de reserva durante tanto tiempo.

—Mi familia, los Ravenswood —comenzó—, no siempre ha sido bien vista en Londres. Hubo un tiempo en que éramos respetados, pero todo cambió cuando, debido a una

difamación injusta, nos vimos obligados a exiliarnos en Francia. Mis tíos, quienes me criaron tras la muerte de mis padres, hicieron todo lo posible por mantener nuestra dignidad intacta, pero fue en el exilio donde nuestra verdadera fortaleza se puso a prueba.

Amelia escuchaba con atención, sintiendo la seriedad en cada palabra que él pronunciaba.

—Durante años, vivimos en el valle del Loira, donde mi familia logró construir una nueva fortuna, lejos de los ojos críticos de la sociedad londinense. Fue allí donde crecí, y donde aprendí a no depender de la aceptación de los demás para definir mi valor. Sin embargo, la muerte de mi tío me devolvió a Londres con una herencia considerable y un nombre que necesitaba ser rehabilitado.

Henry hizo una pausa, como si buscara las palabras adecuadas para continuar.

—Regresé no solo por la herencia —confesó—, sino también para restaurar el honor de mi familia. Mi objetivo siempre ha sido redimir el nombre Ravenswood, pero he aprendido que las cosas no son tan simples. Londres está lleno de trampas, de personas que se mueven por intereses ocultos, y la verdad rara vez sale a la luz por sí sola.

Amelia lo miraba en silencio, impresionada por la profundidad de su historia y por la lucha que Henry había tenido que enfrentar en su regreso a Londres. De alguna manera, sus caminos, aunque distintos, se habían entrelazado en ese mismo mundo de apariencias, donde ambos intentaban encontrar su lugar.

—Entiendo ahora por qué mantienes cierta distancia con la sociedad —dijo ella finalmente —. Y comprendo mejor tu reserva. Pero me pregunto, Lord Ravenswood, ¿qué te hizo confiar en mí?

Henry la miró con una expresión que mezclaba sinceridad y una vulnerabilidad que hasta entonces no le había mostrado.

—Porque tú, Amelia, no eres como los demás. He visto cómo enfrentas las dificultades que la sociedad te impone, cómo luchas por mantener tu integridad a pesar de las presiones que te rodean. En ti, veo una fuerza que rara vez encuentro en los demás. Y en este mundo lleno de máscaras y falsedades, tu sinceridad es algo a lo que no puedo ser indiferente.

Las palabras de Henry calaron hondo en Amelia. Mientras lo escuchaba, sintió una conexión más profunda con él, algo que iba más allá de la mera amistad o del alivio que había encontrado en su compañía. Había algo en Henry que la hacía sentir comprendida, algo que despertaba en ella emociones que nunca había sentido con Edwin.

El silencio que siguió no fue incómodo. Ambos se miraron, conscientes de que habían cruzado una línea, un umbral invisible que los acercaba más de lo que ninguno de los dos había anticipado. La biblioteca, con sus estanterías silenciosas y su atmósfera íntima, parecía protegerlos de las miradas indiscretas del mundo exterior, ofreciendo un momento de conexión que ninguno de los dos olvidaría.

Finalmente, fue Henry quien rompió el silencio, con una voz suave pero cargada de significado.

—Amelia, quiero que sepas que, pase lo que pase, siempre estaré aquí para ti.

Y con esas palabras, algo se selló entre ellos, algo que ni los rumores ni las expectativas de la sociedad podrían romper.

Capítulo 9
Dudas y Sospechas

Los días que siguieron al encuentro en la biblioteca con Lord Ravenswood fueron una mezcla de emociones intensas para Amelia. Su mente, antes centrada en la tarea de navegar los rumores y las presiones sociales, ahora estaba llena de preguntas más personales, más profundas. Ya no era solo la incomodidad de las habladurías sobre su compromiso con Sir Edwin Hartley lo que la inquietaba; ahora, algo más había tomado posesión de su corazón, una incertidumbre que la obligaba a replantearse lo que antes había dado por sentado.

A medida que sus pensamientos giraban en torno a Henry Ravenswood y la sinceridad que él había mostrado, Amelia se encontraba, inevitablemente, comparándolo con Edwin. Las diferencias entre ambos hombres se volvían cada vez más evidentes, y con esa claridad llegaba una pregunta angustiosa: ¿qué futuro deseaba realmente? ¿Sería el compromiso con Edwin una decisión correcta, o solo una condena que estaba a punto de imponerse a sí misma por las expectativas de la sociedad?

Amelia, hasta entonces, había sido fiel a la idea de que el matrimonio debía ser un acuerdo ventajoso, una alianza que asegurara la estabilidad y la prosperidad de ambas familias. Pero ahora, empezaba a cuestionar si ese tipo de matrimonio sería suficiente para ella. ¿No había algo más que buscar en la vida que el mero cumplimiento de las reglas sociales?

Sentada en el salón de su casa, mientras el sol de la tarde entraba por las ventanas y dibujaba suaves sombras sobre los muebles, Amelia contemplaba estas preguntas. La figura de Edwin, antes tan clara y segura en su mente, comenzaba a desdibujarse. Había algo en él, algo que la inquietaba profundamente. Desde hacía días, había notado que su comportamiento se tornaba más distante, como si estuviera ocultando algo. Sus visitas eran cada vez más breves, y cuando conversaban, él parecía más preocupado por mantener las apariencias que por interesarse genuinamente en lo que ella pensaba o sentía.

Un incidente en particular había encendido sus sospechas. Durante una de sus visitas recientes, Edwin había llegado con una expresión inusualmente tensa. Parecía distraído, casi como si estuviera preocupado por algo más importante que su relación con Amelia. Cuando ella le preguntó si algo lo inquietaba, él la había desestimado con un gesto apresurado, diciendo que los negocios ocupaban su mente, pero la evasiva de su respuesta solo había aumentado la inquietud en ella.

Amelia recordaba vívidamente cómo Edwin había evitado mirarla a los ojos cuando ella mencionó su futuro juntos. Algo no encajaba, y cuanto más pensaba en ello, más evidente se

hacía que el compromiso, que antes había considerado inevitable, ahora parecía más una trampa que una promesa de felicidad.

Ese día, mientras Amelia se perdía en sus pensamientos, una visita inesperada sacudió su serenidad. Un lacayo anunció la llegada de Sir Edwin Hartley. La sorpresa no fue tanto por su visita, sino por la repentina urgencia con la que parecía haber llegado. Amelia, al levantarse para recibirlo, notó que su propio cuerpo se tensaba de manera involuntaria. El simple hecho de estar en su presencia ya no le traía la misma calma que una vez había sentido.

Edwin entró al salón, y tras el saludo cortés de rigor, se sentó frente a ella. Amelia no pudo evitar notar su expresión: estaba claramente perturbado, pero hacía un esfuerzo por disimularlo. Sus ojos azules, antes llenos de esa confianza que lo caracterizaba, ahora parecían sombríos y algo esquivos.

—Amelia, lamento presentarme de forma tan repentina —dijo Edwin, con un tono que intentaba sonar relajado, aunque había una tensión subyacente en su voz—. He tenido una serie de complicaciones que requieren toda mi atención.

Amelia inclinó la cabeza, pero no pudo evitar sentir una punzada de duda. Las "complicaciones" que Edwin mencionaba parecían ser más que simples asuntos financieros. Había algo en su manera de hablar, en su incomodidad palpable, que despertaba en ella una desconfianza creciente.

—No tienes por qué disculparte, Edwin —respondió ella con cortesía—. Pero noto que algo te preocupa más allá de lo habitual. Si hay algo que deba saber...

Edwin la interrumpió bruscamente, algo que nunca antes había hecho.

—No, Amelia —dijo, con una ligera rigidez—. No debes preocuparte por eso. Son asuntos que no deberían interferir en nuestros planes. Todo estará bien.

La forma en que lo dijo, con esa seguridad forzada, solo hizo que las sospechas de Amelia se intensificaran. En lugar de tranquilizarla, Edwin la hacía sentir como si estuviera siendo apartada de algo crucial, como si hubiera un secreto que él se negaba a compartir. Y esa evasiva, esa reticencia a abrirse con ella, era lo que la inquietaba más que cualquier otro rumor o complicación financiera.

Durante el resto de la conversación, Edwin continuó hablando en tono general sobre sus negocios, y aunque intentó aparentar normalidad, Amelia notó pequeños detalles que aumentaron su malestar: la forma en que evitaba profundizar en cualquier tema personal, las miradas fugaces que dirigía hacia la puerta como si quisiera irse lo antes posible, y, sobre todo, la evidente falta de interés en hablar sobre su futuro juntos.

Cuando finalmente se despidió y abandonó la casa, Amelia se quedó en el salón, inmóvil, pero su mente no dejaba de girar en torno a lo que acababa de suceder. No podía sacudirse la sensación de que Edwin le ocultaba algo importante. Y si eso era cierto, ¿qué implicaba para

su compromiso?

Los rumores sobre los negocios de Edwin no se habían disipado, y aunque él siempre había insistido en que todo estaba bajo control, Amelia no podía evitar preguntarse si había algo más profundo detrás de esa fachada de confianza. Quizás Edwin estaba en problemas más graves de lo que ella imaginaba, y la creciente distancia entre ellos no era solo fruto de los chismes sociales, sino de una verdad más oscura que él no quería compartir con ella.

Esa noche, mientras Amelia se retiraba a su habitación, una tormenta de dudas la acompañaba. ¿Podía confiar en Edwin? Durante mucho tiempo, había aceptado su compromiso como algo inevitable, como parte del destino que le correspondía como hija de una familia respetada. Pero ahora, con cada vez más preguntas sin respuesta, se daba cuenta de que no podía continuar ignorando lo que su corazón le decía.

Sus pensamientos volvieron a Henry Ravenswood, a la honestidad con la que él le había hablado, a la forma en que la había hecho sentir escuchada y valorada. No podía evitar hacer la comparación: Edwin, a pesar de su promesa de estabilidad, parecía cada vez más distante y misterioso, mientras que Henry, a pesar de su propio misterio, era alguien con quien ella se sentía segura y comprendida.

Amelia cerró los ojos, tratando de encontrar claridad en medio de la confusión que la rodeaba. ¿Sería posible que hubiera estado caminando hacia un futuro que no deseaba? Ahora, más que nunca, debía enfrentar la realidad de sus propios sentimientos. El compromiso con Edwin, que una vez había visto como su destino, comenzaba a parecer más una encrucijada. Y en el horizonte, se vislumbraba la posibilidad de una vida diferente, una vida que tal vez no siguiera las reglas dictadas por la sociedad, pero que podría ofrecerle algo mucho más valioso: la verdadera libertad de elegir por sí misma.

Capítulo 10
Revelaciones Inquietantes

Los días en Londres transcurrían con la misma agitación de siempre, entre bailes, recepciones y las interminables habladurías de la alta sociedad. Sin embargo, para Amelia, cada evento parecía teñido por una nube de inquietud. Los pensamientos sobre Edwin, su creciente distancia emocional y los misterios que lo rodeaban la consumían más de lo que ella quería admitir. Sabía que algo no estaba bien, pero hasta ese momento, había dudado en hacer algo al respecto.

Sin embargo, esa tarde, mientras se encontraba paseando por los jardines del parque de Hyde Park en compañía de Henry Ravenswood, algo cambió. El ambiente era tranquilo, con la suave brisa primaveral acariciando las copas de los árboles y el sonido lejano del trote de los caballos en los caminos de tierra. Era el lugar ideal para conversar, alejado de las miradas inquisitivas de la sociedad londinense.

Amelia caminaba al lado de Henry, disfrutando del silencio que siempre se sentía natural entre ellos. Sabía que podía confiar en él, y aunque las palabras de Henry en la biblioteca aún resonaban en su mente, no había vuelto a sacar el tema de Edwin... hasta ahora.

—Amelia —comenzó Henry, rompiendo el silencio con su tono habitual de calma—, no puedo evitar sentir que estás inquieta. Te conozco lo suficiente para saber que algo te preocupa, y me atrevería a adivinar que tiene que ver con Sir Edwin.

Amelia lo miró de reojo, sin sorprenderse por su observación. Después de todo, Henry tenía una aguda capacidad para leer los sentimientos de los demás, y aunque intentaba ocultar sus dudas, era imposible hacerlo con él.

—Es cierto —admitió Amelia finalmente, dejando escapar un suspiro—. Hay algo en Edwin que me preocupa, algo que no puedo ignorar. Últimamente, está más distante, y parece que hay cosas de las que no quiere hablar conmigo. Pero no sé qué es lo que está ocultando.

Henry asintió, como si ya hubiera anticipado esta respuesta.

—He escuchado algunos rumores —dijo él con cuidado, mirando hacia el camino de tierra frente a ellos—. Rumores que no han sido confirmados, claro, pero que me hacen pensar que la situación de Edwin es más grave de lo que parece.

Amelia lo observó, notando la seriedad en su tono. Henry no era un hombre que hablara sin fundamento, y si él estaba insinuando algo, debía haber una razón importante detrás.

—¿Qué has escuchado, Henry? —preguntó, sintiendo una mezcla de preocupación y

curiosidad.

Henry se detuvo un momento, girando para mirarla directamente a los ojos.

—Se habla de deudas, Amelia. De inversiones fallidas, de proyectos que no han resultado como él esperaba. Por lo que sé, Edwin ha estado intentando mantener una fachada de estabilidad, pero hay quienes dicen que está más cerca de la ruina de lo que quiere admitir.

Las palabras de Henry cayeron sobre Amelia como una losa. Aunque había sospechado que algo no estaba bien, escuchar aquella confirmación era distinto. ¿Deudas? ¿Inversiones fallidas? Si esto era cierto, Edwin no solo estaba ocultando la verdad a la sociedad, sino también a ella. Y peor aún, si esas deudas eran tan graves, su compromiso con él podría tener consecuencias devastadoras para su propia familia.

Amelia apartó la mirada, sintiendo que su corazón latía más rápido de lo habitual. ¿Era posible que Edwin estuviera utilizándola para salvar su situación financiera? La idea la horrorizaba, pero al mismo tiempo, no podía descartarla.

—¿Crees que Edwin está en la ruina? —preguntó, con voz temblorosa.

Henry permaneció en silencio por un momento antes de responder.

—No lo sé con certeza —admitió—. Pero creo que está mucho más comprometido financieramente de lo que te ha dicho. Y si eso es cierto, debes tener cuidado, Amelia. No querría que te vieras envuelta en algo que no puedes controlar, algo que podría poner en riesgo tu futuro.

Amelia lo miró con ojos llenos de incertidumbre, agradecida por su preocupación, pero también abrumada por la posibilidad de que todo lo que había construido en su mente sobre su futuro con Edwin se estuviera desmoronando ante sus ojos.

—Si eso es cierto, Henry, ¿qué debería hacer? —preguntó, desesperada por una respuesta —. No puedo seguir adelante con un compromiso basado en mentiras, pero tampoco puedo acusarlo sin pruebas.

Henry la observó detenidamente, como si evaluara cuidadosamente sus palabras.

—Tal vez sea hora de que investigues por tu cuenta —dijo finalmente, su voz tranquila pero firme—. Si Edwin no te dice la verdad, no puedes seguir esperando a que lo haga. Tienes derecho a saber en qué situación te encuentras antes de tomar una decisión sobre tu futuro.

Amelia asintió, aunque una parte de ella sentía miedo de lo que podría descubrir. ¿Estaba preparada para enfrentarse a la verdad, por dolorosa que fuera?

Esa noche, después de regresar a casa, Amelia no pudo dejar de pensar en las palabras de Henry. Había llegado el momento de actuar. No podía seguir ignorando las señales de que Edwin le estaba ocultando algo importante. Si lo que Henry había insinuado era cierto, necesitaba averiguarlo, y rápido.

La primera persona en quien pensó fue en su padre, Lord Bennedict SinClaire, un hombre

sabio y hábil en los negocios. Aunque no estaba segura de si él conocía la situación de Edwin, sabía que podría ofrecerle algún consejo o dirección.

A la mañana siguiente, se acercó al despacho de su padre, donde siempre pasaba las primeras horas del día revisando documentos y atendiendo asuntos de la corona. Al verla entrar, Lord Bennedict la saludó con una sonrisa afable, pero rápidamente notó la seriedad en el rostro de su hija.

—Amelia, querida, ¿qué te trae por aquí tan temprano? —preguntó, cerrando el libro de cuentas que estaba revisando.

Amelia dudó por un momento, pero sabía que no podía retrasar más esta conversación.

—Padre, necesito hablar contigo sobre Sir Edwin —comenzó, y al ver que su padre asentía para que continuara, prosiguió—. Estoy preocupada... creo que hay algo que no me ha dicho sobre su situación financiera. He escuchado rumores, y temo que esté más endeudado de lo que aparenta.

Lord Bennedict frunció el ceño al escuchar sus palabras. Aunque había confiado en Edwin como un buen partido para su hija, siempre había sido cauteloso en cuanto a los asuntos financieros. Sabía mejor que nadie que las apariencias en la alta sociedad podían ser engañosas.

—He oído algunos comentarios, pero no creí que fuera algo tan serio —dijo su padre, con el rostro pensativo—. No tengo información directa sobre sus negocios, pero puedo hacer algunas averiguaciones discretas. Si lo que dices es cierto, Amelia, debemos ser cuidadosos. No permitiré que te involucres en una situación que pueda poner en peligro tu futuro.

Amelia asintió, agradecida por el apoyo de su padre. Sabía que él haría lo necesario para protegerla, pero la incertidumbre seguía pesando en su corazón. ¿Qué descubrirían? ¿Y qué haría ella si las sospechas sobre Edwin resultaban ser ciertas?

Los días siguientes se llenaron de ansiedad mientras Lord Bennedict hacía sus indagaciones. Amelia, por su parte, trataba de mantener las apariencias en los eventos sociales, aunque cada vez le resultaba más difícil ignorar las señales que la rodeaban. Las miradas de Edwin, cada vez más evasivas, y los murmullos de la sociedad sobre su creciente amistad con Henry Ravenswood no hacían más que aumentar la tensión.

Finalmente, una tarde, su padre la llamó a su despacho. Su expresión era grave, lo que hizo que el corazón de Amelia se acelerara de inmediato.

—He hecho algunas averiguaciones, Amelia —dijo Lord Bennedict, con voz firme—. Y me temo que lo que has escuchado es cierto. Sir Edwin está en una situación financiera mucho más precaria de lo que habíamos imaginado. Tiene deudas considerables, y parece que ha estado intentando ocultarlas todo este tiempo.

Amelia sintió cómo un frío intenso recorría su cuerpo. Aunque había temido esta respuesta,

escuchar la confirmación era devastador. Ahora, debía tomar una decisión difícil: ¿seguir adelante con el compromiso sabiendo la verdad o romperlo antes de que fuera demasiado tarde?

Miró a su padre, buscando fortaleza en sus ojos, y supo que no había marcha atrás. Las palabras de Henry resonaban en su mente: "Tienes derecho a saber en qué situación te encuentras antes de tomar una decisión sobre tu futuro."

El momento de actuar había llegado.

Capítulo 11
Descubrimientos Dolorosos

El aire fresco de la tarde londinense soplaba suavemente a través de las ventanas del salón de té de los Lytton, donde Amelia se había reunido con una de sus amigas más cercanas, Margaret. A lo largo de los años, Amelia y Margaret habían compartido risas, secretos y los típicos anhelos de la juventud, pero hoy, mientras los rayos del sol iluminaban la elegante estancia, había una pesadez en el ambiente, una sensación de incertidumbre que pesaba sobre Amelia como una losa.

Margaret, sentada frente a ella, con una expresión que oscilaba entre la preocupación y la tristeza, sostenía su taza de té con las manos temblorosas, claramente incómoda por lo que estaba a punto de decir.

—Amelia, querida —comenzó Margaret en un tono vacilante—, sabes que siempre te he tenido en alta estima, y lo que voy a decirte no es fácil para mí. Pero siento que es mi deber, como tu amiga, hablar con franqueza.

Amelia la miró con expectación, su corazón acelerado por la creciente ansiedad que había sentido durante los últimos días. El descubrimiento de las deudas de Edwin ya había sacudido sus cimientos, pero había algo en la mirada de Margaret que le indicaba que aún no sabía toda la verdad. ¿Qué más podría estar escondido tras su compromiso?

—Por favor, Margaret —respondió Amelia, con un ligero temblor en la voz—. Sabes que siempre aprecio tu sinceridad. Si hay algo que deba saber, te lo ruego, no me lo ocultes.

Margaret dejó escapar un suspiro profundo y dejó su taza sobre el platillo con un sonido apenas perceptible. Su mirada se desvió momentáneamente hacia el ventanal, como si estuviera buscando las palabras adecuadas, antes de volver a mirar a Amelia.

—No es un secreto para nadie que Sir Edwin Hartley ha estado enfrentando dificultades financieras durante algún tiempo —comenzó, eligiendo sus palabras con cuidado—. Ya sabes que en nuestra sociedad, las habladurías siempre circulan, pero... lo que no muchos saben es que su compromiso contigo no fue motivado por el amor o el afecto que una vez pudo haber fingido. Me temo, Amelia, que tu matrimonio con él fue planeado como una solución a sus problemas financieros.

Amelia sintió que el aire abandonaba sus pulmones. Las palabras de Margaret eran como un balde de agua helada, y aunque parte de ella ya había sospechado que Edwin estaba más interesado en su posición social y en la seguridad que su familia le ofrecía, escucharlo de boca de su amiga más cercana era devastador.

—¿Planeado? —repitió Amelia en un susurro, como si aún no pudiera procesar completamente lo que acababa de escuchar.

Margaret asintió lentamente, con una expresión de compasión que hacía que la situación fuera aún más dolorosa.

—Amelia, tus padres no sabían todos los detalles. Pero... hay ciertos círculos donde las alianzas matrimoniales son vistas como transacciones más que como verdaderos compromisos de amor. Sir Edwin, en un intento por salvar su reputación y sus finanzas, buscó desesperadamente una familia con suficiente influencia y riqueza para estabilizar su posición. Y tu familia, con la respetabilidad y la fortuna que han construido, fue vista como la solución perfecta.

Amelia se quedó sin palabras, mirando a Margaret como si las piezas de un complicado rompecabezas finalmente encajaran en su lugar. De repente, los pequeños detalles de los últimos meses cobraron sentido: la creciente distancia de Edwin, su desinterés por su futuro en común y, por supuesto, la fría indiferencia que había comenzado a manifestar en sus conversaciones. Nunca se había tratado de ella como persona, sino de lo que representaba.

—Entonces, ¿eso es todo lo que soy para él? —preguntó Amelia, su voz llena de amargura —. ¿Una oportunidad para salvar su fortuna?

Margaret la miró con tristeza, claramente apesadumbrada por tener que ser quien revelara esta verdad.

—No puedo decir con certeza cuáles eran sus sentimientos al principio, Amelia. Tal vez hubo algo de afecto al comienzo, pero... lo que es innegable es que tu compromiso con él fue motivado por sus circunstancias, no por el amor o el respeto que mereces.

Amelia apretó las manos sobre su regazo, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con escapar. Se sentía traicionada, no solo por Edwin, sino también por el sistema en el que había crecido, un sistema que permitía que matrimonios como el suyo fueran tratados como simples negocios. ¿Cómo había sido tan ciega?

—¿Y quién más sabía sobre esto? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Toda la sociedad londinense ha estado riéndose de mí mientras yo pensaba que Edwin y yo teníamos un futuro juntos?

Margaret negó con la cabeza rápidamente, ansiosa por corregir esa impresión.

—No, Amelia, no es tan simple. Nadie sabe con certeza los detalles de la situación de Edwin. Solo aquellos más cercanos a sus negocios y sus finanzas lo sospechan. Pero es cierto que algunos, como Lady Charlotte, han estado observando de cerca. Y me temo que ella ha estado esperando el momento adecuado para usar esa información en su beneficio.

El nombre de Lady Charlotte hizo que un escalofrío recorriera la columna de Amelia. No era ningún secreto que Lady Charlotte había estado esparciendo rumores desde el baile de

máscaras. ¿Había sabido todo este tiempo sobre los verdaderos motivos de Edwin y estaba esperando el momento oportuno para explotarlos?

Amelia se sintió invadida por una mezcla de rabia y tristeza. ¿Cómo era posible que su vida, que siempre había estado llena de promesas y certezas, se estuviera desmoronando tan rápidamente? Sabía que el matrimonio en la alta sociedad rara vez se basaba únicamente en el amor, pero nunca había imaginado que su futuro sería tan fríamente calculado, como si ella misma no fuera más que una ficha en el juego de poder y dinero de Edwin.

—Margaret —dijo, con la voz apenas audible—, no sé qué hacer. Mi compromiso está a punto de convertirse en una mentira pública, y no sé cómo enfrentarlo.

Margaret, al ver el dolor en los ojos de su amiga, tomó su mano con ternura.

—Amelia, lo que debes recordar es que tienes el poder de decidir tu propio destino. No estás obligada a seguir adelante con este compromiso si no es lo que deseas. Nadie puede forzarte a casarte con alguien que no te respeta ni te valora.

Amelia asintió débilmente, aunque el nudo en su pecho no desaparecía. Sabía que Margaret tenía razón, pero tomar esa decisión no sería fácil. Romper un compromiso en la alta sociedad no era algo que se hiciera sin consecuencias, y las repercusiones para su familia, así como para su reputación, serían inmensas. Sin embargo, el pensamiento de casarse con Edwin, sabiendo ahora lo que sabía, la llenaba de una desesperación que no podía ignorar.

—No puedo seguir con este compromiso —dijo finalmente, con una determinación renovada—. No si todo ha sido una farsa desde el principio.

Margaret apretó su mano en señal de apoyo.

—Entonces debes ser valiente, Amelia. Tienes todo el derecho de buscar algo mejor, algo verdadero. Y estoy segura de que encontrarás la manera de salir de esta situación con dignidad.

Amelia asintió, aunque las dudas seguían acechándola. Sabía que romper el compromiso sería una tarea difícil, pero había llegado a un punto en el que ya no podía ignorar la verdad. Edwin no la había elegido por amor, sino por conveniencia, y ella no estaba dispuesta a sacrificarse por los intereses egoístas de otro.

Al salir del salón de té de los Lytton, Amelia sintió una mezcla de alivio y dolor. El futuro que había imaginado para sí misma se estaba desvaneciendo, pero al menos ahora tenía claro cuál era su próximo paso. No podía dejar que Edwin siguiera manipulando su vida. El compromiso debía terminar, y aunque las consecuencias serían dolorosas, también representaban una oportunidad para empezar de nuevo.

Y quizás, en ese nuevo comienzo, encontraría algo que realmente valiera la pena.

Capítulo 12

Revelaciones Inquietantes de Lord Ravenswood

El aire de la tarde tenía un frescor inusual para la época, y mientras Amelia se dirigía a la biblioteca de su casa, donde había acordado encontrarse con Lord Henry Ravenswood, sentía un nudo creciente en su estómago. Desde su conversación con Margaret, las revelaciones sobre su compromiso con Sir Edwin Hartley la habían dejado en un estado de inquietud permanente. A medida que avanzaba, las palabras de su amiga resonaban una y otra vez en su mente: su matrimonio no era más que una transacción financiera, un acuerdo frío y calculado.

Amelia sabía que no podía enfrentar esta situación sola, y Henry, cuya presencia había llegado a ser un pilar de confianza, le había ofrecido su apoyo incondicional. A lo largo de sus conversaciones, Amelia había sentido que podía contar con él de una manera que nunca había experimentado con Edwin. Y ahora, con más dudas que nunca sobre el futuro, necesitaba saber la verdad. Henry había prometido investigar discretamente la situación financiera de Edwin, y aunque temía lo que pudiera descubrir, sabía que no podía retroceder.

Al entrar en la biblioteca, fue recibida por el crepitar del fuego en la chimenea y el aroma familiar de los libros encuadernados en cuero. Henry ya estaba allí, de pie junto a uno de los ventanales, mirando hacia el jardín. Al escuchar la puerta, se giró hacia ella, con una expresión seria que hizo que el corazón de Amelia se acelerara.

—Amelia —dijo con suavidad, inclinando la cabeza en señal de saludo—. Me alegra verte, aunque lamento que sea en estas circunstancias.

Amelia intentó sonreír, pero sabía que el momento era demasiado grave para cualquier intento de cortesía.

—Gracias por venir, Henry. Me temo que lo que tienes que decirme no será fácil de escuchar, ¿verdad?

Henry mantuvo su mirada fija en ella por un momento, como si estuviera evaluando la mejor manera de empezar. Luego, con una exhalación profunda, se acercó y la invitó a sentarse en uno de los sillones junto a la chimenea. Amelia, sintiendo la gravedad del momento, tomó asiento, esperando la revelación que estaba por llegar.

—Amelia —comenzó Henry, con su tono bajo y solemne—, lo que he descubierto no es nada alentador. He hecho algunas averiguaciones sobre Sir Edwin, y lamento decirte que tus sospechas eran correctas. Edwin ha estado tratando de mantener las apariencias, pero su situación financiera es mucho peor de lo que se cree en la alta sociedad.

Amelia sintió que su estómago se hundía al escuchar las palabras de Henry. Sabía que había algo mal, pero tenerlo confirmado por Henry hacía que todo pareciera más real, más devastador.

—¿Qué has descubierto exactamente? —preguntó, con la voz apenas audible.

Henry la observó por un momento, como si dudara si debía seguir adelante, pero sabía que Amelia merecía conocer la verdad.

—Edwin ha estado invirtiendo en una serie de proyectos arriesgados, algunos de los cuales han fracasado estrepitosamente —explicó Henry—. Especialmente en el comercio exterior. Se ha aliado con empresarios que no son de confianza, y muchas de esas inversiones han resultado ser fraudulentas o imprudentes. Su fortuna, que alguna vez fue considerable, se ha reducido drásticamente. Y ahora, está casi en la ruina.

Amelia sintió cómo el peso de esas palabras caía sobre ella como una losa. Edwin, el hombre con el que estaba comprometida, había estado ocultando esta verdad durante todo este tiempo. Y lo peor era que, según lo que Margaret le había contado, todo apuntaba a que Edwin había buscado este matrimonio para salvarse. No había amor ni afecto real, solo una desesperada necesidad de dinero.

—Pero... ¿por qué no me dijo nada? —preguntó Amelia, su voz temblorosa—. Si hubiera sido sincero desde el principio, tal vez podríamos haber encontrado una solución. ¿Por qué recurrir a mentiras y engaños?

Henry, con una expresión de compasión en su rostro, negó con la cabeza.

—Porque para hombres como Edwin, el orgullo y el estatus lo son todo —respondió—. Admitir que está en la ruina sería equivalente a destruir su reputación por completo. Y en lugar de arriesgarse a eso, ha optado por una estrategia más calculadora: el matrimonio. Es posible que haya visto en ti no solo a una joven con quien podría compartir su vida, sino también a la hija de una familia influyente que podría proporcionarle la estabilidad que ha perdido.

Amelia sintió cómo su pecho se llenaba de una mezcla de dolor y traición. ¿Todo este tiempo había sido vista como un recurso, una solución a los problemas financieros de Edwin? La rabia empezó a surgir en su interior, pero también la tristeza. Ella había sido sincera en su compromiso, había aceptado a Edwin pensando que su matrimonio sería respetuoso, si no lleno de amor. Ahora, sin embargo, parecía que todo había sido una farsa.

—¿Y qué pasaría si me casara con él? —preguntó Amelia, sintiendo que necesitaba entender todas las implicaciones antes de tomar cualquier decisión—. Si seguimos adelante con este compromiso, ¿qué consecuencias tendría para mi familia?

Henry la miró con gravedad, consciente de lo delicada que era la situación.

—Amelia, si te casas con él, estarías asumiendo parte de su deuda —dijo—. Tus bienes, o

los de tu familia, podrían ser utilizados para cubrir las pérdidas de Edwin. Él podría recurrir a ti para salvar sus negocios, lo que significaría que podrías terminar en una situación financiera comprometida. No sería solo un matrimonio, sería una trampa financiera.

Amelia se llevó una mano a la frente, tratando de procesar lo que Henry le estaba diciendo. Nunca había imaginado que el compromiso con Edwin podría poner en peligro no solo su futuro, sino también el de su familia. La idea de que su matrimonio pudiera arrastrar a los SinClaire a la ruina era insoportable.

—No puedo seguir adelante con esto —dijo finalmente, con una voz firme que la sorprendió a ella misma—. No puedo casarme con un hombre que me ha mentido desde el principio, y mucho menos cuando sus intenciones no son sinceras.

Henry asintió, claramente aliviado por su decisión.

—Es lo correcto, Amelia. No debes sacrificar tu felicidad ni el bienestar de tu familia por los errores de Edwin. Él ha hecho su elección al no ser honesto contigo, y tú tienes el derecho de decidir lo que es mejor para ti.

Amelia se quedó en silencio por un momento, mirando las llamas en la chimenea. La decisión que acababa de tomar era difícil, pero sentía que era la única opción correcta. No podía casarse con Edwin sabiendo que él solo la veía como una salvación económica, un medio para restaurar su fortuna perdida. Su compromiso ya no tenía sentido.

—Gracias, Henry —dijo finalmente, volviendo su mirada hacia él—. No sé cómo habría enfrentado todo esto sin tu apoyo.

Henry la miró con una calidez que hizo que su corazón se sintiera un poco más ligero.

—Siempre estaré aquí para ti, Amelia —respondió, con una suavidad que denotaba una sinceridad profunda—. No tienes que enfrentarte a esto sola. Si necesitas mi ayuda, en cualquier momento, solo tienes que pedírmelo.

Amelia sonrió débilmente, sintiendo un agradecimiento genuino hacia él. Henry no solo le había ofrecido su apoyo en un momento crucial, sino que también le había mostrado lo que significaba ser verdaderamente sincero y honesto. Mientras él estaba allí, a su lado, sintió que podría enfrentarse a lo que fuera.

Ahora, debía enfrentarse a Edwin. El compromiso debía romperse, y aunque las repercusiones sociales serían graves, no podía continuar con una farsa. Su futuro dependía de ello, y estaba decidida a luchar por lo que era correcto, no solo para ella, sino para su familia.

Al mirar una vez más a Henry, Amelia sintió que tal vez, después de todo este dolor, había una esperanza de encontrar algo más. Algo que no estuviera basado en mentiras o engaños, sino en respeto y confianza. Y quizás, con el tiempo, ese algo se convertiría en una nueva posibilidad, una que nunca había esperado encontrar en un hombre como Lord Henry Ravenswood.

Capítulo 13
Un Enfrentamiento Inevitable

Los días posteriores a la revelación de Henry pasaron como una neblina para Amelia. Sus pensamientos giraban sin cesar en torno a su compromiso con Sir Edwin Hartley y el doloroso conocimiento de que él solo la veía como un medio para salvar su arruinada fortuna. El peso de esta traición era aplastante, pero la claridad que la acompañaba también le daba fuerza. Era momento de actuar. No podía seguir adelante con esta farsa, y mucho menos permitir que su futuro y el de su familia se vieran arrastrados por las malas decisiones de Edwin.

Finalmente, tras días de reflexión, Amelia decidió enfrentarse a Edwin. Sabía que él no sería sincero de inmediato, pero no podía seguir permitiendo que el silencio y las evasivas alimentaran las dudas. Debía obtener respuestas, y si Edwin no estaba dispuesto a dárselas, tendría que concluir lo inevitable: romper el compromiso.

La tarde en que Amelia lo citó en su casa fue una de las más tensas que podía recordar. La luz del sol se colaba perezosa a través de las cortinas de terciopelo del salón, creando sombras alargadas que se movían con el leve viento que agitaba las hojas del jardín. Amelia estaba sentada, intentando mantener una postura de serenidad, aunque por dentro sentía un torbellino de emociones. Su madre había salido, lo cual era un alivio, ya que prefería tener esta conversación en privado.

El sonido de pasos en el pasillo la hizo tensarse aún más, y cuando Edwin entró al salón, su habitual expresión confiada parecía ligeramente descompuesta. Sus ojos esquivaron los de Amelia durante unos instantes antes de acercarse a ella y realizar una inclinación de cabeza.

—Amelia —dijo Edwin con su voz habitual, aunque más baja de lo habitual—, lamento no haber podido visitarte antes. Los negocios me han tenido ocupado.

Amelia lo observó en silencio por un momento, estudiando su rostro. Algo en él había cambiado. La frialdad que había sentido en sus últimas interacciones ahora parecía más evidente, y aunque intentaba mantener su porte elegante, había una tensión inconfundible en su actitud. No sería fácil; lo sabía, pero no podía seguir postergando lo inevitable.

—Edwin, debemos hablar —dijo finalmente, su voz firme pero tranquila.

Edwin la miró con un leve gesto de sorpresa, como si hubiera esperado otra bienvenida, pero asintió y tomó asiento frente a ella, a una distancia incómoda que aumentaba la sensación de separación entre ambos.

—¿Qué sucede, Amelia? —preguntó él, forzando una sonrisa—. Pareces preocupada.

Amelia tomó una respiración profunda, reuniendo la determinación que tanto necesitaba.

—He estado reflexionando mucho sobre nuestro compromiso, Edwin —comenzó, sus ojos clavados en los de él, aunque él seguía evitando su mirada—. Y he llegado a una conclusión que me resulta dolorosa, pero que no puedo ignorar. Siento que no hemos sido del todo sinceros el uno con el otro, y que hay cosas que se han estado ocultando.

Edwin pareció tensarse visiblemente ante sus palabras, pero intentó mantener la compostura.

—¿A qué te refieres? —preguntó, con un tono que intentaba sonar despreocupado—. Amelia, sabes que siempre he sido honesto contigo. Si algo te inquieta, solo tienes que decirlo.

Pero Amelia ya no estaba dispuesta a dejarse engañar por su fachada de cortesía.

—Lo sabes tan bien como yo, Edwin —respondió ella con franqueza—. He descubierto que tu situación financiera no es lo que me has hecho creer. Sé que has estado enfrentando problemas graves, deudas que has ocultado durante todo este tiempo. Y ahora, me pregunto si tu interés en mí ha sido algo más que un intento desesperado por salvar tu fortuna.

Las palabras de Amelia cayeron como una daga entre ambos. Edwin, claramente sorprendido por su franqueza, la miró por primera vez directamente a los ojos, pero su expresión no era de arrepentimiento, sino de frustración. Las mentiras cuidadosamente construidas parecían desmoronarse ante la determinación de Amelia.

—Amelia, no sé quién te ha dicho esas cosas —comenzó Edwin, intentando sonar calmado—. Pero te aseguro que los rumores siempre se exageran. Mi situación es perfectamente manejable, y no tienes por qué preocuparte por nada de eso.

Evasivo, como ella había anticipado. Edwin no estaba dispuesto a admitir la verdad, ni siquiera cuando esta se encontraba claramente expuesta ante ellos. Pero Amelia no iba a dejar que sus palabras la confundieran esta vez.

—¿Manejable? —repitió ella, con una mezcla de incredulidad y dolor en la voz—. Edwin, no puedes seguir fingiendo que todo está bien. He hablado con personas que saben lo que realmente está ocurriendo, y no puedes seguir ocultando la verdad. Lo que más me duele no es tu situación financiera, sino el hecho de que me hayas visto solo como una solución a tus problemas.

Edwin, visiblemente incómodo, se levantó de su asiento y comenzó a caminar por el salón, evitando la mirada de Amelia. Parecía estar buscando una respuesta, pero todo lo que logró fue intensificar la tensión que ya reinaba en la habitación.

—Amelia, esto no es tan simple como lo quieres hacer ver —dijo finalmente, con una nota de impaciencia en su voz—. Hay cosas que no entiendes. El matrimonio es, en nuestra sociedad, más que solo una unión de afectos. También es un acuerdo que beneficia a ambas

partes.

Amelia se levantó también, sus manos temblando ligeramente, aunque su voz seguía firme.

—Entonces, ¿eso es lo que soy para ti? —preguntó con dureza—. ¿Un acuerdo? ¿Un beneficio? Si eso es lo que piensas, entonces no entiendo cómo pudiste creer que yo aceptaría un matrimonio basado en mentiras y en intereses egoístas.

Edwin se giró hacia ella, con una expresión que oscilaba entre la ira y la resignación.

—No es así, Amelia —dijo, aunque su voz traicionaba la falsedad de sus palabras—. Te he elegido porque pensé que juntos podríamos construir un futuro. Un futuro que, sí, incluiría resolver algunos problemas financieros, pero también mucho más.

Amelia lo miró con una mezcla de tristeza y decepción. No había amor ni respeto en sus palabras, solo una fría lógica que intentaba justificar lo injustificable. Ya no podía seguir con esto.

—No, Edwin —dijo ella, con un tono que no admitía discusión—. No puedo seguir adelante con este compromiso. Lo que has hecho es deshonesto, y no estoy dispuesta a sacrificar mi futuro ni el de mi familia por tus malas decisiones. Este compromiso ha terminado.

Edwin, al escuchar esas palabras, se detuvo en seco. Parecía atónito, como si no hubiera creído que Amelia tuviera la valentía de romper su promesa. Pero la determinación en su rostro dejaba claro que no había vuelta atrás.

—Amelia... —comenzó él, pero ella lo interrumpió.

—No, Edwin. No hay nada más que decir. Este compromiso fue un error, y no puedo continuar con una relación basada en mentiras y manipulación.

El silencio que siguió fue abrumador. Edwin, incapaz de responder, simplemente la miró con una mezcla de rabia y desconcierto antes de girarse hacia la puerta. Sin decir una palabra más, salió del salón, dejando a Amelia sola.

Cuando la puerta se cerró tras él, Amelia dejó escapar un suspiro profundo. Aunque el dolor de la traición seguía presente, también sintió un alivio inesperado. Había hecho lo correcto. El futuro seguía siendo incierto, pero al menos ahora tenía el control de su destino.

Amelia se acercó al ventanal y observó el jardín en silencio. El camino por delante sería difícil, pero, por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba lista para enfrentarlo. La farsa había terminado, y ahora era libre de buscar un futuro que realmente valiera la pena.

Capítulo 14
El Juego de Lady Charlotte

Los días que siguieron a la ruptura del compromiso con Sir Edwin Hartley fueron un torbellino para Amelia. Aunque se sentía liberada de una relación que había resultado ser un engaño, no podía ignorar las implicaciones sociales de su decisión. El escándalo, inevitablemente, se desató entre los círculos de la alta sociedad londinense. Los rumores sobre la abrupta ruptura se propagaron como el viento, y pronto Amelia se encontró nuevamente en el ojo del huracán, siendo el centro de chismes y miradas reprobatorias.

En medio de todo esto, su única fuente de consuelo era Lord Henry Ravenswood. Desde su conversación en la biblioteca, Henry había estado a su lado, brindándole apoyo y ofreciéndole una perspectiva clara sobre los secretos que rodeaban su compromiso fallido. Sin embargo, cuanto más investigaban, más se daban cuenta de que las malas decisiones financieras de Edwin no eran el único factor que había desencadenado este desastre. Había algo más, una presencia en la sombra que parecía haber estado manipulando los acontecimientos a su favor.

Esa presencia era Lady Charlotte.

Amelia ya había sospechado que Charlotte, con su lengua afilada y su posición privilegiada entre la alta sociedad, había estado propagando rumores sobre ella desde el baile de máscaras en casa de los Lytton. Pero ahora, Henry y ella empezaban a entender que las acciones de Charlotte no eran simplemente los caprichos de una mujer entrometida. Había un plan detrás de todo, un objetivo claro: desacreditar a Amelia y tomar su lugar como la candidata ideal para Edwin.

Una tarde, mientras se encontraban en los jardines de la casa de los Ravenswood, Henry compartió con Amelia un descubrimiento inquietante.

—He estado haciendo algunas indagaciones discretas sobre Lady Charlotte —dijo Henry mientras caminaban por un sendero arbolado, sus pasos marcados por el crujido de las hojas caídas—. Y lo que he encontrado confirma lo que ambos sospechábamos. Charlotte ha estado involucrada en más de una conspiración para manipular matrimonios y alianzas. En tu caso, no es diferente.

Amelia lo miró con sorpresa, aunque en el fondo había sentido que algo así podría ser cierto. Sabía que Charlotte era una mujer astuta y que sus palabras tenían un peso considerable en la alta sociedad. Pero hasta ahora no había tenido pruebas concretas de sus intrigas.

—¿Qué has descubierto exactamente, Henry? —preguntó ella, deteniéndose para mirarlo a los ojos, sabiendo que lo que él estaba a punto de decir cambiaría las cosas.

Henry hizo una pausa, como si estuviera organizando sus pensamientos, y luego respondió con una voz medida pero seria.

—Charlotte ha estado hablando con algunos de los socios comerciales de Edwin, alentando la idea de que su compromiso contigo sería su ruina. Ella ha insinuado, en más de una ocasión, que tú no serías capaz de ayudarlo a mantener su posición, y ha promovido la idea de que una unión con ella sería mucho más beneficiosa para todos.

Amelia sintió una oleada de indignación. ¿Cómo se atrevía Charlotte a interferir en su vida de esa manera? No solo había intentado desacreditarla ante Edwin, sino que había utilizado su influencia para erosionar su reputación y posicionarse como una mejor candidata.

—Es increíble cómo ha manejado todo esto —murmuró Amelia, su mente trabajando rápidamente para asimilar lo que Henry le estaba contando—. ¿Pero cómo es posible que nadie se haya dado cuenta antes? ¿Es que todos han sido cegados por su fachada?

Henry asintió, con una expresión seria.

—Charlotte es muy astuta. Sabe cómo jugar sus cartas sin levantar sospechas. No ha hecho nada abiertamente, pero sus insinuaciones y su influencia en ciertos círculos han sido suficientes para sembrar la duda en la mente de Edwin y en las personas que lo rodean.

Amelia apretó los puños, sintiendo la mezcla de rabia y traición arder en su pecho. Charlotte no solo había conspirado contra ella, sino que también había jugado con las vidas de todos los involucrados. Todo para conseguir lo que quería.

—¿Y Edwin? —preguntó Amelia, intentando contener la amargura en su voz—. ¿Ha caído en su trampa?

Henry la miró con comprensión, pero también con una cierta tristeza.

—Es difícil saberlo con certeza. Edwin es un hombre desesperado, y cuando alguien en su posición se enfrenta a la ruina, es capaz de aferrarse a cualquier salvavidas que se le ofrezca. No sé si Edwin es completamente consciente de lo que Charlotte está haciendo, pero lo que sí sé es que está dispuesto a tomar cualquier camino que lo lleve a la salvación financiera, incluso si eso significa traicionar sus principios.

Las palabras de Henry solo hicieron que la rabia de Amelia aumentara. Sabía que Edwin no era un hombre íntegro, pero que permitiera que Charlotte manipulase la situación de esta manera era el colmo de la traición.

—Debemos hacer algo, Henry —dijo ella, su voz firme y decidida—. No puedo permitir que Charlotte salga impune de esto. No solo ha manipulado a Edwin y a la sociedad en mi contra, sino que ha jugado con la vida de todos a su alrededor.

Henry asintió, sabiendo que Amelia tenía razón.

—Estoy de acuerdo —dijo él—. Pero debemos ser cuidadosos. Charlotte tiene mucha influencia, y si la enfrentamos directamente sin pruebas suficientes, podríamos salir perjudicados. Lo que necesitamos es exponer sus maquinaciones de una manera que no deje lugar a dudas.

Amelia se detuvo un momento, reflexionando sobre lo que Henry había dicho. Sabía que Henry tenía razón. No podían simplemente acusar a Charlotte sin más; necesitaban pruebas sólidas que demostraran que había estado conspirando para desacreditarla.

—¿Tienes alguna idea de cómo podríamos conseguir esas pruebas? —preguntó Amelia, mirando a Henry con determinación.

Henry esbozó una leve sonrisa, como si ya hubiera anticipado su pregunta.

—En realidad, ya he estado trabajando en eso —dijo—. Uno de los socios de Edwin, un hombre llamado Mr. Hargrove, ha sido uno de los principales receptores de las insinuaciones de Charlotte. Hargrove es conocido por ser un hombre pragmático, y he escuchado que podría estar dispuesto a hablar si se le presenta la oportunidad adecuada.

Amelia lo miró con una mezcla de esperanza y precaución.

—¿Crees que él revelará lo que sabe?

Henry asintió con confianza.

—Hargrove no es un hombre leal a Charlotte ni a Edwin. Lo que le importa son los beneficios. Si conseguimos que vea una ventaja en exponer a Charlotte, no tengo dudas de que lo hará. De hecho, ya he organizado un encuentro con él. Será discreto, pero lo suficiente para que obtengamos lo que necesitamos.

Amelia sintió una chispa de esperanza encenderse en su interior. Por primera vez en días, veía una salida a esta situación, una forma de restaurar su reputación y poner fin a las manipulaciones de Charlotte.

—Henry, no sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo —dijo Amelia, con una sinceridad profunda en su voz.

Henry la miró con esa calidez que siempre lograba tranquilizarla.

—No tienes que agradecerme nada, Amelia. Estoy aquí porque quiero estarlo. Y juntos, lograremos desenmascarar a Charlotte y restaurar la justicia en todo esto.

El plan estaba en marcha. Amelia y Henry sabían que el camino por delante sería difícil, pero estaban decididos a enfrentarlo. Lady Charlotte, con toda su astucia, había estado jugando con fuego, y ahora sería su turno de sentir el calor de sus propias maquinaciones.

Mientras caminaban de regreso por el sendero del jardín, Amelia sintió que, aunque las aguas todavía estaban turbulentas, había una posibilidad de redención. La verdad siempre encontraba su camino, y con la ayuda de Henry, estaba segura de que pronto todo quedaría al descubierto.

Capítulo 15
La Amenaza del Escándalo

La brisa suave de la tarde agitaba los cortinajes del salón de la mansión SinClaire, pero a pesar del clima templado y los aromas florales que llegaban del jardín, Amelia sentía un frío inexplicable en su interior. Los rumores sobre la ruina de Sir Edwin Hartley, que en un principio habían sido murmullos discretos en los círculos sociales, se estaban intensificando a un ritmo alarmante. Amelia ya había roto su compromiso con Edwin, pero las habladurías sobre los motivos detrás de esa decisión se estaban convirtiendo en un veneno que se esparcía rápidamente por toda la alta sociedad londinense.

Sentada junto a su madre, Lady Clarise SinClaire, en el salón familiar, Amelia apenas podía concentrarse en la conversación. Su mente estaba llena de preocupaciones que no podía compartir abiertamente. Aunque su madre se mantenía tranquila, Amelia sabía que las consecuencias del escándalo que se avecinaba podían ser devastadoras para su familia. No solo se arriesgaba a arruinar su reputación personal, sino también la posición social y financiera que los SinClaire habían construido con tanto esfuerzo.

Lady Clarise, ajena a las profundidades de los pensamientos de su hija, tejía con precisión en su regazo, aunque su mirada de vez en cuando se posaba en Amelia, como si percibiera la tensión que la consumía.

—Amelia, querida —dijo suavemente—, has estado muy callada estos días. ¿Te preocupa algo?

Amelia levantó la vista, encontrando los ojos amables de su madre. Sabía que no podía seguir ocultando la verdad, pero tampoco quería preocuparla más de lo necesario.

—Madre, he estado reflexionando sobre lo que sucederá ahora que el compromiso con Edwin ha terminado —comenzó, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Los rumores sobre su ruina se están extendiendo rápidamente, y me temo que... no tardarán en involucrarnos a nosotros también.

Lady Clarise dejó de tejer por un momento, frunciendo ligeramente el ceño. Sabía que en la alta sociedad, los rumores podían ser tan destructivos como una tormenta, y aunque siempre había confiado en la reputación impecable de su familia, sabía que la asociación con un hombre en desgracia como Edwin podía traer consecuencias.

—Querida, los rumores son solo eso, rumores —respondió, con una tranquilidad que Amelia envidiaba—. Nuestra familia es fuerte, respetada. La gente sabe quiénes somos.

Pero Amelia no compartía el optimismo de su madre. Sabía que los rumores podían hacer

más que dañar el honor de una familia; podían destruirlo por completo.

—Madre, temo que esta vez no sea tan simple —dijo, su voz más tensa de lo que pretendía —. Ya sabes cómo es la sociedad. Si alguien empieza a especular sobre las razones por las que rompí mi compromiso con Edwin, no pasarán mucho tiempo antes de que empiecen a cuestionar nuestra integridad.

Lady Clarise dejó su tejido a un lado y miró a su hija con preocupación. Ahora entendía la gravedad de lo que Amelia estaba diciendo.

—¿Crees que podrían hacer insinuaciones sobre nuestra familia? —preguntó ella, con una voz más baja.

Amelia asintió lentamente.

—Ya se está hablando de las deudas de Edwin y su desesperada necesidad de salvar su fortuna. Si la gente comienza a creer que rompí el compromiso porque está arruinado, también empezarán a pensar que lo hicimos para protegernos. Y eso podría hacer que la gente cuestione nuestras motivaciones, y peor aún, nuestra estabilidad financiera.

Lady Clarise apretó los labios en una fina línea, como si sopesara las palabras de su hija. Sabía que en la alta sociedad, la percepción lo era todo. Y un solo rumor malintencionado podía arruinar años de trabajo.

—No debemos permitir que eso suceda —dijo finalmente, con una determinación que reflejaba la fuerza de carácter de la familia—. Debemos actuar antes de que estos rumores se conviertan en una verdad aceptada por todos. Pero... ¿qué podemos hacer para detenerlos?

Amelia sabía que era una tarea difícil. En una sociedad que se alimentaba de escándalos y habladurías, cualquier intento de sofocar los rumores podía interpretarse como una confirmación de culpa. Sin embargo, estaba claro que no podían quedarse de brazos cruzados mientras su reputación se veía arrastrada junto con la de Edwin.

—He estado pensando en ello —dijo Amelia—, y creo que la única manera de detener esto es controlando la narrativa. Debemos ser nosotros quienes aclaremos la situación antes de que los rumores se vuelvan incontrolables.

Lady Clarise la miró, intrigada.

—¿Qué sugieres, hija?

Amelia tomó una respiración profunda antes de responder.

—Debemos ser sinceros con nuestra posición. El compromiso con Edwin se rompió por razones personales, y debemos dejar en claro que la decisión fue nuestra, no una respuesta a su situación financiera. Pero no solo eso, madre. Necesitamos demostrar públicamente que nuestra familia sigue siendo sólida, tanto en carácter como en fortuna. Debemos continuar participando en los eventos sociales, pero de manera controlada. No podemos aislarnos.

Lady Clarise asintió lentamente, comprendiendo la estrategia de su hija. Amelia, con su

juicio claro y su astucia, tenía razón. La única forma de protegerse de los ataques de la sociedad era mantenerse firmes y continuar demostrando su lugar inamovible en ella.

—Tienes razón, querida —dijo su madre finalmente, con una mirada de aprobación—. No podemos dejar que los rumores dicten nuestro destino. Si debemos enfrentar esta situación, lo haremos con la cabeza en alto.

Amelia se sintió reconfortada por el apoyo de su madre, pero sabía que el verdadero desafío aún estaba por llegar. Los rumores sobre Edwin eran cada vez más intensos, y aunque ella y su madre estaban preparadas para enfrentarlos, la sombra del escándalo seguía acechando.

Al día siguiente, mientras caminaba por las calles de Londres en compañía de su doncella, Mary, Amelia no pudo evitar notar las miradas que la seguían a su paso. Los cuchicheos y las conversaciones a media voz parecían aumentar a su alrededor, como un eco constante que no la dejaba en paz. Sabía que su decisión de romper el compromiso con Edwin ya había llegado a oídos de la alta sociedad, pero lo que la perturbaba más era el tono de esas conversaciones: no eran solo comentarios sobre la ruptura, sino especulaciones sobre los motivos detrás de la misma.

Los rumores, como Henry había anticipado, eran un arma peligrosa. Y aunque su familia había trabajado arduamente para mantener su reputación intachable, Amelia sabía que eso no sería suficiente si la sociedad empezaba a cuestionar su integridad.

Mientras caminaban por Bond Street, Amelia y Mary pasaron frente a una tienda de moda donde un pequeño grupo de mujeres conversaba animadamente. Amelia las reconoció de algunos eventos sociales recientes, pero al verlas, las damas se interrumpieron abruptamente y la observaron con descaro. Aunque no dijeron nada en voz alta, sus expresiones eran elocuentes: estaban hablando de ella.

Amelia sintió una punzada de incomodidad en su pecho, pero decidió no permitir que las habladurías la afectaran. Recordó las palabras de su madre: debían mantener la cabeza en alto. El verdadero reto no estaba en evitar el escándalo, sino en superarlo sin perder la dignidad.

Al llegar de regreso a la mansión, encontró una carta sobre su escritorio, sellada con el emblema de los Ravenswood. Su corazón dio un vuelco al reconocer la escritura de Henry. Abrió la carta rápidamente, con la esperanza de encontrar noticias alentadoras, y leyó las palabras con creciente interés.

En la misiva, Henry la informaba de que había tenido éxito en su reunión con Mr. Hargrove, el socio comercial de Edwin. Hargrove había confirmado que Lady Charlotte no solo había estado esparciendo rumores sobre la situación financiera de Edwin, sino que también había manipulado las conversaciones entre los comerciantes y empresarios para

hacer que Amelia y su familia parecieran involucrados en una conspiración para evitar la ruina. Las palabras de Hargrove eran claras: Charlotte había estado conspirando para desacreditar a los SinClaire y posicionarse como una mejor candidata para Edwin.

Amelia cerró la carta lentamente, sintiendo una mezcla de indignación y alivio. Ahora tenía pruebas de que Charlotte había estado detrás de gran parte de los problemas que enfrentaba. Pero lo más importante era que ahora tenían una oportunidad real de exponer a Charlotte y, con ello, restaurar la reputación de su familia.

Sabía que el camino por delante seguiría siendo difícil, pero con Henry a su lado y la fuerza de su familia respaldándola, Amelia estaba lista para enfrentarlo todo.

Capítulo 16
El Engaño de Edwin

La luz del sol se filtraba suavemente a través de los grandes ventanales de la mansión SinClaire, pero en el corazón de Amelia, la claridad parecía haber huido hace tiempo. Sentada en su escritorio, con la carta de Henry aún fresca en sus manos, intentaba procesar lo que acababa de descubrir sobre Lady Charlotte y sus manipulaciones. Sin embargo, lo que más la perturbaba no era la traición de Charlotte, sino una sensación más profunda, como si hubiera algo más, algo oculto, que aún no había salido a la luz.

En los últimos días, Amelia había sentido que su vida, antes estructurada y predecible, se estaba desmoronando lentamente. Pero ahora, después de descubrir las maquinaciones de Lady Charlotte y su insistencia en desacreditarla, algo más inquietante estaba surgiendo: la duda sobre Edwin y sus verdaderas intenciones.

Amelia había creído que la ruptura del compromiso había sido su decisión, forjada por el dolor de la traición y el descubrimiento de las deudas de Edwin. Pero una conversación casual que había oído entre dos damas en una reciente reunión social, sin embargo, la había hecho detenerse en seco. ¿Y si Edwin había planeado todo esto desde el principio?

Las palabras de una de las damas, comentando cómo Edwin parecía más interesado en asegurar un compromiso con una familia más acaudalada, resonaban en sus oídos. Y a medida que lo pensaba más, se daba cuenta de algo que la estremecía: ¿y si Edwin había estado planeando romper su compromiso todo este tiempo, pero había esperado el momento perfecto para hacerlo sin manchar su reputación?

El pensamiento era demasiado perturbador para ignorarlo. Edwin, al parecer, no solo había intentado salvar su fortuna a través de su compromiso con Amelia, sino que, al ver que sus problemas financieros eran más graves de lo que podía manejar, había empezado a buscar una nueva solución: una familia aún más rica.

Amelia sintió una mezcla de rabia y tristeza apoderarse de ella. ¿Cómo había podido confiar en él? ¿Cómo no había visto las señales? Sus evasiones, su creciente distancia, todo apuntaba a que había estado jugando con ella desde el principio.

En medio de su tormento emocional, una visita inesperada interrumpió sus pensamientos. Henry Ravenswood había llegado. Desde la ruptura de su compromiso con Edwin, Henry había sido su apoyo más constante, ofreciéndole su amistad y su consejo cuando más lo necesitaba. Y ahora, más que nunca, Amelia se sentía agradecida por su presencia.

—Amelia, ¿puedo pasar? —dijo la voz de Henry al otro lado de la puerta del salón donde

ella se encontraba.

Amelia, aún sumida en su angustia, se levantó y abrió la puerta. Henry entró, con una mirada que denotaba preocupación al verla tan abatida.

—Henry —dijo Amelia, con la voz más temblorosa de lo que había esperado—, temo que las cosas son aún peores de lo que imaginaba.

Henry frunció el ceño, acercándose a ella con una calma que siempre lograba tranquilizarla, aunque ahora su agitación era más profunda.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, su tono grave pero gentil—. Sabía que los rumores sobre Edwin estaban empeorando, pero... ¿hay algo más que haya descubierto?

Amelia se sentó en el sofá cercano, apoyando sus manos sobre las rodillas en un gesto de desasosiego. Luego, alzó la mirada hacia Henry, sabiendo que él era la única persona en la que podía confiar en ese momento.

—He oído algo... algo que no puedo ignorar —dijo lentamente—. Creo que Edwin ha estado planeando romper nuestro compromiso desde hace tiempo, pero no por las razones que pensábamos. Lo más probable es que haya estado buscando a una familia más rica, alguien que pueda sacarlo de su ruina de manera más inmediata.

Henry la observó en silencio por un momento, procesando sus palabras. Luego, sin decir nada, tomó asiento junto a ella. Su presencia reconfortante hizo que Amelia sintiera que, por primera vez en días, podía desahogarse completamente.

—No lo puedo creer —continuó Amelia, con una mezcla de incredulidad y rabia en su voz —. ¿Cómo pude ser tan ciega? Todo este tiempo pensé que nuestra ruptura había sido el resultado de sus malas decisiones financieras, pero ahora veo que había algo más... algo calculado. Él estaba planeando dejarme para asegurar un matrimonio más ventajoso, y yo no lo vi venir.

Henry permaneció en silencio unos instantes antes de hablar, su tono lleno de comprensión.

—Amelia, no debes culparte por lo que Edwin ha hecho —dijo suavemente—. La verdad es que los motivos de los hombres como él rara vez son claros. Edwin ha estado jugando un juego peligroso, y no solo contigo, sino también con su propia fortuna y reputación. Pero eso no significa que debas cargar con la culpa de lo que él ha planeado.

Amelia lo miró con agradecimiento, aunque la amargura seguía apoderándose de su pecho.

—Es difícil no sentirme traicionada, Henry. No solo por lo que ha hecho, sino por el hecho de que confié en él. Nunca imaginé que alguien pudiera ser tan calculador, tan frío.

Henry la observó con esos ojos verdes penetrantes, llenos de compasión. Era evidente que no quería que Amelia se hundiera en la tristeza ni en la autocompasión. Y aunque él también

sentía el peso de la traición de Edwin, estaba allí para ofrecerle su apoyo incondicional.

—Lo que Edwin ha hecho es inexcusable —dijo Henry, con una firmeza que rara vez usaba—. Pero no debes dejar que sus acciones definan quién eres ni lo que vales. Eres una mujer fuerte, Amelia, y tienes el control de tu propio destino. Edwin puede haber intentado manipular la situación, pero tú has tomado las decisiones correctas. Has sido honesta y valiente al romper con él, y eso es lo que realmente importa.

Amelia asintió lentamente, aunque las emociones aún la abrumaban. Sabía que Henry tenía razón, pero aceptar que había sido engañada de esa manera seguía siendo doloroso.

—Gracias, Henry —dijo ella finalmente, su voz más suave—. No sé qué haría sin ti en este momento. Tu apoyo ha sido lo único que me ha mantenido firme.

Henry sonrió ligeramente, aunque sus ojos seguían reflejando una preocupación genuina por ella.

—Siempre estaré aquí para ti, Amelia —dijo con sinceridad—. Pase lo que pase.

Amelia sintió un leve consuelo en esas palabras, aunque sabía que el camino por delante no sería fácil. Los rumores sobre la ruina de Edwin seguían extendiéndose, y la amenaza de un escándalo mayor aún acechaba. Pero con Henry a su lado, al menos sentía que no tendría que enfrentarlo sola.

—Debemos hacer algo para detenerlo —dijo finalmente Amelia, su voz más firme—. No puedo permitir que Edwin siga manipulando la situación a su favor. Debemos exponer lo que ha estado haciendo, no solo por mí, sino por todos aquellos a quienes ha engañado.

Henry asintió, aprobando la determinación en sus palabras.

—Estoy de acuerdo. No debemos permitir que personas como Edwin sigan aprovechándose de los demás sin consecuencias. Pero también debemos ser cautelosos. La alta sociedad es un terreno complicado, y debemos actuar con inteligencia.

Amelia lo miró, reconociendo la verdad en sus palabras. Sabía que no podían simplemente acusar a Edwin sin pruebas claras, pero también sabía que no podían quedarse de brazos cruzados.

—¿Qué propones, Henry? —preguntó, con una mezcla de curiosidad y expectativa.

Henry la observó por un momento antes de responder.

—Primero, debemos seguir investigando. Hay más gente involucrada en esto de lo que creemos, y estoy seguro de que podemos obtener información valiosa si hablamos con las personas adecuadas. Y segundo, debemos asegurarnos de que la sociedad vea que tú y tu familia están por encima de estos juegos mezquinos. Si nos mantenemos firmes, Edwin no tendrá más remedio que enfrentarse a las consecuencias de sus acciones.

Amelia asintió, sintiendo una renovada fuerza dentro de sí. Sabía que el camino no sería fácil, pero con Henry a su lado, tenía la seguridad de que podrían enfrentar lo que viniera.

El juego de Edwin estaba llegando a su fin, y Amelia no iba a permitir que él continuara manipulando su vida. Había llegado el momento de tomar el control, y con la ayuda de Henry, estaba decidida a hacerlo.

Capítulo 17
El Dilema del Corazón

Las hojas otoñales crujían bajo los pies de Amelia mientras paseaba por los jardines de la mansión SinClaire. El aire estaba fresco, perfumado con el aroma de las flores que aún resistían el cambio de estación, pero su mente estaba lejos de la serenidad que ofrecía el entorno. A cada paso, las palabras de Henry resonaban en su cabeza, confrontando una y otra vez el dilema que había estado evitando enfrentar por tanto tiempo.

"Sigue tu corazón, Amelia, no las expectativas de la sociedad." Esa simple sugerencia, pronunciada por Henry la última vez que se habían visto, había encendido en ella una lucha interna que se negaba a disiparse. ¿Cómo podría seguir su corazón cuando todo lo que la rodeaba—su familia, su posición, las normas rígidas de la alta sociedad londinense—la empujaba en otra dirección?

Amelia se detuvo junto a una fuente de mármol blanco, mirando cómo el agua caía en suaves ondulaciones. Los rayos del sol iluminaban los detalles de las estatuas talladas, pero ni siquiera esa belleza podía distraerla de sus pensamientos. ¿Debería seguir el camino que se esperaba de ella o el que su corazón anhelaba?

Desde la ruptura de su compromiso con Edwin, la presión sobre Amelia no había disminuido. Aunque había evitado un matrimonio fundado en el interés y la traición, los susurros en las reuniones sociales no dejaban de aumentar. La familia SinClaire era poderosa y respetada, pero ahora, con la amenaza de un escándalo que se cernía sobre ellos, todo el prestigio que habían acumulado durante generaciones estaba en riesgo.

Lady Clarise, su madre, había mantenido una compostura admirable durante todo el proceso, pero incluso ella, con su habitual elegancia y fortaleza, no había podido ocultar la preocupación que sentía por el futuro de su hija. El matrimonio, la alianza social correcta, seguía siendo la única opción segura para una joven en su posición. Y aunque Clarise no lo había dicho directamente, Amelia sentía la presión implícita de hacer lo que era mejor para la familia, de asegurar un futuro que protegiera el buen nombre de los SinClaire.

"Amelia," la voz de su madre resonó en su memoria, en una conversación que habían tenido unos días atrás, "sé que has pasado por mucho, pero nuestra reputación es delicada en estos tiempos. La sociedad es implacable, y no podemos darnos el lujo de cometer más errores. Pronto vendrán nuevas oportunidades, nuevos pretendientes. Solo te pido que consideres lo que es mejor para todos nosotros."

Amelia había asentido entonces, pero no había respondido. Su mente estaba dividida entre

el deber y sus deseos más profundos. Sabía que, para su madre, un matrimonio ventajoso era la solución a todos sus problemas. Pero para Amelia, la idea de repetir la misma farsa que había vivido con Edwin era insoportable.

Y luego estaba Henry.

Henry, con su enigmática sonrisa y su carácter sereno, había sido su apoyo constante en estos tiempos difíciles. Cada conversación con él era como un bálsamo para su alma agitada. Había encontrado en Henry no solo a un amigo, sino a alguien que comprendía su dilema con una claridad que la sorprendía. Henry no era el típico aristócrata londinense; había crecido fuera del alcance directo de las estrictas reglas sociales y, aunque ahora era parte de esa élite, su perspectiva era diferente. Él no estaba dispuesto a seguir ciegamente las expectativas de los demás, y había animado a Amelia a hacer lo mismo.

Pero, ¿cómo podía ella seguir ese consejo?

Amelia suspiró, mirando el reflejo del sol sobre el agua de la fuente. Estaba atrapada entre lo que su familia esperaba de ella y lo que ella realmente deseaba. Sabía que su madre nunca entendería su deseo de seguir su corazón, de escoger un camino que pudiera alejarla de las normas de la alta sociedad. Pero, al mismo tiempo, la idea de conformarse con un matrimonio vacío la llenaba de una profunda tristeza.

—Amelia —una voz suave interrumpió sus pensamientos.

Ella se giró rápidamente y encontró a Henry caminando hacia ella, cruzando los jardines con su andar elegante pero tranquilo. Amelia sintió una oleada de alivio al verlo. Era como si, en su presencia, el caos en su mente se calmara, aunque solo fuera por un momento.

—Henry —dijo ella, intentando sonreír, aunque sabía que él podía percibir la tensión en sus gestos—. No esperaba verte hoy.

—Estaba preocupado por ti —respondió Henry, acercándose lo suficiente para verla de cerca, su mirada clara y penetrante—. ¿Cómo estás? Pareces inquieta.

Amelia soltó un suspiro, sabiendo que no tenía sentido ocultar sus sentimientos ante él.

—Es difícil, Henry. Me siento atrapada. Por un lado, tengo a mi familia, que espera que haga lo correcto, que proteja nuestra reputación y acepte un matrimonio que asegure nuestro futuro. Pero... por otro lado, no puedo dejar de pensar en lo que quiero realmente, en lo que sería mejor para mí. Y siento que esas dos cosas están en conflicto constante.

Henry asintió, comprendiendo sin necesidad de más explicaciones.

—Es una lucha que muchos enfrentan, pero pocos se atreven a admitir. El peso del deber hacia la familia y las expectativas sociales puede ser sofocante, Amelia. Lo sé. Pero también sé que sacrificar lo que realmente deseas, tu propia felicidad, por cumplir con lo que otros esperan, solo te llevará a una vida de arrepentimientos.

Amelia lo miró, agradecida por su comprensión, pero aún dudosa.

—¿Y qué hago entonces? —preguntó, con la voz cargada de emoción—. No puedo simplemente ignorar las responsabilidades que tengo hacia mi familia. No sería justo para ellos. Pero, al mismo tiempo, no puedo resignarme a una vida sin amor, sin sentir que estoy tomando mis propias decisiones.

Henry dio un paso más cerca, y sus ojos verdes brillaron con una calidez que siempre la hacía sentir vista y valorada.

—No te estoy diciendo que ignores a tu familia, Amelia —respondió él—. Solo te estoy pidiendo que no te ignores a ti misma. La vida es larga, y aunque las expectativas de la sociedad parecen abrumadoras en este momento, al final, serás tú quien viva con las decisiones que tomes. ¿Realmente deseas pasar el resto de tus días cumpliendo con las normas de los demás, sin tener en cuenta lo que te haría verdaderamente feliz?

Amelia bajó la mirada, sintiendo la profundidad de sus palabras. Sabía que Henry tenía razón. Pero aun así, el temor de decepcionar a su madre, de fallar a su familia, la mantenía anclada a una realidad que no deseaba.

—Es fácil decirlo —murmuró Amelia, con una tristeza evidente—. Pero hacerlo... es otra cosa.

Henry extendió la mano suavemente y tomó la de Amelia, su toque firme pero reconfortante.

—No es fácil, lo sé. Pero recuerda esto: nadie tiene derecho a dictar cómo debes vivir tu vida, ni siquiera la sociedad. Si decides seguir tu corazón, yo estaré a tu lado, pase lo que pase. No tienes que enfrentarlo sola.

Amelia lo miró, conmovida por su promesa. Henry siempre había sido su refugio, el hombre que la había apoyado cuando más lo necesitaba. Y aunque las palabras de su madre seguían pesando en su mente, sabía que había una verdad en lo que Henry le decía. La felicidad no debía sacrificarse por las expectativas de los demás.

—Gracias, Henry —susurró Amelia, su voz apenas audible—. No sé qué haría sin ti.

—No tienes que agradecerme nada —dijo Henry con una sonrisa—. Solo quiero que seas feliz, Amelia. Nada más.

El corazón de Amelia se aceleró al escuchar esas palabras. Por un momento, el peso de la sociedad, de su familia, parecía desvanecerse, y todo lo que importaba era lo que ella quería, lo que la haría verdaderamente feliz.

Y por primera vez, Amelia sintió que tal vez, solo tal vez, podría ser lo suficientemente valiente como para seguir su corazón.

Capítulo 18
Las Sombras del Pasado de Henry

El otoño avanzaba implacable, pintando los árboles de los jardines de la mansión SinClaire con tonos dorados y cobrizos. La brisa fresca que soplaba a través de las ventanas abiertas del salón traía consigo el olor de las hojas secas y el aire nuevo que tanto necesitaba Amelia. Sentada junto a la chimenea, sus pensamientos se agitaban con una mezcla de incertidumbre y una creciente sensación de conexión con Henry, que en los últimos días se había intensificado de formas que no podía haber anticipado.

Amelia se encontró pensando en él más de lo que se habría atrevido a admitir. Desde que Henry le había sugerido seguir su corazón en lugar de ceder a las presiones sociales, sus palabras habían resonado profundamente en ella. La promesa de Henry de estar siempre a su lado, sin importar lo que ocurriera, le ofrecía un tipo de consuelo que nunca había encontrado en su compromiso con Edwin. Pero, al mismo tiempo, había una sombra que pendía sobre él, algo que no había sido revelado del todo.

Esa tarde, mientras Amelia se paseaba por el salón, incapaz de concentrarse en nada en particular, una visita inesperada llegó para despejar la incertidumbre que la envolvía. Henry Ravenswood, con su habitual porte elegante pero sombrío, había solicitado verla en privado, y Amelia lo recibió en la misma estancia donde tantos de sus recientes pensamientos habían girado en torno a él.

Al verlo, Amelia notó de inmediato que algo lo preocupaba. La habitual calma y compostura de Henry parecían teñidas por una inquietud que no podía ocultar.

—Henry —dijo ella suavemente, invitándolo a sentarse junto al fuego—, ¿todo está bien?

Henry asintió, aunque la sombra de preocupación en su rostro no desapareció. A medida que tomaba asiento frente a ella, Amelia supo que estaba a punto de escuchar algo importante, algo que cambiaría la naturaleza de su relación para siempre.

—Amelia —comenzó él, con una voz baja y seria—, hay algo que debo contarte. Algo que llevo mucho tiempo guardando y que, aunque no es fácil para mí, siento que necesitas saber.

Amelia lo miró con una mezcla de curiosidad y preocupación. Sabía que Henry tenía secretos, como todos en la alta sociedad, pero nunca había imaginado que cargaría con algo tan profundo. Aun así, lo animó a continuar con una leve sonrisa, esperando que sus palabras trajeran claridad a lo que estaba por venir.

—He estado pensando mucho en todo lo que hemos hablado últimamente, sobre los dilemas que enfrentas con tu familia y las presiones de la sociedad —continuó Henry, sus ojos

verdes clavados en los de ella—. Y no puedo evitar sentir que, en muchos sentidos, estamos más unidos por nuestras experiencias de lo que parece. Ambos estamos lidiando con los secretos de nuestras familias, y creo que es hora de que sepas la verdad sobre la mía.

Amelia lo miró con creciente expectación. Henry siempre había sido una figura enigmática, con una historia familiar poco convencional, pero ella nunca había presionado para conocer más. Ahora, sin embargo, la revelación estaba a punto de llegar, y no podía evitar sentirse nerviosa.

—Mi familia, los Ravenswood —continuó él—, ha estado marcada por una serie de decisiones que llevaron a nuestro exilio en Francia. No fue solo un asunto financiero, como algunos han sugerido. La verdad es mucho más oscura. Mi tío, quien me crió tras la muerte de mis padres, se vio involucrado en negocios que rozaban lo ilícito. Mi familia, en un intento desesperado por mantener nuestra fortuna, se asoció con hombres que no tenían escrúpulos. Fueron acusados de contrabando, y aunque nunca se llegó a probar del todo, el escándalo fue suficiente para desterrarnos de la alta sociedad londinense.

Amelia sintió un leve estremecimiento al escuchar aquellas palabras. Aunque Henry había heredado una considerable fortuna, su pasado, manchado por el escándalo, ahora cobraba un nuevo sentido. Un hombre como Henry, que siempre había parecido tan íntegro, había estado viviendo bajo la sombra de un secreto familiar oscuro.

—¿Y por eso fuiste exiliado a Francia? —preguntó ella, con una voz más suave de lo que había esperado.

Henry asintió lentamente, sus ojos llenos de una tristeza que Amelia nunca había visto en él.

—Sí, mi familia huyó a Francia para escapar del oprobio que nos cayó encima. Durante años, vivimos en el Valle del Loira, donde mi tío logró amasar una considerable fortuna gracias a negocios legítimos, pero la mancha en nuestro nombre nunca se borró del todo. Cuando regresé a Londres, sabía que las puertas de la alta sociedad estarían entreabiertas, pero siempre con la sospecha de que algo oscuro aún nos rondaba. He hecho lo posible por mantener mi distancia de aquellos rumores, pero sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarlos.

Amelia lo miró, sintiendo una mezcla de compasión y una inesperada conexión. Ella también estaba lidiando con los secretos familiares, con la presión de la alta sociedad y las expectativas que se cernían sobre su vida. Ahora entendía que Henry había llevado una carga similar durante todo este tiempo, y eso los unía de una manera que no había anticipado.

—Henry —dijo ella, después de un momento de silencio—, entiendo por lo que has pasado más de lo que puedes imaginar. Mi familia, aunque respetada y poderosa, también tiene sus propios desafíos y secretos que hemos tenido que enfrentar. Y la sociedad... es

implacable cuando se trata de mantener sus apariencias. Siempre he sabido que hay más en ti de lo que la gente ve. Y ahora, conociendo esto, no puedo evitar sentir que somos más parecidos de lo que pensé.

Henry esbozó una leve sonrisa, agradecido por la comprensión de Amelia. La calidez en su mirada la reconfortaba, como si las palabras que acababa de pronunciar los acercaran aún más.

—Eso es lo que he llegado a pensar también —dijo él suavemente—. Que a pesar de todo lo que nos rodea, a pesar de las expectativas que la sociedad impone sobre nosotros, tenemos el poder de decidir quiénes somos realmente. Y aunque nuestros pasados estén marcados por secretos y complicaciones, eso no tiene por qué definirnos.

Amelia asintió, sintiendo una sensación de alivio al escuchar esas palabras. Por primera vez en mucho tiempo, no se sentía sola en su lucha interna. Henry la entendía, y lo que él le ofrecía no era solo su apoyo, sino también la certeza de que podía elegir su propio camino, a pesar de los obstáculos.

—Henry —dijo ella, con una voz más firme—, tu pasado, tus secretos... no cambian nada para mí. Eres un hombre de integridad y honor, y eso es lo único que importa. Si hemos de enfrentarnos a la sociedad, lo haremos juntos, porque ambos sabemos lo que significa lidiar con sus juicios y expectativas. Y juntos, seremos más fuertes.

Henry la miró con una expresión de sincera gratitud. Sabía que Amelia, al aceptar su confesión sin reservas, le estaba demostrando una confianza y una comprensión que pocas personas en su vida le habían brindado. Y en ese momento, sentía que su conexión con ella había alcanzado un nuevo nivel, uno que iba más allá de la amistad o el apoyo emocional.

—Gracias, Amelia —dijo él, su voz suave pero cargada de emoción—. No sabes cuánto significa para mí escuchar eso. Sé que la sociedad puede ser cruel, pero contigo a mi lado, siento que podemos superar cualquier cosa.

Amelia sonrió, sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, la niebla de sus preocupaciones comenzaba a despejarse. Con Henry a su lado, se sentía más fuerte, más segura de sí misma, y más dispuesta a enfrentar lo que fuera necesario para proteger su futuro y el de su familia.

Mientras el fuego crepitaba suavemente en la chimenea, Amelia se dio cuenta de que ya no estaba sola en su lucha. Juntos, ella y Henry habían comenzado a forjar un vínculo que no solo los unía en su presente, sino que también los preparaba para enfrentar los desafíos que el futuro les deparaba. Y aunque la alta sociedad seguiría siendo un campo minado de juicios y expectativas, ahora sabían que, unidos, podrían sortear cualquier obstáculo.

El pasado de Henry, aunque oscuro, no definía quién era, y los secretos de su familia no tenían por qué determinar su futuro. Y, de alguna manera, esa misma verdad aplicaba a

Amelia. **Ambo**s **estab**an **list**os **par**a **desafi**ar **el dest**ino **qu**e **la socied**ad **hab**ía **traza**do **par**a **ello**s **y**, **junt**os, **escrib**ir **su prop**ia **histor**ia.

Capítulo 19
La Decisión Irrevocable

El cielo sobre Londres amaneció gris, cubierto por nubes que anunciaban una jornada lluviosa, como si el tiempo reflejara el estado de ánimo de Amelia. Había pasado la noche en vela, ponderando su siguiente movimiento. Después de la confesión de Henry y la profundidad de los secretos que ambos compartían, se dio cuenta de que no podía seguir posponiendo lo inevitable. El tiempo para enfrentar la realidad había llegado, y con ello, la decisión que sabía que cambiaría el curso de su vida: debía romper su compromiso con Sir Edwin Hartley.

Aunque su mente ya había tomado esa decisión, su corazón no podía evitar sentir la pesada carga de las consecuencias que traería. Sabía bien lo que significaba una ruptura pública en una sociedad como la de Londres. El escándalo, las miradas de desaprobación, las habladurías interminables en cada salón, cada fiesta. Las consecuencias sociales serían devastadoras, no solo para ella, sino también para su familia, especialmente para su madre, Lady Clarise. Amelia conocía la preocupación constante de su madre por la reputación de los SinClaire, y romper un compromiso de este calibre no haría más que alimentar los rumores que ya estaban en marcha.

Aun así, el peso de su compromiso con Edwin había llegado a ser insoportable. Lo que una vez parecía una alianza conveniente para ambas familias, ahora no era más que una trampa construida sobre mentiras y engaños. Edwin, al descubrir su propia ruina, había utilizado a Amelia como un salvavidas, y aunque ella lo había ignorado al principio, ya no podía hacer la vista gorda. Edwin había traicionado su confianza, y su codicia era tan grande que estaba dispuesto a sacrificar cualquier atisbo de honor que alguna vez hubiera tenido.

Pero romper el compromiso era más que una cuestión de honor. Era un acto de liberación. Al hacerlo, Amelia no solo estaba liberándose de Edwin, sino también de las cadenas que la alta sociedad londinense había impuesto sobre ella. En cada conversación con Henry, había sentido un apoyo incondicional, un aliento que le recordaba que su vida no debía estar dictada por las normas sociales, sino por sus propios deseos y principios. Y ahora, armada con esa convicción, sabía que no podía seguir adelante con un compromiso que traería infelicidad y falsedad a su vida.

Esa misma mañana, después de un desayuno silencioso con su madre, Amelia decidió dar el paso. Había evitado la confrontación con Edwin durante demasiado tiempo, pero sabía que no podía seguir aplazándola. Debía enfrentarlo, y debía hacerlo de la manera más directa

posible.

—Madre, debo salir a resolver un asunto importante —dijo Amelia, tratando de mantener la calma en su voz mientras se levantaba de la mesa.

Lady Clarise la observó con un destello de preocupación en los ojos.

—Amelia, querida, ¿estás segura de que todo está bien? —preguntó, sabiendo que algo importante rondaba la mente de su hija—. Has estado muy callada últimamente.

Amelia forzó una sonrisa.

—Todo está bien, madre. Solo necesito resolver algo que ha estado pendiente por demasiado tiempo.

Lady Clarise no dijo más, pero su mirada perspicaz siguió a Amelia mientras se alejaba, como si intuyera que algo significativo estaba por suceder.

Amelia se dirigió a la casa de Edwin, con el corazón latiendo apresuradamente. Cuando llegó, fue recibida por un lacayo que la condujo al salón principal. El ambiente era sombrío, reflejo quizás de las dificultades que Edwin enfrentaba. Cuando él entró en la habitación, Amelia pudo ver en su rostro una mezcla de sorpresa y una leve incomodidad. Era evidente que no esperaba una visita tan intempestiva.

—Amelia, qué sorpresa —dijo Edwin, inclinándose ligeramente hacia ella—. No esperaba verte tan pronto. ¿Ha sucedido algo?

Amelia lo miró con una firmeza que no había sentido antes, sabiendo que las palabras que estaba a punto de pronunciar cambiarían el curso de todo.

—Edwin, he venido porque necesito hablar contigo de algo muy importante —comenzó, con su voz tranquila pero cargada de determinación—. Debemos discutir nuestro compromiso.

La mención del compromiso pareció tensar el ambiente de inmediato. Edwin, siempre astuto, percibió el tono en sus palabras y su rostro adoptó una expresión de cautela.

—¿Qué sucede, Amelia? —preguntó, su voz suave, pero con una nota de inquietud—. ¿Algo ha cambiado?

Amelia respiró profundamente antes de continuar. Sabía que esta conversación sería difícil, pero también sabía que debía ser sincera.

—Edwin, creo que ambos sabemos que este compromiso ya no puede seguir adelante —dijo, enfrentando su mirada directamente—. Las cosas entre nosotros han cambiado, y no puedo continuar fingiendo que todo está bien. Sé de tus dificultades, de las mentiras que has ocultado, y no puedo permitir que nuestra unión se base en engaños. Nuestro compromiso ha terminado.

La reacción de Edwin fue inmediata. Su rostro se endureció, y una sombra de frustración apareció en sus ojos.

—Amelia, ¿qué estás diciendo? —preguntó con un tono más frío, claramente irritado por la dirección de la conversación—. ¿Cómo puedes hablar de romper nuestro compromiso así, tan de repente? Sabes lo que eso significaría para ambos. La alta sociedad no tolera este tipo de decisiones impulsivas.

Amelia se mantuvo firme, aunque sentía el peso de las palabras de Edwin.

—No es una decisión impulsiva —respondió con calma—. Es una decisión que he tomado después de mucho tiempo de reflexión. Edwin, sé que las cosas no son como deberían ser. Y aunque sé que romper nuestro compromiso tendrá consecuencias, no puedo seguir adelante con una mentira. No puedo casarme contigo.

Edwin la observó en silencio por un momento, su frustración dando paso a una furia contenida.

—¿Y qué harás entonces? —dijo con un tono desafiante—. ¿Acaso piensas que la sociedad te perdonará por romper un compromiso así, por desafiar las normas? Esto no solo te afectará a ti, Amelia, afectará a tu familia. Las habladurías serán implacables.

Amelia sintió un leve escalofrío ante las palabras de Edwin. Sabía que tenía razón en parte: la sociedad londinense no era amable con quienes desafiaban sus reglas. Pero, al mismo tiempo, sabía que no podía dejar que el miedo al escándalo la atara a una vida que no deseaba.

—Sé que habrá consecuencias, Edwin —respondió ella, manteniendo la calma—. Pero prefiero enfrentar el juicio de la sociedad que vivir una vida basada en el engaño. Mi familia y yo seremos fuertes, lo superaremos. Y tú, Edwin, debes enfrentar tus propios errores. No puedo ser la solución a tus problemas financieros.

Edwin, ahora completamente furioso, se levantó de su asiento, caminando por la habitación con pasos rápidos.

—¡No sabes lo que estás haciendo, Amelia! —exclamó—. Estás arruinando todo. No solo para ti, sino también para mí. Estaba dispuesto a hacer esto funcionar, a pesar de todo.

Amelia lo miró, sintiendo una mezcla de tristeza y alivio. Sabía que Edwin no la comprendía, que nunca lo haría. Para él, el matrimonio siempre había sido una transacción, una solución a sus problemas. Pero para ella, era algo mucho más importante, y no estaba dispuesta a sacrificar su felicidad por conveniencia.

—Lo siento, Edwin —dijo ella finalmente, con una voz más suave—. Esto es lo correcto para mí. Nuestro compromiso ha terminado.

Con esas palabras, Amelia se levantó y caminó hacia la puerta, dejando atrás a Edwin y todo lo que él representaba. Sabía que, al salir de esa habitación, entraba en un nuevo capítulo de su vida. Un capítulo lleno de incertidumbre y juicio, pero también de libertad.

La noticia de la ruptura del compromiso se propagó rápidamente por toda la alta sociedad

londinense, sacudiendo los cimientos de los círculos sociales que tanto valoraban las apariencias. Los rumores comenzaron a volar, y Amelia pronto sintió el peso de las miradas curiosas y los susurros a su alrededor.

Pero a pesar de todo, mientras caminaba por las calles de Londres, con la cabeza en alto y el corazón lleno de convicción, Amelia supo que había hecho lo correcto.

Capítulo 20
La Fuerza de una Decisión

La noticia de la ruptura entre Amelia SinClaire y Sir Edwin Hartley se había extendido como un incendio por los salones de la alta sociedad londinense. Cada reunión, cada cena y cada paseo por los parques eran una oportunidad para que los más curiosos y mordaces comentaran el escándalo. La alta sociedad estaba alborotada, y la familia SinClaire, aunque acostumbrada a las miradas envidiosas y a los murmullos de admiración, ahora se encontraba bajo un escrutinio mucho más severo.

Amelia había esperado el impacto de su decisión. Sabía que sería objeto de rumores, de juicios implacables, y que su reputación sería manchada por las especulaciones de aquellos que no comprendían sus verdaderas motivaciones. Pero nada de eso la había preparado para el dolor que sintió al ver a su familia sufrir las consecuencias.

Cuando Amelia regresó a la mansión después de su confrontación con Edwin, encontró a su madre, Lady Clarise, en el salón, completamente ajena a la tormenta que se avecinaba. Lady Clarise la recibió con una cálida sonrisa, pero esa sonrisa se desvaneció rápidamente cuando vio la expresión seria en el rostro de su hija.

—Amelia, querida, ¿qué sucede? —preguntó su madre con preocupación, dejando su labor de costura a un lado.

Amelia respiró hondo, preparándose para lo que debía decir.

—He roto mi compromiso con Sir Edwin, madre —anunció con voz firme, aunque en su interior sentía un nudo en el estómago.

El impacto de esas palabras fue inmediato. El rostro de Lady Clarise se contrajo en una expresión de asombro y, por un momento, pareció que no sabía cómo reaccionar. La habitación quedó en un profundo silencio.

—¿Qué... qué has dicho? —murmuró Lady Clarise, su voz apenas un susurro.

Amelia se sentó junto a su madre, sabiendo que lo que estaba por decir la llenaría de angustia, pero también sabiendo que ya no había vuelta atrás.

—He roto mi compromiso con Edwin. No podía seguir adelante con una relación basada en mentiras y manipulaciones. Me doy cuenta de que esta decisión traerá consecuencias, pero no podía sacrificar mi felicidad, madre. No podría vivir una vida vacía, sabiendo que todo lo que había entre nosotros era una farsa.

Lady Clarise permaneció en silencio por unos instantes, procesando las palabras de su hija. Amelia podía ver el dolor en los ojos de su madre. Sabía cuánto había puesto Lady Clarise en

ese compromiso, cuánto había esperado que fuera la salvación para la estabilidad social de su familia. Pero también sabía que su madre la amaba profundamente, y que, a pesar de todo, no querría verla infeliz.

—Amelia, sabes lo que esto significa, ¿verdad? —dijo finalmente Lady Clarise, su voz temblando ligeramente—. La sociedad no será amable contigo, ni con nosotros. Romper un compromiso de esta magnitud... no es algo que se olvide fácilmente.

Amelia asintió, sabiendo que su madre tenía razón. La sociedad sería despiadada. Las familias influyentes que antes los miraban con respeto ahora los verían como una curiosidad, un escándalo ambulante.

—Lo sé, madre —respondió ella suavemente—. Pero estoy dispuesta a asumir las consecuencias. No podía seguir adelante con un matrimonio que me haría infeliz.

Lady Clarise suspiró, sus ojos reflejando una mezcla de preocupación y tristeza. Pero, para sorpresa de Amelia, su madre no le reprochó nada. En lugar de eso, Lady Clarise la tomó de la mano y la miró con una profundidad que solo una madre puede tener.

—Amelia, siempre he querido lo mejor para ti —dijo, con la voz quebrada—. He soñado con verte casada, con una vida segura y plena. Pero también sé que la vida sin felicidad es un tormento. Si este es tu camino, te apoyaré, hija. Aunque me duela ver cómo la sociedad te juzgará, estaré a tu lado.

Amelia sintió cómo el peso de sus preocupaciones se aligeraba un poco. Las lágrimas amenazaron con desbordarse de sus ojos, pero logró contenerlas. El amor y la comprensión en la voz de su madre eran un bálsamo para su alma herida.

—Gracias, madre —susurró Amelia, su voz quebrada por la emoción—. No sé qué haría sin ti.

—No será fácil —continuó Lady Clarise, con una nota de advertencia—. La sociedad es cruel, y ya sabes cómo son los rumores. Pero, si esto es lo que realmente deseas, lucharemos juntas. Y tu padre... bueno, él también entenderá. Quizá no de inmediato, pero lo hará.

El temor de cómo reaccionaría su padre, Lord Bennedict SinClaire, había estado presente en la mente de Amelia desde el momento en que decidió romper el compromiso. Su padre era un hombre de negocios astuto, con un profundo sentido del honor y la responsabilidad familiar. No obstante, también era un hombre que amaba a su hija con una devoción inquebrantable. Amelia sabía que su decisión lo afectaría profundamente, pero esperaba que él también, como su madre, pudiera entenderla.

Esa tarde, cuando Lord Bennedict regresó a casa, Amelia lo encontró en su estudio, rodeado de papeles y libros de contabilidad. Al verla entrar, levantó la vista con una sonrisa cansada.

—Amelia, querida, ¿todo bien? —preguntó, notando de inmediato la expresión seria en el

rostro de su hija.

Amelia se acercó, preparándose para la conversación que sabía que cambiaría la relación entre ellos. Su corazón latía con fuerza, pero no había marcha atrás.

—Padre, debo hablar contigo de algo importante —comenzó ella, con una voz suave pero decidida—. He roto mi compromiso con Sir Edwin. No puedo continuar con un matrimonio que me hará infeliz.

El rostro de Lord Bennedict se endureció ligeramente, y por un momento, el silencio entre ellos fue abrumador. Amelia sabía lo mucho que su padre valoraba el honor familiar y las alianzas que venían con el matrimonio. Romper un compromiso era un acto serio, y sabía que su decisión pondría a prueba la paciencia y la comprensión de su padre.

—Amelia —dijo finalmente Lord Bennedict, su voz grave—, ¿estás completamente segura de lo que estás diciendo? Esto no es algo que pueda deshacerse una vez que se ha hecho. La sociedad no será indulgente. Lo sabes.

Amelia sostuvo su mirada, con la misma determinación que había mostrado frente a su madre.

—Lo sé, padre. Pero no puedo seguir adelante con esto. Edwin me ha engañado, y no puedo basar mi futuro en mentiras. No puedo sacrificar mi felicidad por las expectativas de los demás, incluso las de nuestra familia. Sé que las consecuencias serán difíciles, pero estoy preparada para enfrentarlas.

Lord Bennedict se levantó lentamente de su escritorio y caminó hacia la ventana, mirando hacia el jardín con una expresión pensativa. Amelia sintió que el tiempo se detenía mientras esperaba su respuesta. Sabía que su padre estaba sopesando todas las implicaciones de su decisión, tanto para la familia como para ella.

Finalmente, Lord Bennedict se volvió hacia su hija, su rostro más suave de lo que ella había anticipado.

—Amelia, siempre he querido que fueras feliz —dijo él, con una voz más cálida—. He visto cómo has luchado por cumplir con las expectativas que la sociedad y nuestra familia han puesto sobre ti. Pero nunca quise que sacrificaras tu propia felicidad por ello. Si esta es tu decisión, si este es el camino que has elegido, te apoyaré. Será difícil, pero los SinClaire no somos una familia que se rinda fácilmente.

Amelia sintió una oleada de alivio y gratitud. La comprensión de su padre, aunque envuelta en la gravedad de la situación, era un gesto de amor que no esperaba tan pronto.

—Gracias, padre —susurró, con lágrimas en los ojos.

—No me malinterpretes, hija —continuó Lord Bennedict, con un tono más serio—. Las repercusiones serán severas. Pero te apoyaremos. Y si crees que este es el mejor camino, estaremos contigo en cada paso.

Con el apoyo de sus padres, Amelia supo que, aunque el camino por delante sería desafiante, no estaría sola. Los SinClaire eran una familia fuerte, y aunque el juicio de la sociedad caería sobre ellos, la fuerza de su unidad los ayudaría a superarlo.

Amelia, con el peso de su decisión ya tomada y el apoyo de su familia detrás de ella, sintió una renovada sensación de libertad. Había elegido su felicidad por encima de las expectativas de la sociedad, y por primera vez en mucho tiempo, se sentía verdaderamente dueña de su destino.

Capítulo 21
La Caída de Lady Charlotte

Los días que siguieron a la ruptura del compromiso entre Amelia y Sir Edwin Hartley fueron una tormenta silenciosa en la alta sociedad londinense. Las habladurías se desataron, y las invitaciones a eventos sociales comenzaron a menguar para los SinClaire. Aunque Amelia había encontrado el apoyo incondicional de su familia, sabía que aún había una batalla más que librar: exponer a Lady Charlotte por sus manipulaciones.

Lady Charlotte, con su fría elegancia y su lengua afilada, había sido la verdadera instigadora de muchos de los problemas que Amelia había enfrentado. Fue ella quien sembró las semillas del descontento entre Edwin y su familia, quien avivó los rumores sobre la situación financiera de los SinClaire y quien intentó posicionarse como una candidata más apropiada para Edwin. Pero ahora, con Henry a su lado, Amelia estaba decidida a detener a Charlotte y revelar su juego ante toda la sociedad.

Una tarde nublada, mientras el otoño se instalaba firmemente en la ciudad, Amelia y Henry se encontraron en una pequeña biblioteca privada que él había alquilado para sus reuniones confidenciales. El plan estaba en marcha.

—Debemos proceder con cautela, Amelia —dijo Henry, con el tono firme pero protector que la había acompañado en sus momentos más difíciles—. Lady Charlotte tiene una influencia considerable entre la alta sociedad, y exponerla no será tarea fácil. Pero si jugamos bien nuestras cartas, podemos derrumbar su red de mentiras.

Amelia asintió, su rostro sereno pero decidido. Sabía que no podían arriesgarse a un enfrentamiento directo con Charlotte sin pruebas. La astucia de Charlotte era legendaria, pero también su capacidad para cubrir sus huellas. No bastaba con una simple acusación; necesitaban evidencias que no dejaran margen para dudas.

—¿Qué propones? —preguntó Amelia, mirando a Henry con la mezcla de confianza y respeto que había crecido entre ellos.

Henry, con esa calma innata que lo caracterizaba, desplegó unos papeles sobre la mesa. En ellos había notas de sus investigaciones, transcripciones de conversaciones que había recopilado a través de amigos y conocidos influyentes.

—Sabemos que Lady Charlotte ha estado manipulando la situación con Edwin —dijo él, señalando uno de los documentos—. A través de varios intermediarios, ha dejado caer comentarios sobre tu familia y la ruptura del compromiso. Ha insinuado que tú y tus padres estabais desesperados por evitar una ruina financiera, y ha hecho parecer que Edwin fue la

verdadera víctima en todo esto.

Amelia frunció el ceño al escuchar aquello. Sabía que Lady Charlotte tenía una lengua venenosa, pero el hecho de que hubiera ido tan lejos la llenaba de indignación.

—No es solo eso —continuó Henry—. He hablado con algunos socios de Edwin, y uno de ellos, Mr. Hargrove, admitió en confianza que Charlotte había estado presionando para que Edwin rompiera el compromiso contigo y considerara una alianza con su familia. Todo por su ambición de asegurar una posición más alta para sí misma.

Amelia sintió cómo su enfado crecía. Lady Charlotte había estado tejiendo su red de manipulación desde el principio, y Edwin, con su ruina financiera, había sido el peón perfecto para sus planes. Pero ahora que la verdad comenzaba a salir a la luz, Amelia sabía que tenían la oportunidad de exponerla.

—Entonces, ¿qué haremos? —preguntó Amelia, con determinación en su voz—. ¿Cómo podemos asegurarnos de que la sociedad vea la verdadera cara de Charlotte?

Henry se inclinó hacia ella, su mirada fija en la suya.

—Lo primero es asegurarnos de que la evidencia que hemos recopilado sea sólida. Mr. Hargrove está dispuesto a hablar, pero necesitará un incentivo. Si podemos asegurar su testimonio, tendremos una pieza clave para desmantelar el castillo de naipes que Charlotte ha construido.

Amelia asintió, comprendiendo la importancia de cada movimiento en este delicado juego. Sabía que Charlotte no sería fácil de derrotar, pero con la ayuda de Henry, estaba dispuesta a enfrentarse a ella.

—Y una vez que tengamos el testimonio de Hargrove, ¿qué haremos? —preguntó Amelia.

Henry sonrió, un brillo astuto en sus ojos.

—Habrá un evento en pocos días, el baile en la casa de los Wellesley. Lady Charlotte estará allí, y también muchos de los miembros más influyentes de la sociedad. Será el escenario perfecto para revelar lo que hemos descubierto. Si logramos que Hargrove hable en ese evento, frente a las personas adecuadas, Charlotte no tendrá dónde esconderse.

El plan estaba claro. Era arriesgado, pero la recompensa valía el esfuerzo. Amelia sabía que el tiempo apremiaba, y que si querían exponer a Lady Charlotte, debían hacerlo en un momento en el que toda la sociedad estuviera presente.

La noche del baile en la mansión Wellesley llegó rápidamente. Las luces brillaban en la entrada principal, y las familias más poderosas de Londres desfilaban hacia el interior del grandioso salón de baile, donde las conversaciones giraban, como siempre, en torno a los rumores más recientes. Amelia, vestida con un elegante vestido de seda azul que realzaba la luz en sus ojos, entró al salón del brazo de Henry. Los murmullos a su alrededor no pasaron desapercibidos, pero Amelia mantuvo la cabeza alta.

Lady Charlotte, como era de esperar, estaba en el centro de la atención. Con su impecable vestido de satén y su cabello rubio rizado perfectamente peinado, parecía el epítome de la elegancia y el poder. Su sonrisa altiva y los gestos suaves con los que saludaba a todos dejaban claro que aún se consideraba intocable.

Amelia y Henry, sin embargo, sabían que esa fachada estaba a punto de desmoronarse.

Mientras la música llenaba el salón y las parejas se deslizaban por la pista de baile, Henry condujo a Amelia hacia un rincón más privado. Allí, Mr. Hargrove los esperaba, nervioso pero determinado a hacer lo correcto.

—¿Estás seguro de esto, Hargrove? —preguntó Henry, su tono bajo pero firme.

Hargrove asintió, aunque la tensión en su rostro era evidente.

—Sí, Lord Ravenswood. Ya no puedo seguir callando lo que sé. Lady Charlotte ha estado jugando con todos nosotros, y es hora de que la verdad salga a la luz.

Con ese acuerdo sellado, el siguiente paso fue el más crucial. Henry se acercó discretamente a algunos de los invitados más influyentes del salón, incluyendo al anfitrión, Lord Wellesley. Pronto, un grupo pequeño pero significativo de personas se había reunido en un salón adyacente, curiosos por escuchar lo que Mr. Hargrove tenía que decir.

Lady Charlotte, que había notado la creciente atención hacia Amelia y Henry, se acercó también, con una expresión que oscilaba entre la curiosidad y la cautela.

—¿Qué es todo esto, Lord Ravenswood? —preguntó Charlotte, con su habitual tono gélido —. ¿Acaso estamos a punto de presenciar alguna revelación?

Henry, con una sonrisa que no llegó a sus ojos, la miró directamente.

—De hecho, Lady Charlotte, creo que es el momento perfecto para que todos aquí escuchen la verdad.

El salón enmudeció cuando Mr. Hargrove, con voz temblorosa al principio, comenzó a relatar los detalles de su relación con Edwin y las conversaciones que había tenido con Lady Charlotte. Describió cómo ella había presionado para que el compromiso con Amelia se rompiera, cómo había manipulado las percepciones de la sociedad para posicionarse como la candidata ideal para Edwin, y cómo había esparcido rumores sobre la supuesta ruina financiera de los SinClaire.

Los rostros de los presentes cambiaron a medida que la historia de Hargrove se desarrollaba. El escándalo era mucho mayor de lo que nadie había anticipado.

Lady Charlotte, al darse cuenta de que su intriga había sido expuesta, intentó interrumpir, pero Henry, con un gesto firme, la silenció.

—Lady Charlotte, creo que ya has dicho suficiente —dijo él, con un tono que no admitía réplica—. Ahora es momento de que todos vean quién eres realmente.

Amelia observó en silencio mientras la imagen de Charlotte, la implacable manipuladora

de la sociedad londinense, se desmoronaba ante los ojos de todos. El plan había funcionado. El escándalo, que Lady Charlotte había tratado de evitar, ahora recaía directamente sobre ella.

Y, mientras la sociedad londinense se tambaleaba ante la revelación, Amelia supo que había recuperado algo invaluable: su libertad.

Capítulo 22

La Revelación en el Salón de los Lytton

La alta sociedad londinense estaba acostumbrada a los rumores, a las habladurías, y a los pequeños escándalos que daban vida a sus interminables eventos sociales. Sin embargo, aquella noche en la mansión de los Lytton, uno de los eventos más esperados de la temporada, el aire estaba cargado de una expectación inusual. Desde la exposición de Lady Charlotte en el baile de los Wellesley, el nombre de Amelia SinClaire había vuelto a ocupar un lugar destacado en las conversaciones, pero ahora ya no como objeto de burla o especulación, sino como la protagonista de una revelación que podía cambiar el curso de la sociedad londinense.

Amelia se había preparado meticulosamente para aquella velada. Sabía que esa noche no sería como las otras. Junto a Henry Ravenswood, estaban decididos a poner fin a las manipulaciones de Lady Charlotte, y aunque la caída de Charlotte ya había comenzado, el golpe final sería en esa noche de gala, ante los ojos de todos los más influyentes.

Vestida con un exquisito vestido de terciopelo en tono burdeos, que resaltaba el brillo ámbar de sus ojos y el tono castaño de su cabello, Amelia se presentó en el salón con una calma aparente. Su porte elegante no dejaba entrever el nerviosismo que sentía en su interior. Mientras caminaba junto a Henry, que a su lado lucía un imponente atuendo de chaqueta oscura y corbata de seda, Amelia sintió la fuerza de la presencia de su aliado y amigo.

—¿Estás lista para esto? —susurró Henry, inclinándose ligeramente hacia ella, sin perder de vista a los invitados que ya los observaban desde todos los ángulos.

Amelia asintió, sabiendo que la hora de la verdad había llegado. Desde que habían descubierto los tejemanejes de Lady Charlotte, había esperado con impaciencia este momento. Y aunque la confrontación le causaba cierta ansiedad, la certeza de que la verdad saldría a la luz la llenaba de determinación.

El salón de los Lytton, iluminado con deslumbrantes candelabros, estaba lleno de las figuras más influyentes de Londres. Las risas y las conversaciones resonaban bajo los techos altos decorados con frescos exquisitos. Pero, a medida que Amelia y Henry avanzaban hacia el centro del salón, pudo sentir cómo los ojos de todos los presentes se posaban en ellos, las conversaciones apagándose poco a poco.

Entre la multitud, Amelia divisó a Lady Charlotte, rodeada por un pequeño grupo de damas y caballeros. A pesar de los rumores y las primeras grietas en su imagen, Charlotte mantenía la cabeza en alto, su mirada fría e impenetrable como siempre. Llevaba un vestido

de seda gris pálido, tan elegante como sus palabras afiladas. Para cualquiera que la mirara, parecía imbatible, pero Amelia sabía que no era así.

La anfitriona de la noche, Lady Lytton, una mujer de figura menuda pero de una presencia imponente, se acercó a recibirlos con una sonrisa diplomática.

—Amelia, Lord Ravenswood, qué placer tenerlos aquí esta noche —dijo Lady Lytton, sus ojos brillando con una curiosidad que no se molestó en ocultar—. Espero que disfruten de la velada. Parece que esta temporada ha sido especialmente... interesante, ¿no creen?

Amelia esbozó una leve sonrisa. Lady Lytton siempre había sido una mujer que disfrutaba de los rumores tanto como del poder que ejercía sobre ellos, y no había duda de que estaba esperando que algo sucediera esa noche. Amelia y Henry intercambiaron una mirada antes de responder.

—Así es, Lady Lytton —respondió Henry, con su tono suave y controlado—. Y, de hecho, creo que esta noche será una de las más recordadas de la temporada.

Lady Lytton, intrigada por la insinuación de Henry, asintió con una sonrisa astuta y se retiró para atender a otros invitados. Era el momento adecuado. Amelia y Henry sabían que para exponer las verdaderas intenciones de Lady Charlotte, debían hacerlo de manera que no solo resultara devastador para ella, sino también irreprochable para ellos mismos.

—Es ahora o nunca —murmuró Amelia mientras se preparaba para lo que estaba por venir.

Henry se movió hacia un pequeño grupo de caballeros influyentes, entre ellos Lord Wellesley y Sir Reginald Thorne, dos de los hombres más poderosos de Londres. Amelia, por su parte, caminó directamente hacia el círculo de Lady Charlotte, sabiendo que esta sería la primera confrontación de la noche.

—Amelia —dijo Charlotte, con una sonrisa gélida mientras la veía acercarse—. Qué sorpresa verte aquí. Pensé que después de... todo lo sucedido, preferirías mantener un perfil bajo.

Amelia la miró directamente a los ojos, su voz firme y clara.

—Lady Charlotte, creo que todos aquí merecen escuchar la verdad. La verdad sobre lo que has estado haciendo y las razones detrás de tu insidiosa campaña para desacreditarme.

El grupo de damas que rodeaba a Charlotte intercambió miradas sorprendidas. El salón enmudeció de inmediato, y todos los ojos se volvieron hacia Amelia y Charlotte.

—¿Qué estás insinuando, querida? —preguntó Charlotte, aunque una sombra de inquietud cruzó su rostro.

Amelia, sabiendo que no podía titubear en ese momento, continuó con firmeza.

—Durante meses, has manipulado a aquellos a tu alrededor para promover tus propios intereses. Has esparcido rumores sobre mi familia y mi compromiso con Edwin, todo con la

intención de posicionarte en su lugar. Has conspirado, Lady Charlotte, y lo peor de todo, lo has hecho con la frialdad que solo alguien sin escrúpulos podría mostrar.

Los murmullos comenzaron a aumentar a su alrededor, pero Amelia no dejó que la distrajeran. Sabía que debía exponer cada detalle antes de que Charlotte tuviera la oportunidad de defenderse.

—Gracias a las palabras de un testigo confiable, Mr. Hargrove, sabemos que presionaste a Edwin para romper nuestro compromiso, no por su bienestar, sino por tus propios intereses —continuó Amelia, su voz cortante—. Todo lo que has hecho ha sido por pura ambición, sin importar a cuántos destruyeras en el camino.

Lady Charlotte, ahora consciente de que estaba acorralada, intentó recuperar su compostura.

—Esto es un absurdo, Amelia —replicó Charlotte, con una risa nerviosa—. No tienes ninguna prueba de lo que dices.

En ese momento, Henry apareció a su lado, con un grupo de caballeros que habían sido testigos de las declaraciones de Mr. Hargrove. La presencia de Henry era imponente, y el grupo de hombres que lo acompañaba le otorgaba aún más credibilidad.

—De hecho, Lady Charlotte, tenemos todas las pruebas necesarias —dijo Henry, su tono firme pero calmado—. Mr. Hargrove ha sido muy claro en su testimonio, y varios de estos caballeros aquí presentes pueden dar fe de ello. Tus manipulaciones han sido reveladas, y ya no puedes ocultarte tras esa fachada de perfección que has construido durante tantos años.

El salón estalló en murmullos más intensos. La caída de Lady Charlotte estaba ocurriendo ante los ojos de todos, y ya no había marcha atrás.

Charlotte, ahora visiblemente pálida, intentó defenderse una vez más, pero el daño estaba hecho. La verdad había sido expuesta, y todos los presentes sabían que las palabras de Amelia y Henry estaban respaldadas por pruebas irrefutables.

Amelia, sintiendo el peso de la victoria, mantuvo su mirada firme en Charlotte, pero no había satisfacción en sus ojos, solo determinación.

—Has jugado con la vida de muchas personas, Charlotte —dijo Amelia finalmente, con una voz suave pero llena de resolución—. Y ahora, es momento de que enfrentes las consecuencias de tus actos.

El salón entero estaba en silencio, con todos los ojos puestos en Lady Charlotte. Sabían que su tiempo había terminado.

Con su reputación destruida y su influencia desmoronándose, Lady Charlotte salió del salón con la cabeza baja, mientras la alta sociedad londinense murmuraba detrás de ella.

Amelia y Henry se quedaron de pie, observando cómo el escándalo finalmente alcanzaba su clímax. Y mientras el salón volvía poco a poco a la vida, Amelia sintió una profunda

sensación de alivio. Habían ganado, no solo contra Lady Charlotte, sino también contra las expectativas que la sociedad había intentado imponer sobre ella.

Al lado de Henry, quien la había apoyado en cada paso, Amelia supo que esta victoria era solo el comienzo de una nueva etapa en su vida.

Capítulo 23
La Caída de Edwin y Charlotte

Los días que siguieron al escándalo en la mansión de los Lytton fueron un torbellino para la alta sociedad londinense. El eco de la revelación sobre las manipulaciones de Lady Charlotte y la complicidad de Sir Edwin Hartley no tardó en expandirse por todos los rincones de Londres. La ciudad, con sus interminables chismes y rumores, no hablaba de otra cosa. Los salones, las tertulias y hasta los paseos por Hyde Park estaban dominados por las habladurías sobre el destino de los Hartley y de la poderosa, pero ahora derrotada, Lady Charlotte.

Para Amelia, el sentimiento de alivio por haber expuesto la verdad se mezclaba con una vaga melancolía. Aunque nunca había amado a Edwin, la naturaleza humana siempre encontraba difícil ver a alguien caer tan profundamente. Sabía que su decisión de romper el compromiso era lo correcto, pero ahora se enfrentaba a la cruda realidad de lo que aquella revelación había significado para él y su familia.

Edwin, que había sido una figura respetada en la sociedad, estaba ahora en el ojo de la tormenta. Desde la noche de la exposición, su mundo había comenzado a desmoronarse. La fortuna de su familia, que ya se encontraba en una situación delicada, ahora parecía estar en ruinas. Y peor aún, su nombre, que antes abría puertas, ahora era objeto de desprecio y lástima.

Amelia se encontraba en la pequeña biblioteca de su hogar, buscando refugio en la lectura cuando su madre, Lady Clarise, irrumpió en la habitación con una expresión de preocupación.

—Amelia, querida —dijo su madre, sentándose frente a ella—, acabo de recibir una carta de Lady Pembroke. Parece que Edwin ha estado intentando salvar lo que queda de su reputación, pero... me temo que ya es demasiado tarde.

Amelia cerró el libro que tenía en las manos y miró a su madre, sabiendo que lo que estaba por escuchar no sería fácil.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Amelia con calma, aunque su corazón se aceleraba ligeramente.

—Edwin ha estado intentando hablar con varios de los caballeros más influyentes de la ciudad —respondió Lady Clarise, con una expresión seria—. Parece que ha intentado convencer a algunos de que todo esto ha sido un malentendido, una especie de intriga orquestada por otras personas para desacreditarlo. Pero... nadie lo escucha ya. Su familia ha

caído en desgracia, y muchos de sus antiguos amigos han comenzado a distanciarse de él. Incluso los socios comerciales de su padre han decidido romper lazos.

Amelia sintió una mezcla de compasión y tristeza. Aunque Edwin había sido el arquitecto de su propio destino, su caída era implacable y dolorosa. Su intento desesperado de salvar su posición solo había servido para agravar su situación. Los círculos sociales londinenses, tan rápidos en elevar a alguien como en destruirlo, ya lo habían condenado. En una sociedad donde la reputación lo era todo, Edwin estaba acabado.

—Es triste pensar en cómo las cosas han terminado así —dijo Amelia, mirando por la ventana hacia los jardines—. Edwin no era malvado, pero su ambición lo cegó. Creyó que podía utilizarme, utilizar nuestro compromiso, para salvar su fortuna, y al final, todo se vino abajo.

Lady Clarise asintió, colocando una mano cariñosa sobre la de su hija.

—Hiciste lo correcto, Amelia. No podías haber permitido que esa farsa continuara. Edwin tomó decisiones equivocadas, y ahora debe enfrentar las consecuencias. Es una pena, pero así es como funciona esta sociedad en la que vivimos.

Amelia suspiró, sintiendo el peso de las palabras de su madre. Aunque sabía que tenía razón, no podía evitar sentir una punzada de tristeza por lo que Edwin y su familia estaban sufriendo.

—¿Y qué hay de Lady Charlotte? —preguntó Amelia finalmente, consciente de que la caída de Charlotte había sido aún más humillante.

—Lady Charlotte ha sido apartada de la sociedad —respondió Lady Clarise, con una leve inclinación de su cabeza—. Las damas más influyentes, aquellas que una vez la cortejaban para asegurarse su favor, ahora han cortado todo contacto. Ha perdido su posición, su influencia... todo. Algunos dicen que ha decidido retirarse a la casa de campo de su hermana, lejos de Londres, para evitar el escándalo.

El destino de Lady Charlotte no sorprendía a Amelia. Sabía que, en una sociedad donde el poder de la palabra y la apariencia lo era todo, Charlotte había caído en su propia trampa. Su habilidad para manipular y destruir a otros con sus susurros venenosos había sido su propio final. Ahora, aislada y sin aliados, estaba condenada al olvido.

Pero mientras Charlotte se hundía, Edwin luchaba por mantenerse a flote, desesperado por reparar los daños. Unos días después, mientras Amelia paseaba por Hyde Park, lo vio desde lejos. Estaba solo, caminando rápidamente con una expresión de preocupación marcada en su rostro. El Edwin que una vez había sido tan seguro de sí mismo, tan altivo, ahora parecía un hombre derrotado, un reflejo de su antigua arrogancia.

Henry, que caminaba a su lado, también lo vio.

—Es difícil ver cómo alguien cae tan profundamente —dijo Henry con una voz grave—.

Pero Edwin eligió su propio destino.

Amelia asintió, sintiendo que la distancia entre ella y Edwin era ahora más abismal que nunca. Ya no eran dos personas comprometidas, destinadas a unirse en matrimonio, sino dos figuras que habían seguido caminos completamente opuestos.

—No lo culpo del todo —dijo Amelia después de un momento—. Creo que Edwin se dejó llevar por las expectativas, por lo que la sociedad esperaba de él. Pero no podía seguir adelante con ese compromiso. No podía sacrificar mi vida por algo que nunca habría sido real.

Henry la miró con ternura, apreciando su compasión, incluso hacia alguien que la había traicionado.

—Hiciste lo correcto, Amelia. Y ahora, ambos estamos viendo las consecuencias de nuestras decisiones. Edwin deberá encontrar su camino, pero tú... —Henry hizo una pausa, sonriendo suavemente—. Tú has ganado algo mucho más valioso: tu libertad, tu integridad.

Amelia sonrió de vuelta, sintiendo una calma interior que no había experimentado en mucho tiempo. Aunque el escándalo aún seguía en los labios de muchos, sabía que había tomado el camino correcto. Y con Henry a su lado, sintió que cualquier obstáculo que pudiera enfrentar en el futuro sería más llevadero.

El mismo día, más tarde, mientras Amelia se encontraba sentada en el salón de su casa, un lacayo entró con una carta en la mano.

—Una misiva, señorita —dijo, entregándosela con una leve inclinación de cabeza.

Amelia tomó la carta y la abrió con cuidado. El sello en la parte posterior era inconfundible: era de Edwin.

> Amel*ia.*
> No espe*ro* qu*e* me respond*as,* per*o* sien*to* la necesid*ad* de disculpar*me.* Tod*o* lo qu*e* ha sucedi*do,* tod*o* lo qu*e* ha caíd*o* sobr*e* mi famil*ia,* es mi responsabili*dad.* Me dej*é* llev*ar* po*r* la desesperac*ión,* po*r* el mied*o* a perder*lo* tod*o,* y en es*e* proce*so,* olvi*dé* lo qu*e* realmen*te* importa*ba.* Lo lamen*to,* no sol*o* po*r* lo qu*e* te hic*e* pasa*r,* sin*o* tambi*én* po*r* cóm*o* traicio*né* mi prop*io* senti*do* de*l* hono*r.* No busc*o* tu perd*ón,* sol*o* quer*ía* qu*e* supier*as* qu*e,* aunq*ue* es demasia*do* tard*e,* reconoz*co* mi*s* error*es.*
> Dese*o* qu*e* encuentr*es* la felicid*ad* qu*e* merec*es.*

Amelia cerró la carta con cuidado, sintiendo una mezcla de emociones. Edwin había reconocido sus errores, pero sabía que ese reconocimiento no cambiaría las cosas. El daño ya estaba hecho, y ahora cada uno debía seguir su propio camino.

—Al menos ha reconocido lo que hizo —murmuró para sí misma, dejando la carta sobre la mesa.

Mientras el crepúsculo caía sobre Londres, Amelia miró por la ventana, viendo cómo las luces de la ciudad comenzaban a encenderse una a una. El ciclo de la sociedad continuaba, y aunque algunos nombres caían en desgracia, otros surgían para ocupar su lugar. Sin embargo, Amelia supo, con una certeza reconfortante, que su vida ya no estaba atada a esos vaivenes sociales. Ella había ganado su libertad, y con ella, la posibilidad de forjar su propio destino.

CAPÍTULO 24
Reflexiones de una Dama Libre

Los días en Londres se habían vuelto más tranquilos tras el escándalo que había sacudido a la alta sociedad. Los ecos de las habladurías que, durante semanas, llenaron los salones y paseos de la ciudad, poco a poco comenzaron a desvanecerse. Lady Charlotte había desaparecido del ojo público, exiliada en la soledad de su retiro campestre, mientras que la familia Hartley, aún envuelta en las secuelas del escándalo, se había retirado a una posición discreta, lejos del fulgor social al que una vez pertenecieron.

Para Amelia, aquellos días de relativa paz le ofrecieron la oportunidad de reflexionar sobre todo lo que había vivido. Se encontraba sentada en el jardín de su mansión, bajo un árbol frondoso cuyas hojas susurraban suavemente con el viento. A su alrededor, el jardín florecía con tonos de finales del verano, pero su mente vagaba por los recuerdos recientes, sumergida en pensamientos profundos.

Todo había cambiado. La joven que había sido al principio de la temporada, la que había aceptado su compromiso con Sir Edwin Hartley, parecía ahora lejana, casi irreconocible. Amelia había entrado en la sociedad londinense como una dama dócil y obediente, preparada para cumplir con su deber y casarse según las expectativas de su familia y la sociedad. Pero ahora, tras meses de intrigas, desengaños y revelaciones, había emergido como una mujer diferente: más fuerte, más sabia y, sobre todo, más libre.

—Es curioso cómo cambian las cosas —murmuró Amelia para sí misma mientras observaba el jardín, perdida en sus pensamientos—. Antes todo parecía tan claro, tan sencillo... seguir las reglas, hacer lo que se esperaba de mí, y ahora...

Su voz se desvaneció en el aire, pero el significado estaba claro en su mente. Había aprendido que la vida no era simplemente cumplir con los dictados de la sociedad, sino que también debía haber espacio para la integridad personal, para el amor verdadero y para la lealtad, tanto hacia uno mismo como hacia aquellos que realmente importaban.

El escándalo con Edwin y Charlotte había sido, sin duda, un momento decisivo. Al principio, le había parecido devastador, una amenaza a todo lo que conocía. El compromiso roto, los rumores que circulaban por los salones, la angustia de su familia… todo eso había sido como una tormenta sobre su vida. Pero, a través de esa tormenta, Amelia había descubierto algo que jamás había anticipado: la libertad de elegir su propio camino.

Recordó cómo, antes de romper su compromiso con Edwin, había sentido que su vida se dirigía hacia una prisión de expectativas. El matrimonio, tal y como lo presentaba la alta

sociedad, parecía más un contrato de conveniencia que una unión de amor. Edwin había sido un reflejo de esa realidad: un hombre que, en su desesperación por salvar su fortuna, la había tratado como una herramienta más en su estrategia, no como una persona con deseos y emociones.

Pero lo que había aprendido era mucho más que el simple valor de liberarse de una alianza basada en falsedades. Había descubierto que el amor, el verdadero amor, no podía forjarse en una relación donde la manipulación y el interés personal dominaban. Al romper su compromiso, había roto también las cadenas que la ataban a una vida sin autenticidad. Y ahora, más que nunca, estaba decidida a que cualquier relación futura que eligiera estuviera fundamentada en algo más profundo y real.

Amelia suspiró, pensando en Henry. Lord Henry Ravenswood había sido su guía y su amigo durante toda la tormenta. Habían compartido confidencias, habían trazado planes para desenmascarar a Charlotte, y habían fortalecido su vínculo a través de la lealtad mutua. Henry había sido un apoyo incondicional, pero también algo más. Aunque Amelia no se había permitido todavía profundizar del todo en sus sentimientos por él, sabía que su presencia había sido clave en su crecimiento.

Henry era diferente a los demás hombres de su círculo. No solo por su misterioso pasado y su herencia en Francia, sino también por la forma en que veía el mundo. Henry no estaba atado a las rígidas normas sociales de Londres. Él había aprendido a desafiar esas reglas, a ver más allá de las apariencias, y había sido su impulso para que ella hiciera lo mismo. Pero lo que más la había impresionado de él era su lealtad: una lealtad que no se basaba en intereses egoístas, sino en el deseo genuino de verla feliz.

Amelia sonrió mientras pensaba en él. Henry le había demostrado que no todos los hombres veían a las mujeres como simples piezas en un juego de poder. Había sido su aliado, su confidente, y con el tiempo, se había convertido en algo más. Aunque no se lo había dicho explícitamente, Amelia sabía que Henry la amaba, y quizás ella también estaba comenzando a sentir lo mismo.

Sin embargo, había aprendido a no apresurarse. Las lecciones del pasado reciente la habían enseñado a actuar con cautela, a seguir su corazón, pero también a medir las consecuencias. Sabía que Henry era diferente de Edwin, pero aún quería asegurarse de que sus sentimientos se basaran en algo más que la gratitud y el apoyo que él le había brindado durante el escándalo.

El amor, como había aprendido, era algo más profundo que un simple compromiso social. El amor verdadero requería confianza, respeto mutuo y una conexión genuina, algo que había comenzado a ver en su relación con Henry.

Mientras se perdía en estos pensamientos, la voz suave de su madre la sacó de su ensueño.

—Amelia, querida —dijo Lady Clarise, acercándose a ella—, parece que estás perdida en tus pensamientos. ¿Te encuentras bien?

Amelia levantó la vista y sonrió a su madre, quien se sentó a su lado en el banco del jardín.

—Estoy bien, madre —respondió—. Solo estaba reflexionando sobre todo lo que ha pasado y… sobre lo que he aprendido.

Lady Clarise la miró con ternura, sabiendo que su hija había pasado por mucho más de lo que cualquiera podría imaginar.

—Has pasado por una prueba difícil, Amelia —dijo su madre con suavidad—. Pero te has mantenido firme y has demostrado una gran fuerza. Estoy muy orgullosa de ti.

Amelia sintió un nudo en la garganta ante las palabras de su madre. Sabía que, al principio, su decisión de romper el compromiso había sido difícil de aceptar para su familia. Pero ahora, con el tiempo, habían visto que había sido lo mejor.

—Gracias, madre —respondió Amelia, tomando la mano de Lady Clarise—. He aprendido tanto, no solo sobre la sociedad y sus expectativas, sino también sobre mí misma. Antes, creía que mi vida debía seguir las reglas establecidas por los demás, pero ahora sé que puedo forjar mi propio camino.

—Y lo harás, querida —dijo su madre, sonriendo—. No tengo ninguna duda de ello.

Amelia miró hacia el horizonte, donde los últimos rayos del sol comenzaban a desaparecer detrás de las colinas. Sabía que su vida iba a ser diferente de lo que había imaginado al principio de la temporada, pero ahora lo veía como una oportunidad. Había descubierto el valor de ser fiel a sí misma, de desafiar las normas cuando estas contradecían su felicidad, y de rodearse de personas que realmente se preocupaban por ella.

El amor, la lealtad y la integridad eran los pilares sobre los cuales construiría su futuro, y aunque el camino no siempre sería fácil, sabía que estaba lista para enfrentarlo.

Con Henry a su lado, y con la sabiduría que había ganado, Amelia se sentía más fuerte que nunca.

—He aprendido una lección invaluable, madre —dijo finalmente, con una sonrisa tranquila—. La vida no es solo cumplir con las expectativas de los demás. Es seguir el corazón, pero también hacerlo con inteligencia y fortaleza. Y en eso, he encontrado mi verdadero poder.

Lady Clarise la miró con orgullo, y en ese momento, ambas supieron que el futuro de Amelia estaría lleno de posibilidades, guiado por el amor verdadero y la libertad que tanto había anhelado.

Capítulo 25
Una Propuesta Sincera

Los días se sucedían con una placidez inesperada, como si la tormenta social que había azotado la vida de Amelia finalmente hubiera amainado por completo. Con el escándalo detrás de ella y con la certeza de haber tomado las decisiones correctas, Amelia comenzaba a disfrutar de una vida mucho más tranquila y reflexiva. La sociedad londinense, siempre tan rápida en juzgar, había encontrado nuevos asuntos en los que centrarse, permitiendo que Amelia se distanciara de las miradas curiosas y los murmullos que una vez la habían rodeado.

Pero mientras todo en el exterior parecía haberse calmado, en el interior de Amelia, algo comenzaba a despertar. Desde los momentos más oscuros del escándalo, Henry Ravenswood había estado a su lado. Sus palabras habían sido siempre un bálsamo, y su presencia, un refugio constante. Ahora, más que nunca, Amelia era consciente de la profundidad de los sentimientos que comenzaban a surgir en su corazón por él. Sabía que lo que compartían era diferente a cualquier otra cosa que hubiera experimentado. Era algo mucho más genuino y sincero, basado no en las expectativas de la sociedad, sino en una conexión real, construida sobre la confianza y el respeto mutuo.

Una tarde clara de otoño, mientras los colores dorados de las hojas decoraban las calles de Londres, Henry llegó a la mansión SinClaire para acompañar a Amelia en un paseo por los jardines cercanos. A pesar del tiempo que habían pasado juntos, había algo diferente en el aire ese día, algo que Amelia no lograba definir del todo, pero que sentía latir en su pecho como una promesa silenciosa.

—Es un día hermoso —comentó Henry mientras caminaban lado a lado, el crujido de las hojas bajo sus pies acompañando cada paso—. Londres parece mucho más tranquilo cuando el otoño comienza a pintar sus colores en los árboles.

Amelia sonrió, asintiendo con la cabeza. Había algo en la tranquilidad del momento, en la suavidad de la brisa, que la hacía sentirse en paz.

—Es uno de mis momentos favoritos del año —respondió—. El otoño trae consigo una sensación de renovación. El fin de una temporada, pero también la promesa de algo nuevo.

Henry la miró de reojo, su expresión serena pero con una intensidad en sus ojos verdes que Amelia no podía ignorar.

—He estado pensando en muchas cosas últimamente, Amelia —dijo él, con un tono suave pero lleno de significado—. En todo lo que hemos pasado, en cómo nuestras vidas se han entrelazado de formas que ninguno de los dos pudo haber anticipado.

Amelia lo miró, esperando con curiosidad lo que estaba por venir. Sentía que Henry tenía algo importante que decir, algo que podría cambiarlo todo, pero no quería interrumpirlo. Había aprendido que con Henry, las palabras más profundas a menudo llegaban en el momento preciso.

—Desde que te conocí —continuó Henry, deteniéndose para mirarla directamente a los ojos—, he visto en ti una fortaleza que pocas personas poseen. Has enfrentado desafíos que habrían quebrado a muchos, y, sin embargo, aquí estás, más fuerte y más resuelta que nunca. He llegado a admirarte, no solo por tu valentía, sino también por tu capacidad para ser siempre fiel a ti misma.

Amelia sintió cómo su corazón latía más rápido con cada palabra que Henry pronunciaba. Sabía que él era sincero, que sus palabras no eran un simple cumplido, sino una expresión genuina de lo que sentía.

—Henry... —murmuró ella, pero él levantó una mano suavemente, pidiéndole que lo dejara continuar.

—He pasado mucho tiempo pensando en el futuro —dijo, su tono más bajo pero lleno de emoción—. Y no puedo imaginarlo sin ti en él. No solo como una amiga, sino como alguien con quien compartir todo lo que la vida pueda traer. Amelia, lo que siento por ti es más que admiración o amistad. Es amor, un amor que ha crecido de una manera que nunca creí posible.

Amelia lo miró, sorprendida pero profundamente conmovida por su honestidad. Sabía que Henry era alguien que no hablaba a la ligera, y escuchar aquellas palabras de sus labios la llenaba de una calidez que la envolvía por completo.

—Sé que esta sociedad tiene muchas expectativas sobre cómo deben ser las relaciones, sobre cómo deben actuar los hombres y las mujeres en ella —continuó Henry—. Pero lo que te ofrezco no es un compromiso basado en esas reglas. Te ofrezco una unión basada en el respeto mutuo, en el amor verdadero, en la lealtad que ya hemos demostrado el uno por el otro. Quiero que seas mi esposa, Amelia. No porque sea lo que se espera de mí, sino porque no imagino mi vida sin ti a mi lado.

La sencillez de la propuesta, la sinceridad con la que Henry hablaba, hizo que los ojos de Amelia se llenaran de lágrimas. No eran lágrimas de tristeza, sino de una profunda gratitud y felicidad. Por primera vez en su vida, alguien la veía por lo que realmente era, no por lo que la sociedad o su posición dictaban. Henry la amaba, no por conveniencia ni por interés, sino por lo que ella representaba para él como persona.

—Henry... —dijo Amelia, su voz temblando ligeramente mientras lo miraba—. No sé qué decir. Nunca imaginé que podría sentirme tan libre, tan... querida. Lo que has dicho... es todo lo que siempre he deseado, aunque no me atreviera a admitirlo.

Henry la miraba con una mezcla de esperanza y amor. No había necesidad de grandes gestos o discursos elaborados, solo el sincero deseo de compartir sus vidas.

—Entonces, ¿aceptas? —preguntó Henry con una sonrisa suave, sus ojos verdes brillando con una calidez que Amelia nunca olvidaría.

Amelia asintió, con las lágrimas todavía presentes en sus ojos, pero una sonrisa radiante iluminando su rostro.

—Sí, Henry, acepto. Acepto porque sé que lo que compartimos es real. Es algo que va más allá de las expectativas o de las normas sociales. Te amo, Henry, y sé que nuestra unión será todo lo que siempre soñé, porque está basada en algo verdadero.

Henry tomó suavemente las manos de Amelia entre las suyas, y por un momento, todo a su alrededor pareció detenerse. El mundo exterior, con sus complicaciones y sus desafíos, se desvaneció. Solo estaban ellos dos, en medio del jardín, compartiendo una promesa silenciosa y sincera de amor y lealtad.

—Prometo que siempre te respetaré, siempre te escucharé, y siempre estaré a tu lado, Amelia —dijo Henry, apretando suavemente sus manos—. Esta no será una unión de conveniencia. Será una unión de corazones.

Amelia asintió de nuevo, sabiendo que sus palabras no eran solo promesas vacías. Lo que compartían era real, y por primera vez en su vida, se sentía completamente segura de su futuro.

Caminando de regreso hacia la mansión, con el sol de otoño a sus espaldas, Amelia sintió que todo lo que había vivido hasta ese momento la había conducido a este preciso instante. La sociedad seguiría girando, con sus juicios y expectativas, pero ahora, ella y Henry caminarían por su propio camino, guiados por el amor y el respeto que compartían.

Y mientras el viento suave movía las hojas a su alrededor, Amelia supo con certeza que, esta vez, su unión sería diferente. No sería el resultado de una transacción social, sino el fruto de un amor sincero, un amor que les permitiría enfrentar cualquier desafío que la vida les presentara. Un amor verdadero, como siempre lo había deseado.

Capítulo 26
Preparativos para el Nuevo Comienzo

Los días que siguieron a la propuesta de Henry Ravenswood fueron un torbellino de emociones y preparativos para Amelia. Aunque el peso del escándalo que había sacudido su vida parecía haberse desvanecido, las semanas venideras trajeron consigo una nueva oleada de nerviosismo y emoción. La boda con Henry se aproximaba rápidamente, y con cada paso hacia ese día tan esperado, Amelia no podía evitar reflexionar sobre lo lejos que había llegado desde los momentos más oscuros que había vivido.

El otoño continuaba desplegando su belleza en Londres, y mientras las hojas caían lentamente de los árboles, los preparativos para la boda avanzaban a un ritmo vertiginoso. Lady Clarise, la madre de Amelia, había asumido el control de gran parte de la organización, asegurándose de que cada detalle reflejara la importancia del evento. Aunque Henry había insistido en que deseaba una ceremonia sencilla y sincera, Lady Clarise, junto con Lady Joana Oxford, vecina y amiga cercana de los SinClaire, habían decidido que, dado el estatus de la familia y la importancia de la ocasión, la boda debía ser digna de la posición que Amelia y Henry ocupaban en la sociedad.

A pesar de las manos cuidadosas que ayudaban en los preparativos, Amelia no podía evitar sentir una mezcla de nervios y emoción. Desde que había aceptado la propuesta de Henry, su mente se había inundado de pensamientos sobre lo que significaba ese paso. No era solo un matrimonio; para Amelia, era el cierre de un ciclo turbulento y el comienzo de una vida nueva, una vida que finalmente podría forjar según sus propios términos.

Una mañana brillante, mientras los rayos del sol se filtraban por las ventanas de la mansión SinClaire, Amelia se preparaba para una de las tareas más significativas de todos los preparativos: la prueba de su vestido de novia. La modista más prestigiosa de Londres había trabajado diligentemente en el diseño, asegurándose de que cada detalle del vestido reflejara la gracia y elegancia de Amelia. La joven sabía que el vestido era más que una prenda; era un símbolo de su transformación, de cómo había pasado de ser una joven atrapada en las expectativas sociales a una mujer que había elegido su propio destino.

—Amelia, querida —dijo Lady Clarise, entrando en la habitación con una sonrisa cálida—, la modista está lista. Será un momento especial.

Lady Joana Oxford, quien se encontraba junto a Lady Clarise, añadió con entusiasmo:

—No puedo esperar a verte con el vestido, querida. Estoy segura de que te verás tan radiante como una verdadera condesa.

Amelia sonrió, sintiendo el calor y el apoyo de las dos mujeres más importantes en su vida en ese momento. A medida que avanzaba hacia el espejo de cuerpo entero que se encontraba en la habitación, no pudo evitar notar el leve temblor en sus manos. El nerviosismo se entremezclaba con una profunda sensación de paz interior, una paz que había sido esquiva durante tanto tiempo.

La modista entró poco después, sosteniendo el vestido de novia cuidadosamente doblado en sus brazos. Era una prenda hecha de un delicado satén blanco perlado, adornada con detalles sutiles de encaje y pequeños bordados plateados que relucían suavemente bajo la luz. El corte era sencillo, elegante, y realzaba la figura de Amelia sin resultar ostentoso. Todo en el diseño reflejaba el buen gusto y la delicadeza que Henry tanto admiraba en ella.

Con la ayuda de la modista y su doncella, Mary, Amelia se colocó el vestido con cuidado, sintiendo cómo el satén suave acariciaba su piel mientras lo ajustaban. Al mirarse en el espejo, Amelia casi no reconoció a la mujer que veía reflejada. El vestido, ajustado a la perfección, caía con gracia hasta el suelo, envolviendo su figura en un halo de luz. El cabello castaño de Amelia, cuidadosamente recogido en un peinado sencillo pero elegante, enmarcaba su rostro, y sus ojos ámbar parecían brillar con una intensidad renovada.

—¡Oh, Amelia! —exclamó Lady Joana Oxford, llevándose una mano al pecho—. Estás deslumbrante. Nunca había visto algo tan hermoso.

Lady Clarise, incapaz de contener la emoción, se acercó a su hija con los ojos brillantes de lágrimas.

—Mi querida niña... —susurró, tomando las manos de Amelia entre las suyas—, estás perfecta. Más hermosa de lo que jamás pude imaginar. No puedo describir lo orgullosa que me siento de ti en este momento.

Amelia, conmovida por las palabras de su madre y su amiga, sonrió con gratitud. A pesar de todos los desafíos que había enfrentado, en ese momento se sintió completamente en paz. Las tensiones, los escándalos y las dudas que habían nublado su vida parecían haberse desvanecido por completo, reemplazados por una sensación de calma y certeza. Estaba a punto de casarse con un hombre que la amaba de verdad, un hombre que había demostrado su lealtad y su respeto una y otra vez. Y lo más importante, lo hacía porque lo deseaba, no porque fuera lo que la sociedad esperaba de ella.

—Gracias, madre. Gracias, Lady Joana —dijo Amelia, con la voz entrecortada por la emoción—. No puedo expresar con palabras lo que significa para mí verlas aquí, a mi lado, en este momento.

Lady Clarise acarició suavemente la mejilla de Amelia.

—Has recorrido un largo camino, hija mía. Y mereces toda la felicidad que el futuro te depara. Henry es un hombre bueno, y sé que juntos construirán una vida maravillosa. No

puedo imaginar un mejor compañero para ti.

Amelia asintió, sintiendo el peso de las palabras de su madre. Sabía que había sido una decisión difícil para Lady Clarise aceptar que el compromiso con Sir Edwin Hartley no era el camino correcto para su hija. Pero ahora, con Henry, todo parecía tener sentido. Había encontrado un amor verdadero, y con él, una vida llena de promesas y posibilidades.

—Lo sé, madre —dijo Amelia suavemente—. Henry ha sido una bendición en mi vida. Y sé que, con él, siempre seré tratada con el respeto y el amor que he soñado. Esta boda no es solo el comienzo de nuestra vida juntos, es también el cierre de un capítulo en el que aprendí tanto sobre mí misma y sobre lo que realmente importa.

Las pruebas del vestido continuaron sin contratiempos. La modista hizo los últimos ajustes, asegurándose de que cada pliegue del satén cayera a la perfección, mientras Lady Clarise y Lady Joana intercambiaban anécdotas y recuerdos de bodas pasadas, llenando la habitación con risas y calidez.

Pero a medida que el día avanzaba, Amelia se dio cuenta de algo más profundo. No solo era el vestido, ni la boda, ni los preparativos lo que le daba paz interior. Lo que la llenaba de calma era la certeza de que había encontrado su lugar en el mundo. Después de haber navegado por las intrigas y manipulaciones de la alta sociedad, después de haber enfrentado decisiones difíciles y haber desafiado las expectativas de los demás, Amelia había aprendido a ser fiel a sí misma.

Con el vestido puesto, se dio una última mirada en el espejo, respirando profundamente mientras observaba su reflejo. La mujer que la devolvía la mirada ya no era la misma joven insegura que había comenzado la temporada social con tantas dudas. Era una mujer decidida, fuerte y segura de lo que quería.

—Es el principio de algo maravilloso —murmuró Amelia para sí misma, mientras una sonrisa tranquila aparecía en sus labios.

Y así, con el vestido ajustado a la perfección y la promesa de una vida nueva junto a Henry, Amelia salió de la habitación, sabiendo que el futuro que le esperaba estaría lleno de amor, respeto y, sobre todo, de libertad.

Capítulo 27
El Día de la Boda

El día de la boda de Amelia SinClaire y Henry Ravenswood había llegado, y con él una calma serena se extendía sobre la casa de los SinClaire. Las nubes se alejaban lentamente en el cielo, dejando entrever un sol tibio que iluminaba los jardines y llenaba el aire con una promesa de renovación y felicidad. Era el día perfecto, un reflejo fiel del camino que Amelia y Henry habían recorrido juntos para llegar hasta ese momento.

La iglesia donde se celebraría la ceremonia estaba situada en las afueras de Londres, un edificio discreto y tranquilo, rodeado de campos verdes y árboles centenarios. Amelia había insistido en que la boda fuera un evento íntimo, alejado del bullicio y las miradas constantes de la alta sociedad. Aunque era imposible evitar que los nombres más importantes de Londres estuvieran presentes, la sencillez del lugar ofrecía una atmósfera de serenidad, algo que tanto ella como Henry deseaban.

Dentro de la iglesia, el ambiente era solemne pero lleno de expectativa. Las bancas estaban decoradas con flores frescas, y la luz del sol que entraba por las ventanas de vitrales iluminaba suavemente a los invitados, que conversaban en voz baja mientras esperaban la llegada de la novia. Entre los presentes se encontraban las familias más influyentes de Londres, así como los amigos cercanos de los novios. Lady Clarise SinClaire, madre de Amelia, ocupaba un lugar destacado, con los ojos brillando de emoción, mientras intercambiaba palabras con Lady Joana Oxford, quien había sido una constante fuente de apoyo para la familia en los últimos meses.

Henry esperaba de pie junto al altar, su figura esbelta y aristocrática destacaba entre la quietud del entorno. Con su cabello castaño cuidadosamente peinado y sus ojos verdes brillando con una mezcla de emoción y nerviosismo, no podía apartar la vista del pasillo, esperando el momento en que Amelia apareciera. Había imaginado este día muchas veces, pero ahora, frente a la realidad de lo que estaba por suceder, sentía una gratitud profunda por haber llegado a ese punto junto a ella.

Finalmente, el sonido suave del órgano llenó la iglesia, señalando la llegada de la novia. Los invitados giraron la cabeza hacia la entrada, y una suave oleada de suspiros recorrió el espacio cuando Amelia apareció del brazo de su padre, Lord Bennedict SinClaire. Vestida con un elegante vestido blanco de satén, con detalles de encaje y bordados plateados, Amelia parecía flotar mientras avanzaba lentamente por el pasillo. Su cabello castaño estaba recogido en un sencillo pero hermoso peinado, dejando al descubierto su cuello y realzando el brillo

ámbar de sus ojos. El vestido caía con una gracia impecable, y la pequeña sonrisa en su rostro reflejaba una paz y felicidad interior que pocas veces había sentido antes.

Henry no pudo apartar la mirada de ella. Había visto a Amelia en muchas circunstancias, en momentos de alegría, de tristeza, de incertidumbre, pero en ese momento, mientras avanzaba hacia él, parecía más radiante que nunca. Era como si todo lo que habían pasado, todas las pruebas y desafíos, los hubieran conducido hasta ese preciso instante, donde el amor y el respeto mutuo eran la base de su unión.

Amelia, por su parte, se sentía increíblemente emocionada mientras caminaba del brazo de su padre hacia el altar. Su mente se llenaba de recuerdos, de los obstáculos que había superado, de los momentos en que había dudado de su camino, pero ahora todo parecía haberse aclarado. Al llegar al altar, donde Henry la esperaba con los ojos llenos de admiración, sintió una profunda paz interior, como si todo en su vida hubiera encajado perfectamente.

Lord Bennedict, su padre, la miró con orgullo mientras la entregaba en manos de Henry. Sus ojos, del mismo color ámbar que los de Amelia, brillaban con lágrimas contenidas.

—Cuídala bien, Henry —dijo en voz baja, aunque lo suficientemente fuerte para que los más cercanos al altar lo escucharan.

Henry, con una sonrisa de sincero respeto, asintió.

—Lo haré, milord, con todo mi corazón.

Con esa bendición, la ceremonia comenzó. Las palabras del oficiante resonaron en la iglesia, pero para Amelia, el tiempo parecía detenerse. Todo a su alrededor se desvanecía en un murmullo lejano, mientras sus ojos se mantenían fijos en Henry. Las promesas que intercambiaron fueron sinceras y llenas de significado. No había nada que ocultar, ningún velo de expectativas sociales. Lo que prometían el uno al otro era una vida basada en el amor, la confianza y la igualdad.

Cuando finalmente el oficiante los declaró marido y mujer, una sensación de alegría indescriptible llenó el corazón de Amelia. Al volverse hacia los invitados, escuchó los aplausos y las exclamaciones de felicitación, pero su atención estaba únicamente en Henry. Él, con una mirada llena de ternura, se inclinó hacia ella y depositó un beso suave en su frente, sellando el comienzo de su nueva vida juntos.

** ** ** **

El banquete de bodas se celebró en el jardín de la mansión Grayson, un lugar que Henry había elegido por su belleza natural y su serenidad. El jardín estaba adornado con cientos de flores frescas, y bajo una gran carpa blanca, los invitados se reunieron para celebrar la unión

de los recién casados. El ambiente era festivo pero elegante, con los invitados compartiendo risas, historias y brindis en honor a la pareja.

Amelia se encontraba al lado de Henry mientras ambos recibían a los invitados. Aunque los nervios iniciales del día todavía latían en su pecho, ahora se sentía completamente en paz. A su alrededor, las personas que más significaban en su vida la rodeaban, sonriendo y celebrando con ella. Su madre, Lady Clarise, no dejaba de emocionarse cada vez que alguien la felicitaba, mientras Lady Joana Oxford observaba con una sonrisa satisfecha desde su lugar en la mesa principal.

Cuando finalmente llegó el momento de abrir el baile, Henry tomó la mano de Amelia con suavidad y la condujo al centro del jardín, donde una pista había sido dispuesta para la ocasión. Los músicos comenzaron a tocar un suave vals, y los ojos de todos los presentes se fijaron en la pareja. Los murmullos de admiración no tardaron en llenar el aire.

—¿Lista? —preguntó Henry, mirándola con una sonrisa.

Amelia asintió, sintiendo la familiar calidez de su mano en la suya.

—Siempre, contigo —respondió ella suavemente.

Y así, comenzaron a bailar. El vals los envolvió en un suave vaivén, mientras giraban bajo la tenue luz del atardecer que se desvanecía. Amelia, en los brazos de Henry, se sentía completamente segura, como si nada en el mundo pudiera perturbar la felicidad que sentía en ese momento. Los movimientos eran fluidos, elegantes, y aunque había cientos de ojos observándolos, para ellos no existía nadie más que el otro.

Los invitados los miraban con admiración, conscientes de todo lo que habían superado para llegar hasta ese momento. Había algo especial en esa unión, algo que iba más allá de las habituales bodas de conveniencia que se celebraban en la alta sociedad. Era evidente que Henry y Amelia no solo estaban unidos por el amor, sino también por una profunda comprensión y respeto mutuo, algo que todos los presentes podían sentir.

Cuando la música llegó a su fin, Henry y Amelia se detuvieron en medio de la pista, y los aplausos llenaron el aire. Amelia, con una sonrisa que no podía contener, se inclinó hacia Henry, susurrando en su oído:

—No podría haber soñado con un día más perfecto.

Henry la miró con una ternura infinita, acariciando suavemente su mejilla.

—El día es perfecto porque tú estás a mi lado, Amelia —respondió él, con una sonrisa suave—. Y este es solo el comienzo de nuestra vida juntos.

Y así, entre risas, aplausos y el suave susurro del viento en los árboles del jardín, la boda de Amelia y Henry culminó en una celebración de amor verdadero, el tipo de amor que había sido forjado a través de las pruebas y tribulaciones, y que ahora les ofrecía un futuro lleno de promesas y felicidad.

Capítulo 28
Noche de bodas

La noche había caído sobre la mansión Grayson, envolviendo la casa en un manto de tranquilidad y dejando atrás el bullicio y la celebración del día. La boda había sido todo lo que Amelia y Henry habían soñado: sencilla, íntima y llena de amor. Ahora, tras los brindis, las risas y los valses, solo quedaban ellos dos, juntos al fin como marido y mujer. La habitación que los recibiría como recién casados estaba decorada con velas que emitían una luz cálida y suave, creando sombras tenues en las paredes. Las cortinas de encaje ondeaban ligeramente con la brisa nocturna que entraba por la ventana entreabierta, trayendo consigo el aroma de las flores del jardín.

Amelia, aún con su vestido de novia, se encontraba de pie frente al espejo, deshaciéndose de los últimos pasadores de su peinado. El reflejo mostraba a una mujer que había cambiado mucho desde el comienzo de la temporada, y al mirarse, no podía evitar sentir una mezcla de emoción, nerviosismo y expectación. Sabía que aquella noche sería especial, la culminación de un viaje que había transformado su vida de maneras inesperadas. Mientras soltaba el último pasador, su cabello castaño cayó en suaves ondas sobre sus hombros, y una sonrisa tímida apareció en su rostro al escuchar los pasos de Henry acercándose.

Henry se detuvo a pocos pasos de ella, observándola con una ternura infinita. Su vestido, aunque ahora ligeramente desordenado por los eventos del día, seguía resaltando su belleza con cada pliegue y detalle. Pero lo que más cautivaba a Henry no era solo su apariencia, sino la mujer que había conocido a lo largo de esos meses: fuerte, valiente y, sobre todo, auténtica. Se acercó lentamente, posando sus manos sobre los hombros de Amelia y dejándolas deslizar suavemente por sus brazos.

—Estás preciosa —susurró Henry, sus labios rozando suavemente el borde de su oreja—. No sé cómo he tenido tanta suerte de encontrarte.

Amelia sintió un estremecimiento recorrer su piel, no solo por el contacto físico, sino por la sinceridad en la voz de Henry. Lo miró a través del espejo, encontrando en sus ojos verdes un reflejo de sus propios sentimientos: deseo, amor y una profunda conexión que iba más allá de las palabras.

—Yo también me siento afortunada —respondió ella, girándose para enfrentarlo, sus manos encontrando refugio en el pecho de Henry.

Por un momento, solo se miraron, sin necesidad de decir nada más. El silencio de la habitación estaba lleno de promesas, de lo que sería su vida juntos a partir de ahora. Henry

llevó sus manos al lazo que mantenía el vestido de Amelia ajustado a su cuerpo y, con una suavidad que solo él podía tener, comenzó a deshacerlo. Cada gesto era medido y lento, como si quisiera prolongar aquel momento lo máximo posible. Cuando el vestido se deslizó por los hombros de Amelia y cayó al suelo, Henry la contempló, admirando cada curva, cada pequeño detalle de su cuerpo.

—Eres perfecta —murmuró, sin apartar la mirada de ella, sus palabras cargadas de admiración.

Amelia, sintiéndose vulnerable pero segura al mismo tiempo, alzó las manos para desabrochar la camisa de Henry. Sus dedos temblaban ligeramente, pero la sonrisa tranquila de Henry la animó a continuar. Cada botón que se desabrochaba era como un paso más hacia una intimidad desconocida pero deseada. Cuando finalmente la camisa se deslizó, dejando al descubierto el torso firme y esbelto de Henry, Amelia lo recorrió con la mirada, maravillada por la cercanía y la confianza que compartían.

Los besos que siguieron fueron lentos, llenos de ternura y deseo contenido. Henry era extremadamente cuidadoso, consciente de la importancia de esa primera noche para Amelia. La tomó en sus brazos y la llevó suavemente hasta la cama, donde la recostó con delicadeza, como si fuera el más preciado de los tesoros. Se acomodó a su lado, acariciando su rostro, su cabello, permitiéndose memorizar cada detalle.

Amelia lo miraba con los ojos brillantes, sintiendo el peso de la emoción en cada caricia, en cada roce de sus labios. Henry no tenía prisa; sus movimientos eran lentos, respetuosos, como si quisiera asegurarse de que cada momento quedara grabado en la memoria de ambos.

—Si en algún momento te sientes incómoda, solo dímelo —le susurró Henry, su voz llena de un cuidado genuino—. Quiero que esta noche sea tan especial para ti como lo es para mí.

Amelia asintió, conmovida por la delicadeza de Henry. Había oído tantas cosas sobre la primera vez, sobre el dolor y la incomodidad, pero con Henry no sentía miedo, solo un profundo deseo de compartir esa experiencia con él. Se dejó llevar por sus besos, por el tacto firme y suave de sus manos, y por la seguridad que Henry le transmitía en cada gesto.

Cuando finalmente sus cuerpos se unieron, Henry fue increíblemente cuidadoso, atento a cada reacción de Amelia. A pesar del dolor inicial, Amelia no se sintió sola ni asustada. Henry la miraba con una mezcla de devoción y amor puro, y eso la llenó de una paz que nunca antes había experimentado. Los susurros de Henry, las caricias en su espalda, las suaves palabras de aliento, todo se mezcló en un momento de conexión profunda y sincera.

Amelia se aferró a él, sintiendo cómo la cercanía entre ellos crecía, no solo físicamente, sino en un nivel mucho más íntimo. Había una dulzura en Henry, una gentileza que la hacía sentir completamente segura y amada. Y cuando finalmente ambos se dejaron llevar por el momento, lo hicieron envueltos en una burbuja de amor y respeto que parecía protegerlos del

mundo exterior.

Una vez terminado, Henry la mantuvo en sus brazos, su respiración aún acelerada pero con una calma que lo invadía por completo. Se aseguraba de acariciar suavemente el cabello de Amelia, susurrando palabras de cariño en su oído. Amelia, por su parte, sentía una paz indescriptible, sabiendo que había compartido esa primera vez con el hombre que realmente la amaba, que la respetaba y que siempre estaría a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó Henry con preocupación, observando los ojos de Amelia para asegurarse de que no había ni rastro de arrepentimiento o dolor.

Amelia sonrió, apoyando la cabeza en su pecho, dejando que el ritmo constante de su corazón la calmara.

—Estoy mejor que bien —respondió ella, entrelazando sus dedos con los de Henry—. No podría haber imaginado una noche más perfecta. Gracias por ser tan... tú.

Henry la besó suavemente en la frente, sus brazos rodeándola con firmeza.

—Siempre te cuidaré, Amelia. Esta es solo nuestra primera noche, pero cada día contigo será tan especial como este, te lo prometo.

Los dos se quedaron en silencio, disfrutando de la cercanía y el calor mutuo. No necesitaban decir más. El simple hecho de estar juntos, de haberse entregado el uno al otro de una manera tan honesta y tierna, era suficiente.

Con las primeras luces del amanecer asomándose tímidamente por la ventana, Amelia y Henry se quedaron dormidos, abrazados y profundamente enamorados, seguros de que, juntos, podrían enfrentar cualquier cosa que la vida les deparara. Era solo el comienzo de una historia llena de amor, respeto y un futuro prometedor.

Capítulo 29
Reflexiones y Nuevos Comienzos

La mañana siguiente fue una de esas mañanas que parecían extraídas de un sueño. El sol asomaba tímidamente por el horizonte, bañando los jardines de la mansión Grayson con un resplandor suave y dorado. La quietud de la casa, que apenas unas horas antes había estado llena de risas y celebración, ahora se sentía apacible, como si también descansara tras los eventos del día anterior.

Amelia se despertó temprano, sintiendo una mezcla de calma y emoción que la llenaba por completo. Había pasado una noche tranquila y serena, durmiendo junto a Henry, el hombre que se había convertido no solo en su esposo, sino también en su compañero de vida. Mientras la luz del día llenaba lentamente la habitación, se quedó unos instantes en la cama, observando a su marido dormido, su figura alta y esbelta descansando en el suave resplandor del amanecer. La paz en su rostro, el leve movimiento de su respiración, le recordaban todo lo que habían compartido para llegar a ese momento.

Amelia sonrió para sí misma, consciente de cuánto había cambiado su vida. Había sido una transformación lenta pero firme. En un abrir y cerrar de ojos, parecía, se encontraba a kilómetros de distancia de la joven ingenua que había comenzado la temporada social, comprometida con Edwin Hartley, atrapada en las expectativas de una sociedad que no siempre valoraba lo más importante: el amor verdadero y la independencia. Ahora, mientras miraba a Henry, se dio cuenta de que no solo había encontrado el amor, sino que también había descubierto una profunda independencia y autonomía personal que jamás hubiera imaginado posible.

Con cuidado, se levantó de la cama y se dirigió hacia la ventana, dejando que la suave brisa del exterior le acariciara el rostro. El jardín estaba silencioso, aún decorado con los restos de la boda, las flores brillando bajo la luz temprana. Mientras observaba el paisaje, su mente volvió a reflexionar sobre el camino que la había traído hasta aquí.

Al principio de todo, Amelia había creído que su destino estaba trazado, que debía casarse con Edwin porque era lo que se esperaba de ella. Pero aquel compromiso, que parecía una elección segura y respetable, había resultado ser una trampa. Edwin la había visto como una solución a sus propios problemas financieros, como un medio para salvaguardar su estatus. Sin embargo, ahora, mirando hacia atrás, Amelia se sentía agradecida por todo lo que había sucedido, incluso por el escándalo que había estallado en el baile de máscaras. Sin esa serie de eventos, nunca habría descubierto su propia fuerza, ni se habría dado cuenta de lo que

realmente deseaba en la vida.

Henry había sido su faro en la tormenta. Él le había mostrado que el amor verdadero no era solo una cuestión de conveniencia o expectativas sociales, sino algo mucho más profundo. La manera en que siempre la trataba con respeto, como a un igual, había sido lo que había terminado por conquistarla. Con Henry, no había necesidad de jugar a los roles tradicionales que la sociedad imponía. Juntos podían planear un futuro basado en la igualdad, en la confianza mutua y en un amor sincero.

Perdida en sus pensamientos, Amelia no notó que Henry se había despertado y la observaba desde la cama, con una sonrisa tranquila en el rostro.

—¿En qué piensas, mi amor? —preguntó él, su voz suave y aún impregnada de sueño.

Amelia se giró, sorprendida por el tono cálido de su voz, y caminó de vuelta hacia la cama, sentándose a su lado.

—Estaba pensando en lo lejos que hemos llegado —respondió ella con una sonrisa—. En cómo todo ha cambiado y en lo afortunada que me siento de haber encontrado algo tan real, tan diferente de lo que una vez pensé que era importante.

Henry extendió una mano y acarició suavemente la de Amelia.

—Nosotros hemos cambiado, Amelia —dijo él, mirándola con ternura—. Y lo que hemos construido es el resultado de todo lo que hemos vivido. Las dificultades que enfrentamos solo nos hicieron más fuertes, más conscientes de lo que realmente importa.

Amelia asintió, sintiendo una paz interior que hacía mucho tiempo no había experimentado.

—No puedo evitar pensar en cómo comenzó todo —continuó ella, reflexionando en voz alta—. Todo ese caos, los rumores, las miradas de desaprobación... y ahora, parece tan lejano. Estoy agradecida por lo que hemos logrado, y por la persona en la que me he convertido.

Henry la miró con admiración, orgulloso de la mujer que había elegido como compañera de vida.

—Tienes todo el derecho de sentirte así, Amelia. Has pasado por tanto, pero siempre te mantuviste firme, fiel a ti misma. Y ahora, estamos aquí, juntos, listos para empezar una nueva etapa.

Amelia sonrió, sabiendo que las palabras de Henry eran verdaderas. El futuro que les aguardaba estaba lleno de posibilidades, y ahora, más que nunca, ella se sentía preparada para enfrentarlo. Sin embargo, había algo que ambos debían decidir: dónde comenzarían esa nueva vida.

—He estado pensando, Henry... —dijo ella después de un momento de silencio—. ¿Qué te parece si pasamos un tiempo en Francia? Me has hablado tanto sobre tu propiedad en el valle del Loira, y creo que sería el lugar perfecto para comenzar nuestra vida juntos, lejos del

bullicio de Londres.

Henry la miró con sorpresa, pero con una sonrisa que reflejaba su entusiasmo por la idea.

—¿Te gustaría ir a Francia? —preguntó, inclinándose un poco más cerca de ella.

Amelia asintió.

—Creo que sería maravilloso. Después de todo lo que hemos vivido aquí, un tiempo lejos, en un lugar tranquilo, sería lo ideal para nosotros. Podríamos pasar una temporada allí antes de decidir dónde estableceremos nuestro hogar permanente.

La idea de Francia le atraía profundamente. Henry había heredado una hermosa propiedad en el valle del Loira, un lugar tranquilo, rodeado de naturaleza, donde podrían disfrutar de la paz y la privacidad que tanto deseaban. Allí, lejos de las expectativas y las obligaciones de la alta sociedad londinense, podrían conocerse aún más profundamente y planificar su futuro sin las constantes presiones sociales.

Henry tomó la mano de Amelia y la besó con suavidad.

—Me parece una idea perfecta —dijo él, con una sonrisa radiante—. Francia siempre ha sido mi hogar, en muchos sentidos. Es el lugar donde encontré mi identidad, lejos de los rumores y las miradas de desaprobación. Allí podremos comenzar de nuevo, libres de las expectativas que Londres impone.

Amelia sintió un peso levantarse de sus hombros. La idea de comenzar su vida matrimonial en un lugar tan tranquilo y apartado la llenaba de una emoción renovada. Allí podrían ser simplemente ellos, sin la necesidad de cumplir con las normas de la sociedad londinense.

—Entonces, está decidido —dijo ella, con una sonrisa llena de emoción—. Pasaremos una temporada en el valle del Loira antes de regresar a Londres.

Henry asintió, feliz de que Amelia compartiera su entusiasmo por Francia. Sabía que allí encontrarían el espacio que necesitaban para crecer juntos, lejos de las complicaciones que habían marcado los primeros días de su relación.

—Y cuando regresemos —añadió él—, podremos establecer nuestro hogar definitivo en Londres. Pero siempre tendremos la opción de volver a Francia cuando lo necesitemos, cuando queramos escapar del bullicio y encontrar la paz.

Amelia miró a Henry con una mezcla de amor y gratitud. Todo lo que habían vivido los había llevado a ese momento, y ahora, estaban listos para enfrentar el futuro juntos. Con una sonrisa tranquila, se inclinó hacia él y lo besó suavemente en los labios, sellando la promesa de todo lo que estaba por venir.

—El futuro es nuestro —susurró ella.

—Y lo construiremos juntos, siempre —respondió Henry con ternura.

Y así, entre risas y planes para el futuro, Amelia y Henry sabían que habían encontrado no

solo **el amo**r, **sin**o **tambi**én **la libert**ad **de forj**ar **su prop**io **desti**no, **si**n **la**s **restriccio**nes **ni la**s **expectati**vas **de lo**s **demá**s.

Agradecimientos

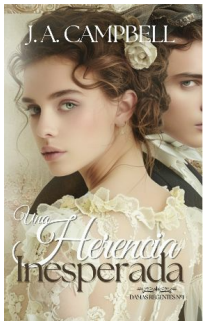
Si has llegado hasta aquí, te doy mis más sinceras gracias por darle una oportunidad de mis historias. Espero que hayas disfrutado de este viaje al pasado y que sigas confiando en mí para futuras lecturas.

Gracias a todos los que han estado ahí para apoyarme y guiarme en este camino, que para mí es del todo novedoso. Deseo hacerlo cada vez mejor para que leer mis historias sean un viaje inolvidable.



Jane **Ann**e **Campbe**ll **es un seudóni**mo **qu**e **ocul**ta **a un**a **jove**n **escrito**ra **mu**y **tími**da **y qu**e **prefie**re **mantener**se **en el anonima**to.

Otros libros de la serie Damas Regentes



Una herencia inesperada

Eleanor Ashford, una joven dama de una familia noble pero empobrecida, vive modestamente en el campo con su madre viuda y su hermanastro, Oliver. La vida de Eleanor cambia drásticamente cuando recibe noticias de un abogado londinense: ha heredado una gran fortuna y una mansión en Londres de un misterioso pariente lejano. Con la esperanza de mejor suerte, Eleanor y su madre se trasladan a Londres, dejando atrás a Oliver, quien expresa su descontento y envidia de manera abierta.

Al llegar a Londres, Eleanor se encuentra inmersa en la alta sociedad, con sus complicadas etiquetas y sus numerosos pretendientes interesados más en su fortuna que en su persona. Entre ellos destaca Lord Nathaniel Grayson, un enigmático lord con mirada gris y cabello negro, conocido por su inteligencia y misterioso pasado. Nathaniel, un espía del rey, se interesa por Eleanor no solo por su belleza y encanto sino también porque sospecha que su herencia podría estar vinculada a una trama contra la corona.

Nathaniel se acerca a Eleanor, inicialmente con la intención de investigarla, pero pronto se encuentra genuinamente cautivado por su ingenio y fortaleza. Eleanor, por su parte, siente una atracción por él, pero teme que su interés no sea verdadero y esconda algún tipo de interés oscuro.

Una novela que combina misterio, romance y crítica social, al más puro estilo de Jane Austen.